MARTA FLORES

MI LUGAR FAVORITO ERES TÚ



MARTA FLORES

MI LUGAR FAVORITO ERES TÚ

Primera edición.

Mi lugar favorito eres tú

©Marta Flores

©febrero, 2026

©Imágenes por Freepik

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Epílogo

Capítulo 1



La sensación de falta de aire que no llegaba a mis pulmones hizo que me despertara sobresaltada. Noté cómo una mano grande y áspera era la que me tapaba la boca y la nariz, produciéndome esa sensación tan aterradora. El siguiente movimiento de la persona que me estaba haciendo eso fue sentarse sobre mí, a horcajadas, privándome también de cualquier movimiento que pudiera hacer para liberarme.

Por instinto, mis piernas y mis manos empezaron a moverse, dando patadas y manotazos a la persona que me tenía aprisionada contra la cama y no me dejaba moverme. La total oscuridad que había en la habitación no me dejaba ver absolutamente nada y eso hizo que mis nervios y mi miedo aumentaran, haciendo que mi corazón empezara a bombear a un ritmo frenético y mis ojos se llenaran de lágrimas.

—Para, joder, que soy yo —me susurró Levi al oído.

Fue oír su voz y mis movimientos se pararon de golpe. Era Levi, mi Levi, y él nunca me haría daño.

—Ahora voy a soltarte, no hables, ni se te ocurra decir una sola palabra. Solo haz lo que yo te diga, ¿sí? —me volvió a susurrar y, cuando aflojó su mano de mi cara, solo asentí.

—Levántate y vístete. Hazlo lo más rápido que puedas y en absoluto silencio. —Esas fueron sus últimas palabras antes de levantarse de encima de

mí para que pudiera salir de la cama.

Me levanté con rapidez. No me entretuve en ir a mi armario a coger algo de ropa; cogí la que había dejado antes de acostarme en la silla que tenía en mi habitación. Esa que todos tenemos y donde solemos amontonar un montón de prendas, o al menos yo sí lo hacía.

Agarré unos vaqueros y me los puse de un tirón. Lo siguiente fueron las deportivas que estaban en el suelo, ni me molesté en atármelas. Por último, sin ni siquiera ponerme un sujetador, me puse a toda prisa una camiseta de manga corta que estaba más arrugada que una pasa, pero tendría que valer. Levi me había pedido que lo hiciera con rapidez y lo hice, en dos minutos estaba preparada.

Él me miró y asintió, dándome con la mirada el visto bueno. Agarró mi mano y, después de abrir la puerta de mi habitación con un sigilo casi estudiado, tiró de mí y bajamos las escaleras como si de dos fantasmas se tratara.

Salimos de la casa de la misma forma que lo habíamos hecho de mi habitación y, una vez afuera, tiró de mi mano para que corriera a su lado, deprisa, muy deprisa. Tanto que, cuando llegamos al garaje donde estaban todos los coches de la familia, me temblaban las piernas y mi pecho subía y bajaba por el esfuerzo. Tomé una bocanada de aire para intentar recuperarme antes de hablar.

—¿Qué pasa, Levi? ¿Qué hacemos aquí? —le pregunté, doblada hacia delante, con las manos apoyadas en mis piernas, intentando recuperar el aliento.

—Súbete, te lo cuento por el camino —me dijo, subiéndose a la camioneta de su primo.

Abrí la puerta de la camioneta y dudé unos segundos antes de subirme, pero finalmente lo hice. No había cosa que Levi me pidiera que yo no hiciera. Estaba tan enamorada de él que le hubiera seguido al infierno si me lo hubiera pedido. En ese momento no supe cuán ciertas se volverían esas palabras y

cuánto cambiaría mi vida desde que me senté en esa camioneta con el que pensé que era el amor de mi vida.

—Como se entere Maverick de que le has cogido su camioneta nueva, te cuelga de los huevos —le dije cuando arrancó y salió a toda velocidad del rancho, dejando tras nosotros una nube de polvo.

—Que le den por el culo, a ver si así se le bajan un poquito esos humos que se gasta, que se cree el dueño de todo esto y solo es uno más como todos —me contestó, hablando con desprecio de su primo.

No era un secreto para nadie que los primos no se llevaban bien, había sido así desde siempre. Pero ninguno solía intervenir cuando discutían, algo bastante habitual. Incluso, en alguna ocasión, habían llegado a las manos, zurrándose bien el uno al otro.

—Apenas quedan un par de horas para que amanezca y ya sabes que él es el primero en levantarse. Si no se da cuenta de que falta en el garaje, alguien se lo dirá cuando nos vea volver montados en ella —le dije, preocupada, porque para Maverick su camioneta nueva era como un tesoro. Había estado ahorrando todo un año para comprársela y no se la dejaba a nadie, mucho menos a Levi, al que no podía ver ni en pintura.

—Pues se va a joder y la va a echar mucho de menos, porque no vamos a volver, así que se ha quedado sin su precioso tesoro. Ahora es mía.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo cuando le oí decir que no íbamos a volver. Mil preguntas empezaron a pasar por mi cabeza, pero no podía hacerlas todas a la vez, así que hice la más obvia e importante.

—¿Dónde vamos? —le pregunté, abrazándome a mí misma, como queriéndome proteger de la respuesta, porque presentí que no me iba a gustar.

Giró la cabeza para mirarme con una sonrisa, volvió a mirar a la carretera y, con toda la parsimonia del mundo, sacó un cigarrillo del bolsillo de su camisa. Lo encendió y, después de soltar el humo haciendo con su boca unas oes redondas, ya por fin me contestó.

—A Nueva York.

Se me heló la sangre en las venas al oírle decir esas tres palabras y me eché a temblar.

—¿A Nueva York? ¿Qué coño vamos a hacer nosotros allí? Sin dinero, sin estudios, sin ayuda. ¡Somos dos críos de dieciocho años, joder! —le recriminé enfadada.

—Vivir, eso es lo que vamos a hacer. Estoy hasta los cojones del rancho. Sabes que nunca me ha gustado y que siempre te he dicho que quería largarme, pues ya ha llegado el día. Y por el dinero no te preocupes, he cogido lo que nos pertenece por derecho para empezar allí una nueva vida.

—¿Qué has hecho, qué? —le pregunté enfadada—. ¡Dime que no es verdad! —le exigí, chillando.

—Lo es —me contestó tan tranquilo, encogiéndose de hombros.

—¿Le has robado a nuestra familia su dinero? ¡Tú estás loco! ¿Qué dinero has cogido? Dime que no te has atrevido a coger el dinero de la venta de los purasangre que hicieron ayer —las preguntas y las recriminaciones salieron de mi boca como una ametralladora, por lo nerviosa que me estaba poniendo.

—Exactamente. Ese dinero es tan suyo como nuestro. Nosotros también nos lo hemos ganado trabajando y ahora lo vamos a usar para empezar una nueva vida lejos de este sitio de mierda.

Mis ojos se llenaron de lágrimas porque, en ese preciso instante, supe que ya no había vuelta atrás. Mi vida, tal y como la conocía, iba a cambiar radicalmente.

A diferencia de Levi, yo amaba la vida en el rancho. Me encantaba la paz que allí se respiraba. Me encantaba levantarme al amanecer y, con una taza de café en la mano, admirar cómo salía el sol, dando paso a un nuevo día que iluminaba toda la extensión del rancho, dejando ver el paisaje más bonito del mundo, al menos para mí.

Compartir mi día a día con toda mi familia, la de sangre y la otra, que era igual de importante para mí, era vida.

Solo de pensar que no volvería a casa, a mi hogar, a mi sitio seguro. Pensar que no volvería a ver a nadie de mi familia, a mis padres, a Hope, mi mejor amiga —bueno, no, porque ella era más que eso, era mi hermana de corazón —, al abuelo, al que adoraba, y a todos los demás, hizo que un sollozo se me escapara y me tapé la cara con las manos, negando con la cabeza, dejando salir en forma de llanto todo el dolor que estaba sintiendo.

—¿No me jodas que te vas a poner a llorar? No me seas cría —me preguntó Levi enfadado al oírme sollozar. Me jodía que me dijera que era una cría, porque él sí que se estaba comportando como uno, así que no le contesté.

—¿Me quieres? —me preguntó, poniéndome una mano en la pierna y apretándome un poco el muslo, sin hacerme daño.

—Sabes que sí —le contesté, sorbiendo por la nariz y pasándome la mano por la cara, intentando limpiarme las lágrimas.

—Pues si me quieres, estás donde tienes que estar, a mi lado. Algún día serás mi mujer, como lo hemos hablado mil veces, así que tu obligación es seguirme donde yo vaya.

Le amaba con todo mi corazón, pero cuando dejaba salir esa parte machista que tenía, me ponía de mala leche. Decidí pasarlo por alto porque, seguramente, él, aunque aparentaba calma, estaría tan nervioso como yo por la incertidumbre de saber qué pasaría cuando llegáramos a Nueva York.

—Te quiero con todo mi corazón, pero ya sabes que yo amo la vida en el rancho. Lo voy a echar mucho de menos, yo no quería irme —le dije para que supiera cómo me sentía.

—Pues es lo que hay, así que vete acostumbrándote porque no vas a volver.

Ni le contesté. Volví la cabeza y la apoyé en la ventanilla, mirando el paisaje, perdida en mis pensamientos.

Capítulo 2



Levi puso música en la camioneta y empezó a dar golpecitos en el volante con sus dedos, marcando el ritmo mientras silbaba. Se le veía pletórico y con muchas ganas de llegar a Nueva York, todo lo contrario que me pasaba a mí, que cada kilómetro que avanzaba me iba arrepintiendo un poco más de haberme montado en la camioneta con él. Pero ya no había vuelta atrás, hacía tres horas que nos habíamos marchado y ya todo el mundo en el rancho se habría dado cuenta de que nos habíamos llevado la camioneta de Maverick y el dinero de la caja fuerte, así que ya no podíamos volver.

Mientras Levi seguía conduciendo hasta Nueva York, donde empezaríamos nuestra nueva vida juntos, os cuento un poco quién soy y cómo ha sido mi vida hasta ese momento.

Como en todas las historias, lo mejor es empezar por el principio para que entendáis cómo llegamos todos a vivir en un rancho.

John y Henry Nichols, que eran hermanos mellizos, conocieron a Williams Cox en el colegio. Desde el primer día que se juntaron los tres, se hicieron inseparables. Pasaron su infancia y su adolescencia compartiendo juegos, confidencias y sueños de futuro. A la universidad también fueron juntos, aunque estudiaron cada uno una cosa distinta. John estudió contabilidad, Henry derecho y Williams gestión empresarial.

Al terminar las carreras, los tres empezaron a trabajar en la empresa de Grayson, que es el padre de Henry y John. En sus inicios todo parecía ir bien,

los tres enseguida destacaron en sus puestos, ayudando a la empresa a ser una de las multinacionales que más dinero facturaba al año en Boston, que era donde todos vivían. Sus vidas siguieron el ritmo normal de cualquier persona, conocieron a las mujeres de su vida y se casaron los tres con pocos meses de diferencia.

John y su mujer fueron los primeros en ser padres, pero el día que nació Maverick fue para John el mejor y el peor día de su vida porque en el parto perdió a su mujer, quedándose viudo muy joven y con un niño a su cargo con el que no sabía qué hacer, porque el trabajo en la empresa le absorbía todo su tiempo, al igual que hacía con los demás, que apenas tenían tiempo ni de respirar.

Un año después, hartos de esa vida que no les llenaba, Henry y su mujer, Ava; Williams y su mujer, Amelia; y John, se sentaron a hablar con Grayson para decirle que así no querían seguir. La reunión duró horas, en la que todos le expusieron sus ideas, esas que habían madurado y estudiado a conciencia durante mucho tiempo para cumplir su sueño de juventud todos juntos, tener un rancho donde se dedicarían a la cría de caballos.

Grayson, que estaba tan harto como ellos de esa vida desenfrenada en la ciudad, les dijo que él tenía la solución al único problema que tenían, la cantidad de dinero que era necesaria para montar una cosa así. Tres meses después, vendió la multinacional a muy buen precio y, liándose la manta a la cabeza, entre todos buscaron el mejor lugar para comenzar una nueva vida y cumplir su sueño. Siendo Midway, una pequeña ciudad del estado de Kentucky, el lugar elegido para ello.

Solo un año después ya tenían todo montado. Les había costado mucho esfuerzo y trabajo conseguirlo, pero por fin la recompensa de ver su sueño cumplido llegó y, desde entonces, el rancho Nicox, nombre que eligieron mezclando sus apellidos, fue su hogar.

Explicado esto para poneros en situación, llegamos a la parte en la que vinimos al mundo la tercera generación que vivía en el rancho Nicox.

Como ya sabéis, Maverick había nacido en Boston y llegó al rancho teniendo un año; ahora ya tenía veinte y era el mayor de todos nosotros. Henry y Ava tuvieron mellizos un año después de llegar, a Levi (el amor de mi vida) y a Hope (mi hermana de corazón). Solo dos meses después de que ellos nacieran, Amelia y Williams, que son mis padres, me tuvieron a mí.

Vaya cabeza la mía, llevo rato hablando y no os he dicho mi nombre. Soy Lily Cox, la benjamina de esta rara familia.

Desde nuestro nacimiento, Levi, Hope y yo fuimos inseparables, al igual que lo eran nuestros padres. Maverick, en cambio, nunca entró en ese círculo que los tres teníamos, siempre fue a su rollo y, aunque compartía juegos con nosotros, al llevarse a matar con Levi desde siempre, eso hacía que se alejara y fuera por su cuenta.

Para él, el rancho era su vida y, desde que era solo un crío, había trabajado con los caballos, destacando en la manera que tenía de domarlos. Todos habíamos aprendido a montar antes casi que a andar y lo hacíamos de maravilla, pero lo suyo llegaba más allá, tenía un don con ellos. Era un espectáculo verle montar; era como si se fundiera con el animal y fueran uno solo.

Mi relación con Hope era fuera de serie, no había cosa que no supiéramos la una de la otra, habíamos crecido como si fuéramos hermanas y así nos sentíamos las dos. Siempre protegiéndonos, siempre estando la una para la otra, tanto en lo bueno como en lo malo. Era mi otra mitad, como yo le solía decir muchas veces.

Con Levi, aunque también habíamos crecido juntos, nunca le vi como a un hermano, como me pasaba con Hope. Seguramente mi corazón ya sabía desde niña que él sería para mí algo distinto y por eso nunca le consideré solo un amigo, al igual que él a mí.

Cuando llegamos a la adolescencia y nuestras hormonas hicieron acto de presencia, haciéndonos ver cómo habían cambiado nuestros cuerpos, fue cuando las cosas cambiaron entre nosotros. Todas nuestras primeras veces fueron juntos, el primer beso, el primer orgasmo solo tocándonos y, como no

podía ser de otra manera, también perdimos juntos la virginidad cuando teníamos dieciséis años.

Durante el primer año que estuvimos juntos, solo Hope sabía lo que pasaba entre nosotros. Pero con el paso del tiempo todos se acabaron dando cuenta de que entre los dos había más que una amistad. Les costó un poco aceptar que bajo el mismo techo tenían viviendo juntos a dos adolescentes que hacían más cosas que compartir charlas, pero al final no les quedó más remedio que aceptarlo.

Mi relación con el resto de la familia era fabulosa. Con mis padres desde siempre había tenido mucha complicidad, podía hablar con ellos de cualquier cosa, los adoraba y ellos, pues qué os voy a decir, era su niña.

A los padres de los mellizos y al padre de Maverick siempre les había tratado como si fueran mis tíos y así les llamaba incluso. Algunas veces no hacía falta tener un vínculo de sangre para sentir a las personas como tu propia familia y eso era lo que a mí me pasaba con ellos.

Pero si tengo que destacar la relación más especial que tenía con uno de los adultos, esa era sin duda con el abuelo Grayson. Yo le llamaba así desde siempre y a él le encantaba. Nunca había hecho distinciones entre sus nietos de sangre y yo, nos trataba a todos por igual, o eso parecía.

Os voy a contar un secretillo, pero que no salga de aquí, que no quiero líos. Yo era su favorita, siempre lo he sabido, pero no era algo que les restregara a los demás, lo llevaba guardado en mi corazón, a buen recaudo, como todas las cosas buenas que me habían pasado en el rancho durante toda mi vida.

Saber que ya no podría volver a tener ningún momento de esos que me llenaban el alma hizo que un pesar y un desasosiego se instalaran en mi corazón. Que sí, que me iba con el amor de mi vida, pero ¿a qué precio? Al de perder todo lo demás, que si me lo hubiera preguntado probablemente me hubiera ido igual, porque estaba ciega con él. Pero es que no me había dado opción ni de poder elegir; él lo había hecho por los dos.

Bueno, pues ya os he puesto un poco al día de quién soy y de quiénes son todos los miembros de mi familia, esa a la que seguramente no volveré a ver. No puedo con la pena que siento, así que voy a dormir un rato para que mi mente descanse, porque ahora mismo está a punto de estallarme la cabeza.

Capítulo 3



—Lily, despierta —me dijo Levi moviendo mi hombro para que me espabilara cuando paró la camioneta.

Bostecé antes de mirar al frente y darme cuenta de que estábamos en un bar de carretera bastante cutre, en el que había varios coches y camiones parados en el aparcamiento.

—¿Qué hacemos aquí? —le pregunté antes de mirar mi reloj. Ahí fue cuando me di cuenta de que habían pasado más de cuatro horas desde que habíamos salido del rancho y casi todas me las había pasado durmiendo.

—Tengo hambre, vamos a comer algo y después te toca conducir a ti. Yo también quiero dormir un poco, nos quedan muchas horas para llegar y no me pienso yo tragar todas las horas de conducción —me contestó de malas maneras, dejándome ver que estaba de mal humor.

Nos bajamos los dos de la camioneta y, a paso ligero, andamos hasta la entrada del bar. Nada más abrir la puerta, el olor a fritanga me dio en toda la cara como si de una bofetada se tratara. Era un olor que no soportaba y se me revolvió el estómago.

Toda la gente que había dentro, cuando entramos, nos hizo una radiografía completa y eso me hizo sentirme muy incómoda. Agarré a Levi por la camisa y me pegué más a él para que no me dejara atrás, ya que se había adelantado para ir a la barra a pedir.

—Hola, guapo, ¿qué os pongo? —le preguntó la mujer que estaba tras la barra, mientras le guiñaba un ojo, mirándole con deseo. *Madre mía, qué asco, si podía ser nuestra madre*, pensé.

—Dos desayunos completos —le respondió Levi sin hacer ningún caso a su insinuación, ni mirarla—. Lily, vamos a sentarnos —me dijo tirando de mi mano.

Nos sentamos en la mesa más apartada de todo el local para poder desayunar tranquilos. Me quedé observando unos momentos a toda la gente que estaba allí, la mayoría de ellos eran hombres que se veía claramente que eran rancheros.

Uno de ellos hablaba muy alto por teléfono y eso me hizo darme cuenta de una cosa, no tenía mi móvil. Habíamos salido tan deprisa de casa que no lo había cogido, bueno, ni eso ni nada, porque los dos íbamos con lo puesto.

—Se me ha olvidado coger el móvil —le dije lamentándome.

—¿Y para qué coño quieres el móvil si no vas a poder llamar a nadie? —me preguntó encogiéndose de hombros como si le diera igual.

—Hope… —Me miró con el ceño fruncido y no me dejó terminar la frase.

—Lily, hazte ya a la idea de que no vas a volver a hablar con nadie. Ni se te ocurra llamar a mi hermana, se empeñará en saber dónde estamos y eso puede hacer que los demás vengan a buscarnos. No pienso devolverles el dinero. —Cerré los ojos y pensé en Hope, no volver a verla me mataba.

—Pero es tu hermana y los demás nuestra familia, ¿cómo puedes ser tan frío? ¿Es que no te importan? ¿No les vas a echar de menos? —le pregunté molesta al ver su pasotismo y lo poco que parecía importarle no verlos más.

—Claro que me importan, unos más que otros —ese comentario iba por Maverick, lo tuve claro—, pero me importo más yo y mis deseos, que son vivir la vida que quiero. —«La vida que quiero», dijo, y no, *que queremos*. Eso dolió.

—¿Y qué vida es esa? ¿Cuáles son tus planes cuando lleguemos a Nueva York? Ilumíname, por favor —le pedí abriendo mis manos para después cruzarme de brazos, cada vez más molesta por su actitud.

—Primero vamos a buscar un sitio donde vivir, luego buscaré trabajo en algún *pub* que sea conocido y donde vaya gente importante. Sabes que siempre me ha llamado la atención esa vida. Me gustaría montar el mío propio, pero para eso primero tengo que ver bien cómo funcionan las cosas, conocer gente, hacer contactos; eso es muy importante.

—¿Y yo dónde entro en todo eso? —le pregunté, enfadándome más. Ya tenía todo pensado y conmigo no había contado en ningún momento; parecía que me había llevado porque no le quedaba más remedio.

—Lily, tú te quedarás en casa, tenemos bastante dinero, no hace falta que trabajes. Yo regresaré cansado; qué menos que tengas la casa atendida y la comida hecha. Con eso ya tendrás mucho que hacer, no hace falta que también trabajes fuera de casa.

»Además, en Nueva York no es como Midway, que hay cuatro gatos y nos conocemos todos; allí hay mucho buitre y no quiero tener que ir pegándome con todos los tíos que te pongan la vista encima y, con lo buena que estás, es lo que va a pasar.

Alucinada me quedé. Mira que le quería, pero esos pensamientos machistas me ponían enferma.

—No pienso quedarme encerrada en casa, si no quieres que trabaje fuera, vale, pero puedo estudiar o… —me cortó de golpe sin dejarme ni hablar.

—¿Estudiar? Ni de coña vamos a la universidad con todos los tíos con las hormonas por las nubes y todas las cosas que se oyen que pasan en esos sitios. De eso nada, desde ya te digo que eso no va a pasar.

Él diría lo que quisiera. No quise contestarle y provocar una discusión delante de todo el mundo que no dejaba de mirarnos porque Levi había subido ya un poco la voz, pero ya me buscaría yo la vida cuando estuviéramos

instalados, porque no pensaba solo ser una ama de casa encerrada en una burbuja.

La camarera nos trajo los desayunos y la verdad es que no tenían mala pinta, a pesar del olor desagradable que noté al entrar; era eso o el hambre que tenía, que también podría ser. Los dos empezamos a comernos todo lo que nos habían puesto sin hablar más de los planes de Nueva York ni de nada, la verdad, porque estuvimos en silencio, uno un poco incómodo, hasta que terminamos.

Levi se levantó sin decirme nada, se acercó a la barra a pagar y me hizo un gesto con la cabeza para decirme que nos íbamos. Como me había dicho un rato antes, me lanzó las llaves de la camioneta para que la llevara yo, para que él pudiera dormir un rato.

¿Dormir un rato? No, no durmió un rato, se lo durmió todo, porque, aunque paré un par de veces para repostar y para ir al baño, no se despertó. Abrió los ojos justo en el momento en que un gran cartel nos anunciaba que entrábamos en Nueva York.

—Joder, ¿ya hemos llegado? No le habrás pisado mucho, ¿no? —Puse los ojos en blanco y ni le contesté.

Estaba cansada, sudada, enfadada y triste. Sí, la tristeza era lo peor de todo. Me había pasado todo el camino pensando en todo lo que dejaba atrás y lo único que hice mientras conducía, aparte de oír a Levi roncar, fue llorar. Me escocían los ojos, que seguramente tenía como dos globos, pero ni quise mirarme en el retrovisor.

—¿Dónde vamos? —le pregunté adentrándome en la ciudad.

—En el primer hotel que veas, para, pero que no sea uno de esos de ricos, que, aunque tengamos dinero, no podemos malgastarlo —me contestó mientras se encendía un cigarrillo y llenaba la camioneta de humo.

—Baja la ventanilla, por favor, sabes que no soporto el humo —le dije arrugando la nariz por el asco que me daba.

—Estás muy gruñona; en cuanto estemos en la habitación del hotel, ya haré yo que te relajes —me contestó pasándome la mano por la pierna hasta que llegó a mi centro para acariciármelo.

—Levi, estoy conduciendo, no me distraigas, solo faltaba que tuviéramos un accidente —le reñí apartándole la mano.

—Lo dicho, gruñona total, necesitas un polvo con urgencia —insistió y me callé para no soltarle una fresca, porque vamos, tenía ganas de muchas cosas, sobre todo de ducharme, pero de sexo no, eso estaba al final de la lista ese día.

Veinte minutos después vi un motel que no parecía tener mala pinta y se lo señalé para que me diera su opinión. Me dijo que parara ahí mismo, que por esa noche sería suficiente. Al día siguiente, si no nos gustaba, ya buscaríamos otro hasta que encontráramos un apartamento para los dos en una buena zona, pero que no fuera muy caro.

La habitación del motel era sencilla, pero estaba limpia y a mí con eso me bastaba. Tenía dos camas que estaban juntas, dos mesillas, una mesa con dos sillas y un baño con ducha que, aunque pequeño, también estaba muy limpio.

—Vamos a buscar un sitio donde comprar ropa para cambiarnos y luego volvemos para darnos una ducha —me dijo después de entrar en el baño a hacer sus necesidades.

—Si no hubiéramos salido como dos fantasmas ladrones en mitad de la noche, podríamos haber cogido algo de ropa —le dije saliendo por la puerta de la habitación.

—Claro, y también les podríamos haber pedido que nos hicieran una fiesta de despedida. ¿Qué parte de que fue un impulso al ver el dinero no has entendido? —me dijo agarrándome de la mano para caminar por la calle.

—No tenías que haber robado el dinero, van a tener problemas por eso y lo sabes —le recriminé, porque joder con sus impulsos.

—Que el abuelo lo reponga de sus arcas, que seguro que tiene un buen dinero guardado —me contestó, sabiendo que eso no era cierto.

—Ahí hay un centro comercial, ¿entramos? —le pregunté, cambiando de tema porque cada vez que abría la boca me cabreaba más.

—Sí, ahí podremos comprar todo lo que nos hace falta —me respondió cruzando la calle sin soltarme.

En el centro comercial no solo compramos algo de ropa y mudas para los dos, también unas deportivas de recambio, productos de higiene, dos móviles baratos pero que tenían de todo y un portátil sencillo. Ese lo usaríamos para buscar apartamentos con más facilidad y para que Levi pudiera mirar y localizar todos los locales de copas que había en la ciudad y saber si en ellos ofertaban algún trabajo.

Llegamos cargados de bolsas al motel y, sin desempaquetar nada, lo primero que hice fue entrar en el baño para darme una ducha, que la necesitaba más que cualquier otra cosa. Me desnudé con rapidez y, sin esperar a que se calentara el agua, me metí en la ducha. El agua fría me despejó un poco la cabeza, que la tenía embotada por el viaje y todas las horas que me había chupado al volante.

Estaba enjabonándome el pelo cuando noté las manos de Levi agarrándome por detrás. Empezó a masajearme los pechos mientras me dejaba suaves besos por la espalda.

—Venga, nena, déjame que te relaje, sé que el viaje ha sido largo y estás preocupada por todo, pero nos va a ir muy bien, ya lo verás. —Y quise creerle. Necesitaba creerle porque, si no, me arrepentiría toda la vida de haberme subido ese día a la camioneta con él.

Me di la vuelta y acerqué mi boca a la suya mientras con una de mis manos le acariciaba su miembro como a él le gustaba, con firmeza y con movimientos rápidos. Levi bajó su mano hasta mi centro y, con movimientos circulares, empezó a acariciarme el clítoris, excitándome en cuestión de segundos.

Cuando ya me tenía donde quería, me levantó al vuelo y, apoyándome contra la pared de la ducha, entró en mí de un solo empellón. Empezó a moverse rápido, con fuerza, sin descansar ni un segundo. Nuestros encuentros siempre eran así de explosivos, tanto que había veces que ni me daba tiempo a llegar, pero cuando quieres a alguien, supongo que eso lo pasas por alto.

Después de la ducha y de comernos la *pizza* que habíamos comprado de camino, Levi se puso a trastear con el ordenador. Yo me tumbé en la cama, el cansancio y las emociones del día me tenían agotada y no tardé ni cinco minutos en quedarme dormida.

Capítulo 4



Una semana fue el tiempo que estuvimos en el motel. Miramos mucho, muchísimo, todas las ofertas de alquiler de pisos y apartamentos que se ofertaban tanto en la web como en inmobiliarias. Nos decantamos por un pequeño apartamento de una habitación que no estaba nada mal en la zona de Brooklyn. No era la mejor para lo que quería hacer Levi, pero tenía muy buena conexión de metro para llegar a las zonas más pudientes de la ciudad.

Él quería vivir en pleno centro, pero después de una gran discusión conseguí convencerle de que, si pagábamos los precios desorbitados que pedían, en nada de tiempo nos quedaríamos sin dinero.

Como había planeado, nuestra vida en común comenzó como Levi me había dicho. Los primeros días intenté convencerme de que solo era cuestión de adaptación.

Durante el primer mes, él, por las mañanas, salía temprano para ir hasta el centro, donde se movían las personas de las altas esferas. Hizo una lista bastante amplia de todos los mejores *pubs* y clubs de la ciudad y, cuando ya la tuvo completa, me dijo que, una vez hecho ese trabajo de investigación, ahora tocaba hacer trabajo de campo.

—¿Dónde vas tan arreglado a estas horas? —le pregunté al verle vestido de punta en blanco a las diez de la noche.

—¿Dónde crees? Tengo que empezar a ir a los *pubs* a ver si en alguno encuentro trabajo —me contestó mirándose en el espejo para acomodarse el pelo que se había engominado.

—Espera que me cambio y voy contigo —le dije levantándome del sofá donde estaba sentada viendo la televisión.

—¿Venir conmigo? No te lo crees ni tú; no puedo estar buscando trabajo y estar también pendiente de ti. Tú te quedas en casa, que es donde tienes que estar.

Me quedé a cuadros con el comentario, *pero ¿de qué cojones iba?*, pensé.

—Sé cuidarme solita, ¿sabes? Además, a lo mejor en alguno de esos *pubs* necesitan camareras y yo también puedo encontrar un trabajo. Llevamos un mes aquí y no he salido nada más que a comprar a la tienda de abajo. Me aburro todo el día, aquí metida —le contesté cruzándome de brazos para que viera que me estaba enfadando.

—Pues si te aburres, mira la tele o el ordenador y aprendes nuevas recetas de cocina. Ya te dije que no ibas a trabajar y muchísimo menos de camarera en un *pub* de esos —me respondió alzando la voz.

—No me levantes la voz, que no estoy sorda. No entiendo tu cabezonería con que no trabaje o no estudie. Tengo dieciocho años, joder, necesito hacer algo más que estar encerrada entre estas cuatro paredes —le dije alterada.

—Pues baja por las mañanas al parque a darte una vuelta para que te dé el aire, pero de lo otro vete olvidándote —me contestó abriendo la puerta de la calle.

»Y deja de tocarme los cojones todos los días con la misma cantinela, te estás comportando como una cría, Lily —añadió antes de largarse dando un portazo.

Al cerrarse la puerta, me dejé caer derrotada en el sofá. Cada día de ese último mes me había preguntado una y otra vez lo mismo, *¿para qué me había traído con él?* Levi iba a su rollo y yo estaba allí solo, como si fuera una

comparsa que solo le acompañaba los ratos que le sobraban o cuando estaba aburrido.

Lo que le había dicho era verdad, estaba harta de estar todo el día encerrada entre esas cuatro paredes que, a medida que avanzaban los días, se me hacían más estrechas y me daba la sensación de que me engullirían en cualquier momento. Necesitaba hacer algo, lo que fuera, porque si no en un par de meses acabaría loca o muerta del asco allí encerrada.

Cogí el portátil que estaba encima de la pequeña mesa que teníamos en el salón, me senté con él encima de las piernas y empecé a navegar por la red buscando algo interesante que pudiera estudiar, por supuesto sin que Levi se enterara. No tenía ganas de más discusiones, órdenes o recriminaciones.

Quería que me quedara en casa, pues me quedaría, pero aprovecharía el tiempo libre que tenía, que era mucho. En limpiar el apartamento, que era como una caja de zapatos, tardaba menos de media hora al día y en hacer la comida y la cena poco más. El resto de las horas del último mes me las había pasado mirando por la ventana o viendo la mierda que echaban por la tele. Ya me sabía la programación completa y me había visto al menos diez series completas, eso sin contar las películas, los programas de cocina o las noticias.

Estaba al tanto de todo lo que pasaba en Nueva York, donde, por cierto, lo que más primaban eran los crímenes, los desfalcos, los robos y la vida tan maravillosa que llevaban esos famosos que parecían vivir en un cuento de hadas y dos días después volvían a ser noticia con un sonado divorcio, una herencia millonaria por la que toda la familia se tiraba de los pelos en los juzgados o hijos ilegítimos que les salían cada dos por tres como churros.

Dos horas estuve sentada sin apartar la vista de la pantalla del portátil buscando cursos *online*. De todos los que vi, uno en concreto me llamó mucho la atención.

Cuando terminé el bachillerato, hacía de eso solo unos tres meses; mi intención era ir a la universidad para estudiar veterinaria, que era lo que siempre había querido. Es más, eché la solicitud cuando tocaba y me habían admitido sin problemas. Si todo hubiera seguido su curso y no me hubiera

montado con Levi ese día en la camioneta, en esos momentos estaría cursando el primer trimestre de la carrera.

Pero ahora todo eso ya quedaba como un lejano recuerdo de lo que podría haber sido, porque tomé una decisión y tenía que ser consecuente con ella.

Apunté en una libreta todo lo relacionado con el curso, que era de técnico veterinario. No podría ser veterinaria como me hubiera gustado, pero eso se acercaba bastante porque podría ser la ayudante de uno y, por el momento, eso me bastaba.

El curso era de un año y medio, no pedían requisitos especiales más allá de haber acabado el bachillerato, aprobar el examen de acceso a la universidad y poco más. Los cumplía todos, así que por ese lado respiré tranquila.

Todas las clases eran *online* y la entrega de trabajos también. La única pega es que tendría que hacer prácticas al finalizar para que me dieran el título, pero ya cruzaría ese puente cuando llegara. Por el momento me apuntaría y lo iría haciendo poco a poco en los ratos que Levi no estuviera en casa, que tenía la sensación de que iban a ser muchos.

Ilusionada por hacer algo con mi triste vida, mandé la solicitud de inscripción rellenando todos los datos que me pedían y la captura de mi documentación, que gracias a Dios eso sí que lo había cogido cuando salimos del rancho en mitad de la noche.

Apagué el portátil ya pasada la medianoche y me marché a la cama. Era inútil quedarme allí sentada esperando a que apareciera Levi, porque seguramente llegaría a las tantas y a saber en qué condiciones.

Levi siempre había sido un chico alocado y rebelde al que no le gustaba seguir las normas. Puede que ese lado de malote fuera lo que en su día hizo que me enamorara de él.

En el colegio siempre destacó y no precisamente para bien, metiéndose en peleas y haciendo mil travesuras, a las que en un principio en casa no le dieron importancia. «Son cosas de niños y este es muy inquieto», decía su madre.

Con el paso del tiempo, cuando todos llegamos a la adolescencia, las travesuras bajaron de nivel o simplemente cambiaron el ritmo. Traía locas a todas las chicas del instituto, pero él nunca había tenido nada con ninguna, al menos que yo supiera. Desde que empezamos a tontear solo había tenido ojos para mí o eso decía él.

La primera pelea seria vino por parte de él, en la que el otro chico, uno de nuestros compañeros de clase, acabó en el hospital con dos costillas rotas y un brazo en cabestrillo. El motivo: que intentó ligar conmigo en una fiesta en la que todos iban muy cargados de alcohol.

Esa era otra, mientras Hope y yo apenas probábamos el alcohol más allá de una cerveza de vez en cuando, Levi en cada salida que hacíamos se bebía lo suyo, lo nuestro y lo de dos o tres más si la noche se alargaba.

Su comportamiento rebelde también era uno de los motivos por los que nunca había cuajado con Maverick. Mientras uno era alocado, impulsivo, cabezota y no ayudaba nunca en el rancho —la razón ya la sabéis, odiaba esa vida—, el otro era de carácter tranquilo, nunca se metía en líos y era responsable hasta decir basta, además de ser un currante de primera, siendo el primero en levantarse al alba y el último en abandonar los campos donde se entrenaba a los caballos a diario, porque amaba esa vida al igual que lo había o lo seguía haciendo yo.

No recuerdo a qué hora me quedé dormida pensando en todas esas cosas sobre las diferencias que existían entre los primos, que eran muchas, siendo como la noche y el día, repeliéndose siempre como el agua y el aceite.

Un ruido de pasos torpes tirando cosas a su paso en el apartamento me despertó de golpe, asustándome. Pensé que alguien había entrado a robar y eso me hizo encogerme de miedo. Me giré con rapidez para encender la luz de la mesilla que tenía al lado para poder ver bien quién era la persona que estaba arrasando con todo a su paso.

Cuando la luz iluminó la habitación me quedé de piedra al ver a Levi en un estado lamentable. Una cosa era pasarse de copas y otra muy distinta el estado en el que estaba. Apenas se tenía en pie de la borrachera que llevaba, con la

camisa por fuera de los pantalones y el pelo todo revuelto como si se hubiera pasado la mano por él muchas veces durante la noche.

—¿Te has bebido todas las reservas del almacén del *pub* en el que has estado? —le pregunté con ironía por el espectáculo tan lamentable que estaba dando.

—No me ralles y ayúdame a meterme en la cama —me dijo, entrecortando las palabras porque no era capaz ni de decir una frase entera.

—En esta cama no vas a entrar en las condiciones que estás si no pasas primero por la ducha y te quitas esa peste a alcohol y sudor que tienes —sentencié muy seria.

—¿Quién te has creído que eres para darme órdenes, mi madre? —respondió mientras se sentaba al borde de la cama para quitarse los zapatos con dificultad porque se iba de un lado a otro como si fuera un péndulo.

—Tu novia, eso es lo que soy y creo que me merezco un respeto. Si no quieres ducharte y quitarte esa peste que llevas, vete al sofá a dormir la mona. Yo no tengo por qué aguantar esto.

Mi respuesta le hizo empezar a reírse a carcajadas y eso me enervó más.

—¿De qué coño te ríes? Porque yo no le veo la gracia por ninguna parte —le dije fulminándole con la mirada.

—De lo graciosa que eres. Si te crees que te voy a hacer caso, vas lista. Apártate de una vez y cállate, estoy muy cansado y necesito dormir. Si tanto te molesta mi olor, ya sabes lo que tienes que hacer, el sofá es todo tuyo. —Apuntó con la mano donde se suponía que estaba el sofá, pero de la cogorza que tenía no era capaz de hacerlo sin apuntar a cualquier sitio menos donde en realidad estaba.

Sentado en la cama como estaba, luchó varios minutos para quitarse la camisa y los pantalones que daban un asco tremendo por las manchas que

tenían. Lo dejó todo tirado en el suelo y con toda su santa pachorra se tumbó en la cama en calzoncillos y no tardó ni treinta segundos en quedarse dormido.

El olor a rancio y a alcohol que desprendía me hizo contener una arcada del asco que me dio. Me levanté y cogí mi almohada, saqué una manta del altillo del armario y, controlando la ira que sentía en mi interior, me fui al sofá. Menos mal que por lo menos era cómodo, eso lo sabía porque ya había dormido algún día que otro una pequeña siesta en él.

Con la cabeza a mil por hora, dándole vueltas a todas las cosas que le diría al día siguiente cuando estuviera sobrio y se le hubiera pasado la resaca, porque esa era otra. Las resacas de Levi eran para desaparecer de su radar hasta que se le pasaban, ya que se ponía de un humor de perros y nunca mejor dicho, puesto que si le decías algo no te hablaba, sino que te ladraba.

A la mañana siguiente, como había predicho, Levi se levantó con un humor no de perros, sino de una manada entera. No me atreví a hablarle hasta bien entrada la tarde, pero de nada sirvió; por su parte, todo fueron excusas, que si uno le había invitado a una copa y no pudo negarse, que si él había tenido que invitar a otro para socializar y empezar a hacer contactos. En fin, que no hubo manera de que viera que el estado en el que se había presentado en casa era intolerable y no por venir pasado de copas, cosa que podía entender porque a todo el mundo le puede pasar alguna vez, sino por cómo me había tratado.

Capítulo 5



Un año después…

Solo dos semanas después de ese día, llegó muy contento a casa y me dijo que en una de las discotecas que había visitado en esos días, porque sí, no había dejado de salir ni una sola, le habían contratado como relaciones públicas. Eso fue algo que no me extrañó para nada, porque siempre había tenido mucha labia y se le daba muy bien socializar con cualquiera, se metía a la gente en el bolsillo en cuestión de minutos.

A partir de ese momento, nuestra vida se volvió pura rutina. Levi se marchaba después de comer para su trabajo. A mí me extrañó al principio que, si la discoteca no abría hasta más tarde, qué tenía que hacer él allí a puertas cerradas. Me explicó de mala gana que su trabajo no solo consistía en estar cuando el local estaba lleno hablando con unos y con otros, sino que antes de abrir ayudaba a sus compañeros a reponer bebidas y a preparar todo para que, horas después, cuando abrieran, estuviera perfecto.

Su explicación no me convenció mucho, pero lo dejé pasar. El caso es que, como he dicho, se marchaba después de comer y no volvía a casa hasta poco antes del amanecer casi todos los días, sobre todo llegaba más tarde los fines de semana. La mañana, como no podía ser de otra manera, se la pasaba durmiendo.

Mi rutina era muy distinta a la suya. Me levantaba pronto por la mañana y, procurando hacer el menor ruido posible, hacía las cosas de la casa, bajaba al

supermercado a hacer la compra y al subir, preparaba la comida para los dos. Para la cena, como él nunca estaba en casa y teniéndola que hacer para mí sola, muchos días comía un sándwich, una tortilla o una ensalada, siempre cosas que me llevaban poco tiempo. Incluso muchas noches también solía pedir comida a domicilio; la *pizza* o el *sushi* solían ser casi siempre mis dos opciones porque me encantaban las dos por igual.

Como sí que me admitieron en el curso de técnico de veterinaria en el que solicité plaza, eso era lo que había hecho todas las tardes y parte de las noches: estudiar, hacer trabajos y charlar con mis compañeros un rato al terminar las clases que teníamos por videoconferencia cuatro días a la semana. Ese era el único contacto que tenía con el exterior y con personas, aparte de la chica que me cobraba a diario en el supermercado, con la que solía hablar un rato si no había cola en la caja cuando iba. No había hablado con nadie más desde que llegamos a Nueva York y de eso ya había pasado un largo año.

Un año en el que Levi y yo parecíamos más compañeros de piso y amigos con derecho a roce que otra cosa. Ni un solo día habíamos salido juntos a pasear, cenar a un restaurante, a visitar la ciudad, de la que no conocía absolutamente nada, o a hacer cualquier otra cosa de las que suelen hacer las parejas.

Los primeros meses desde que empezó en ese trabajo que le tenía absorbida la vida, habíamos tenido muchas discusiones por ese motivo. Yo le pedía o, más bien, le recriminaba que quería hacer algo juntos, que apenas nos veíamos, nada más que a la hora de la comida, en la que si se levantaba de humor, solíamos tener sexo antes de que comiera a toda prisa y se largara. Pero después de ver que su actitud no cambiaba y que él seguía con su vida nocturna, a la que estaba enganchado, desistí en mi empeño.

Levi trabajaba los siete días a la semana y casi nunca solía cogerse un solo día libre, aunque sí que había uno de esos días que solía entrar a la hora de apertura. Según él, ese día era el que el jefe le daba la tarde de descanso.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó frunciendo el ceño al verme quitarme el pijama para ponerme unos vaqueros y una camiseta de manga corta que tenía preparados encima de la cama.

—Vestirme —le contesté poniendo los ojos en blanco por la pregunta tan estúpida que acababa de hacerme.

—Muy graciosa, eso ya lo veo. Lo que quiero saber es para qué te estás vistiendo a estas horas. —Pude ver en su mirada que se estaba empezando a enfadar por la respuesta tan escueta que le había dado.

Ese día era uno de esos que entraba a trabajar a las nueve de la noche en vez de a las cuatro como el resto de los días, por eso estaba en casa.

—Marta me ha invitado a cenar en su casa —le contesté mientras me ataba las deportivas sentada en la cama.

—¿Quién cojones es Marta? —me preguntó alzando la voz.

—Lo primero, no me levantes la voz, que ya te he dicho mil veces que no soy sorda, y lo segundo, ¿tú me escuchas alguna vez cuando te hablo? Marta es la cajera del supermercado con la que hablo casi todos los días.

Marta era un amor de chica, tenía veinte años, uno más que yo, y desde el primer momento en el que empezamos a hablar cuando yo bajaba a comprar, congeniamos de maravilla. Ella no era una chica de salir por las noches; prefería una cena en casa tranquila y una peli con palomitas después y a eso es a lo que me había invitado. Ella vivía con su madre, que estaba enferma; tenía una de esas enfermedades degenerativas que no tienen cura, pero sí tratamiento para calmar los fuertes dolores que sufría. Marta, desde que le detectaron a su madre la enfermedad y empezó a sentirse mal, había abandonado los estudios y había empezado a trabajar en el supermercado para ayudar en casa con los gastos.

—¿Y a santo de qué tiene que invitarte esa tía a cenar a su casa? —me preguntó sin bajar el tono de voz.

—Porque me llevo muy bien con ella y baja el tono, que te están oyendo los vecinos —le dije.

—Me suda los cojones que me oigan —dijo alzando más la voz—. Ya te puedes ir quitando la ropa porque no vas a ir a cenar a casa de nadie —añadió cruzándose de brazos y poniéndose delante de la puerta de la calle para bloquearla.

—Sí que voy a ir, apártate de la puerta —le pedí ya con el bolso colgado al hombro.

—No vas a salir, Lily, y no te lo voy a repetir otra vez.

—¿Por qué? Tú te vas a ir a trabajar, qué más te da lo que yo haga.

—¿Cómo me va a dar igual? Eres mi mujer y no vas a salir ni vas a ir a cenar con nadie que no sea yo —me dijo apretando los dientes.

La carcajada me salió de lo más profundo de mi garganta, aparte de oírla los vecinos, seguramente podría haberla oído Marta desde su casa, que por cierto, vivía a dos calles de nosotros.

—¿Tu mujer? Solo soy eso para ti cuando tienes ganas de follar, el resto del tiempo soy invisible. En un año que llevamos aquí ni una sola vez hemos salido a hacer nada juntos, ni siquiera a dar un triste paseo, así que no me vengas con rollos —le dije sin parar de reír.

—Mira, Lily, no me cabrees más de lo que ya estoy, te he dicho que no vas a salir y no lo vas a hacer, no hay más que hablar.

—Puedes cabrearte todo lo que quieras, porque te aseguro que sí que lo voy a hacer —le dije, intentando tirar de su brazo para que se quitara de la puerta.

Lo que hizo a continuación sí que no me lo hubiera esperado por nada del mundo. Me dio un empujón que me tiró de espaldas al suelo, haciéndome un daño horrible en la espalda al caer que me dejó sin respiración unos segundos.

Se agachó a mi lado y me quitó el bolso de un tirón, volcando todo lo que llevaba dentro en el suelo. Rebuscó entre todas las cosas que por la fuerza con

la que había volcado el bolso, se habían esparcido por medio salón. Me quitó el móvil y las llaves de casa y se las guardó en el bolsillo del pantalón. El resto lo dejó allí todo tirado, incluso me partió un pequeño espejo que siempre llevaba cuando se levantó y lo pisó con el pie.

—¿Qué… haces? —le pregunté balbuceando porque de la manera que me miró me dio miedo.

—Te he dicho que no vas a salir y punto —me chilló dando una patada a algunas cosas que estaban en el suelo—. Como se te ocurra chillar para que venga algún vecino a ayudarte a salir, te vas a enterar cuando vuelva —me dijo apretando los dientes y los puños muy enfadado, más de lo que yo le había visto en la vida.

En tres zancadas llegó a la puerta de la calle y la abrió de un tirón antes de salir dando un portazo y echar la llave por fuera para que no pudiera salir. Me miró por encima del hombro y las palabras que me dijo hicieron que se me congelara la sangre en las venas.

—A partir de mañana habrá nuevas normas: nada de móvil, nada de bajar a comprar, de eso me encargaré yo. El portátil te lo dejaré para que mires recetas si te portas bien, pero como contactes con alguien, te lo quitaré también. Ahora me voy, que llego tarde, por tu bien espero que cumplas todo, si no, atente a las consecuencias.

Lo único que pude hacer cuando se marchó fue llorar toda la noche. ¿Cómo puede alguien cambiar tanto?

Capítulo 6



Dos años después de llegar a Nueva York, las cosas habían ido de mal en peor. Apenas podía moverme; no había parte del cuerpo que no me doliera. Miré a ambos lados y vi a mi derecha el bajo del sofá, seguía tirada en el suelo. Ahí era donde me había caído antes de desmayarme. Me arrastré por el suelo intentando subirme al sofá, pero ese simple movimiento me hizo soltar un grito por el dolor que sentí.

Llevaba mucho tiempo preparando mi huida y lo hubiera hecho la noche anterior si las cosas no se hubieran descontrolado de nuevo. Lo había planeado todo al dedillo para escapar de ese infierno y ahora no podía desistir de hacerlo; si se repetía lo mismo otra vez, seguramente mi cuerpo no lo resistiría y no saldría de allí con vida. Tenía que marcharme ya.

Llevaba dos meses robándole a Levi algo de dinero de la cartera, muy poco cada vez, para que no lo echara en falta, todos billetes de un dólar o de cinco, que eran los que menos se notaban. Lo que más me costó conseguir fueron las llaves que me quitó un año atrás, sabía que las había escondido en alguna parte de la casa, pero por más que busqué, no aparecían por ningún sitio.

Eso me tuvo desquiciada durante días pensando dónde coño las habría metido. Revolví la casa de arriba abajo varias veces sin obtener ningún resultado. Pero una tarde en la que me desperté tirada en el suelo del baño y me quedé mirando a mi alrededor durante más de una hora, me di cuenta de que había un sitio allí donde no había mirado, no porque no fuera posible que estuvieran, sino porque no pensé en ello en ningún momento.

Me levanté del suelo tambaleándome y me dije: por probar no pierdo nada, el no ya le tengo. Desmonté la tapa de la cisterna del baño y el alivio que sentí al ver allí mis llaves hundidas en el agua me hizo llorar durante dos horas seguidas. Esas llaves eran para mí un regalo divino, eran mi pase a la libertad, una de la que llevaba privada un largo año.

Tenía escondida debajo de la cama, donde sabía que Levi no miraría nunca, una bolsa con una muda de ropa, los cien dólares que había reunido; no eran mucho, pero algo podría hacer con ellos, las llaves y unas gafas de sol que le había quitado para ocultar mi rostro cuando saliera a la calle.

El día anterior era el día que había elegido para marcharme, era sábado y sabía que Levi no llegaría casi hasta el amanecer, como pasaba todos los fines de semana, que era cuando más tardaba en llegar. Él se marchó como siempre después de comer y yo esperé sentada en el sofá hecha un manojo de nervios, viendo las horas pasar con la sola compañía de mi silencio, ese que llevaba siendo mi único compañero día tras día.

Cuando la noche cayó, me levanté y fui hasta la habitación para sacar la bolsa de debajo de la cama para largarme, pero cuando estaba arrodillada en el suelo sacándola, oí cómo se abría la puerta de la calle y tuve que guardarla a toda prisa. Lo que pasó después dentro de esa casa hizo que mis planes se vinieran abajo y no pudiera marcharme, de eso ya habían pasado muchas horas porque en ese momento era de día.

Me senté con la espalda apoyada en el sofá y levanté la cabeza para mirar el reloj que estaba en la pared, ese que había sido para mí una tortura porque a diario me decía todas las horas que pasaban allí dentro viviendo ese calvario. Marcaba las siete de la tarde, hora en la que ya empezaba a oscurecer; hacía horas que Levi se habría marchado, o eso supuse porque no había ni rastro de él en la casa. En ese momento, mi instinto de supervivencia se activó y me dije: o lo hago ahora o no podré hacerlo nunca.

Me levanté como pude y apoyándome en las paredes, conseguí llegar hasta el baño. Allí, con lentitud, me quité la poca ropa que me quedaba puesta, estaba toda rota y sucia y con eso no podía salir a la calle o llamaría mucho la atención. Me lavé la cara y me quedé mirando la ducha pensando qué hacer, pero no podía entretenerme más y en el estado en el que me encontraba

hubiera tardado una hora en lavarme todo el cuerpo, así que no me duché, ya lo haría cuando pudiera.

Fui hasta la habitación y me puse unas braguitas de algodón blancas que estaban muy desgastadas por el uso, pero eran las que tenía, así que no había más opción. Me puse unos pantalones de chándal grises y una camiseta de manga corta. No tenía abrigo, pero como sabía que fuera haría frío por la época del año en la que estábamos, le cogí a Levi una de sus sudaderas que me quedaba enorme, pero mejor eso que no morirme de frío en la calle.

Una vez vestida, con mucho esfuerzo, me arrodillé al lado de la cama y saqué la bolsa con las cosas. Cogí las llaves con una mano y el dinero me lo guardé en el bolsillo lateral que tenía el pantalón. Miré la bolsa en la que estaba la ropa y decidí no llevármela; según estaba, no podría cargar con ella sin agotarme.

Me puse las gafas de sol y con pasos lentos me dirigí hasta la puerta de la calle. Metí la llave en la cerradura y la giré. Cuando tuve delante de mí la puerta abierta de par en par, de mi garganta salió un pequeño sollozo por el alivio que sentí, por fin era libre.

Bajé las escaleras, que por suerte no eran muchas porque vivíamos en un primero. Cuando abrí la puerta del portal y el frío que hacía fuera me golpeó en el rostro, fue para mí la sensación más maravillosa del mundo.

Empecé a caminar calle abajo sin un destino fijo; eso era lo único que no tenía decidido, el dónde ir, pero por descontado que sería lo más lejos posible de allí. Lejos de esa casa, de esa ciudad y de Levi. Esa casa había sido mi cárcel, ir a esa ciudad la peor decisión de mi vida y Levi, él había sido mi carcelero y, si no hubiera salido de allí, en poco tiempo hubiera sido mi verdugo.

Le odiaba, le odiaba con toda mi alma; él mismo se había encargado durante esos dos años de matar el amor que un día sentí por él. Dicen que del amor al odio solo hay un paso y no hay cosa más cierta o, al menos en mi caso, así había sido.

Seguí andando durante bastante tiempo, había decidido que iría a la estación de autobuses y allí cogería el primero que saliera y pudiera pagar; una vez que llegara al destino que fuera, ya vería qué haría. La estación estaba a una hora de casa. Me sabía de memoria la dirección que tenía que tomar, ya que antes de que Levi me quitara el portátil, por las noches soñando con largarme, me había dedicado a estudiar el callejero de Nueva York por si un día podía escapar, saber dónde tenía que ir.

Caminaba despacio, pero con pasos más o menos firmes. A mi alrededor me iba cruzando con la gente que transitaba en esos momentos por la calle, bien yendo hacia sus casas después del trabajo, saliendo a dar un paseo o simplemente haciendo cosas cotidianas como comprar o tomar un café solos o con alguien, todas esas cosas que yo llevaba tanto tiempo sin hacer que ya ni recordaba la última vez.

La gente no se fijaba en mí y eso lo agradecí; en Nueva York viven millones de personas y es un buen sitio para pasar desapercibida porque todos van a su rollo y no se fijan en el que tienen al lado, así se esté muriendo. Eso en mi ciudad no pasaría nunca porque éramos muy pocos y todos nos conocíamos, éramos como una pequeña familia. Sacudí la cabeza para no pensar en mi vida anterior, en el rancho, en mi familia y en lo mucho que les había echado de menos esos dos años que hacía que no los veía ni sabía nada de ellos.

Solo me quedaban unas pocas calles, más o menos unos quince minutos andando para llegar a la estación, cuando empecé a encontrarme realmente mal. Un sudor frío me recorría la espalda por el esfuerzo tan grande que estaba haciendo al caminar tanto. Tuve que agarrarme a la pared que tenía a mi lado porque me estaba mareando y mi pulso se disparó, haciendo que mi corazón retumbara en mi pecho como un tambor.

—Hola, ¿estás bien? —me preguntó una mujer con una voz tan dulce que hizo que me acordara de mi madre, que le tenía muy parecida.

—Enseguida se me pasa, gracias por preguntar —le contesté susurrando porque me faltaba tanto el aliento que ni la voz me salía.

—Niña, estás sangrando —me dijo alarmada antes de acercarse a mí con rapidez para sujetarme por la cintura para evitar que me cayera.

Me sujeté con las pocas fuerzas que me quedaban a la pared y a ella, que para mí en ese momento era como un salvavidas en medio de un océano. Bajé la cabeza para mirar mis pantalones porque seguramente era el sitio donde estaba la sangre que me había dicho que tenía y, efectivamente, la mitad de las perneras estaban encharcadas.

No pude reprimir un sollozo y apoyé la cabeza en su hombro, era la única que se había parado para preguntarme por mi estado al verme así. Al hacerlo, mis gafas de sol se deslizaron por mi cara hasta caer al suelo y, cuando vio mi rostro, el que yo intenté ocultar agachando la cabeza, percibí en su mirada muchas cosas en décimas de segundo. Había enfado, dolor, ira, pero también comprensión.

—Tienes que ir al hospital o acabarás desangrándote, voy a llamar a una ambulancia —me dijo sacando su móvil del bolso del abrigo sin soltarme.

—No puedo pagar la asistencia, no tengo dinero ni seguro, no llame, por favor —le pedí agarrando su mano para impedir que llamara.

—No te preocupes por eso, yo me encargaré de todo —me dijo acariciándome la cabeza con cariño.

—¿Por qué quiere ayudarme? No me conoce de nada y… —No me dejó terminar la frase, me agarró con más fuerza por la cintura para que no me cayera y entonces me contestó algo que me hizo sentir muy segura en sus manos.

—Porque una vez, hace ya muchos años, yo también estuve donde estás tú y mi ángel de la guarda, como yo le llamo, me salvó. Ese día prometí que algún día yo también sería un ángel para alguien que me necesitara. Si el destino te ha puesto hoy en mi camino, es porque quiere que yo sea tu ángel y te ayude como me ayudaron a mí a salir del infierno.

Antes de que terminara de hablar las lágrimas ya salían de mis ojos como dos fuentes.

La mujer marcó rápidamente en su móvil el número de emergencias para pedir una ambulancia, pero no la vi llegar porque tres minutos después me desmayé en los brazos de esa mujer, mi ángel de la guarda, como ella dijo.

Capítulo 7



—Venga, perezosa, abre esos preciosos ojazos azules que tienes. Ya has dormido mucho, es hora de despertar.

Los murmullos de esa voz dulce, que mi cabeza reconoció enseguida como la de mi ángel de la guarda, me llegaron lejanos. Esa voz me transmitía tanta paz que quería oírla con más claridad. Con mucho esfuerzo intenté hacer lo que me pedía, pero los ojos me pesaban y me dolían tanto que me costó varios minutos conseguirlo.

Cuando por fin pude ver con claridad todo lo que tenía delante, en lo primero en lo que me fijé fue en el rostro de la mujer que tenía frente a mí. La reconocí enseguida, era la misma que me había agarrado en la calle cuando empecé a encontrarme realmente mal. Ella me miraba con una sonrisa llena de cariño y comprensión; no era una mirada que diriges a alguien por cumplir o quedar bien, era una mirada como la que te dedica una madre cuando estás pasando por un mal momento. Era ese tipo de mirada que, sin pretenderlo, te ayudaba lo mismo que cuando te dan un abrazo.

Pasé la mirada por el resto de la habitación y me di cuenta de que era una habitación de hospital, pero no de uno cualquiera. Esa habitación era de una clínica privada o de un hospital de lujo, lo supe por el mobiliario que tenía, lo espaciosa que era y porque la única cama que había allí era la mía. Al darme cuenta de la cantidad de dinero que podría costar estar en un sitio como ese, me empecé a poner nerviosa, haciéndome mil preguntas, pero la que más se

repetía en mi cabeza y me provocaba mucha angustia era: ¿de dónde iba yo a sacar el dinero para pagar esa atención?

Intenté incorporarme, tenía que salir de allí e intentar buscar el dinero que había costado todo eso para devolvérselo a la mujer que me había ayudado, pero no llegué ni a sentarme en la cama. La mujer se acercó a mí y, acariciándome la cabeza despacio, con mucho mimo, volvió a hablarme en un tono de voz bajo, firme, pero con cariño.

—Quieta, no te levantes, aún es pronto y estás muy débil, tómatelo con calma —me dijo a la vez que acomodaba la almohada que tenía detrás de la cabeza para que estuviera más cómoda.

—Yo… no podré pagar todo esto —le dije susurrando, avergonzada.

—Puede que no lo recuerdes, pero cuando te agarré en la calle te dije que no debías preocuparte por eso. Yo me encargaré de todo —al decirme eso, un recuerdo vino a mi mente, ella diciéndome mientras me sostenía en la calle que se encargaría de todo porque una vez había estado en la misma situación que yo y que sería mi ángel de la guarda.

—Mi ángel de la guarda… —dije más para mí que para ella, pero al oírme se le escapó una risita.

—Eso mismo, eso fue lo que te dije que sería para ti y sigo manteniendo mi palabra. Aunque estaría bien que nos llamemos por nuestros nombres —me dijo sentándose a mi lado en la cama y agarrándome la mano para demostrarme que de verdad iba a estar ahí para mí. Solo con el tacto de su piel tocando la mía me transmitió tanta confianza que mi corazón me gritó: déjala estar.

—Soy Lily —le contesté a media voz, sonriendo.

—Encantada, Lily, yo soy Stella —me dijo antes de darme un beso en la mejilla.

Alguien dio dos toques suaves y la puerta se abrió despacio. Por ella entró un hombre que llevaba una bata blanca puesta, era médico, eso estaba claro. Primero miró a Stella y en su mirada pude ver el amor que le profesaba; ese hombre la quería, cualquiera que viera cómo la miraba podría darse cuenta. Después de sonreírle, giró la cabeza y me miró directamente, dedicándome una sonrisa sincera llena de ternura que me hizo sentirme igual de protegida que al lado de Stella.

—Lily, déjame que te presente a Luke, mi marido, mi ángel de la guarda y ahora también tu médico —me dijo mientras se levantaba de la cama para acercarse a él y darle un suave beso en los labios.

—Luke, ella es Lily —añadió antes de volver a mi lado.

—Encantada, Luke —le dije extendiendo mi mano para saludarle.

—Igualmente, Lily —me dijo estrechándome la mano con suavidad—. ¿Cómo te encuentras? ¿Te duele algo? No aguantes, si te duele, dilo y te daremos más calmantes.

—Me duele todo, pero nada que no pueda soportar —le contesté con una sonrisa que no llegó a mis ojos—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? —les pregunté, porque en ese momento caí en la cuenta de que no sabía ni qué día ni qué hora era.

—Hoy es martes. Stella vino contigo en la ambulancia el domingo por la tarde. Te desmayaste antes de que te subieran a ella y has estado durmiendo desde entonces. Tu cuerpo estaba al límite y necesitaba descanso para recuperarse un poco.

»Tienes varias lesiones, algunas más serias que otras, pero con el tiempo te recuperarás por completo. Necesitas descanso, buena alimentación y muchos mimos. —Al oírle decir eso último, mis ojos se llenaron de lágrimas y retiré la mirada de los dos. Mimos, decía… ojalá tuviera a alguien que pudiera dármelos, pero estaba completamente sola, así que eso no sería posible.

—¿Qué lesiones tengo? —conseguí preguntarle, conteniendo con esfuerzo las ganas de llorar que me estaban oprimiendo el pecho.

—Tienes hematomas por todo el cuerpo, algunos bastante grandes; esos acabarán desapareciendo con el tiempo igual que lo están haciendo los que tenías y que no son tan recientes. —Mierda, pensé, si me había visto desnuda, ya se habría hecho una idea de lo que me había pasado y de que no era la primera vez.

—También tienes tres costillas rotas, una fisura en la clavícula y una luxación en el codo derecho —añadió muy serio y yo asentí avergonzada.

»Pero lo que más nos preocupó cuando ingresaste son los desgarros que tienes, tanto vaginales como anales. Esos desgarros te provocaron una hemorragia que, gracias a Dios, pudimos detener a tiempo.

»Si no hubiera sido así, ahora mismo no estarías aquí hablando con nosotros, te hubieras desangrado en cuestión de minutos. —Maldito cabrón, pensé; al final casi me mata, si no hubiera salido de casa y me hubiera quedado allí cuando hubiera vuelto me hubiera encontrado muerta.

—Lily, no sé quién te está haciendo todo esto, pero no puedes volver allí. Si lo haces la próxima vez, puede que no lo cuentes. ¿Tienes familia? ¿Puedes ir con ellos? —me preguntó Luke.

Cuando le oí nombrar a mi familia, sentí en el pecho un dolor tan grande por lo mucho que los extrañaba que Stella debió verlo reflejado en mi cara, porque miró a Luke y, a la misma vez que negaba con la cabeza, le dijo:

—Cariño, yo me encargo, hablaremos más tarde, ¿sí? —Luke asintió a sus palabras y se acercó para darle un beso antes de dirigirse hacia la puerta de salida.

—Lily, los dos estamos aquí para ayudarte, no estás sola —me dijo mirándome con cariño antes de salir y cerrar la puerta, dejándonos allí a las dos solas.

—Bien, antes de nada, ¿quieres darte una ducha? Te hará sentir mejor, seguro que te sientes pegajosa —me dijo Stella acariciándome el brazo.

—Me muero por una ducha, esa es la verdad —le contesté porque tenía toda la razón del mundo, me sentía sucia, pegajosa y además necesitaba

quitarme ese olor de encima que me estaba matando porque me hacía recordar la noche del sábado una y otra vez.

—Pues venga, que te ayudo —me dijo, retirándome la sábana de encima para ayudarme a bajar de la cama.

Me acompañó hasta el baño e inexplicablemente me dolía el cuerpo al andar menos de lo que esperaba; lo que sí que me dolían eran mis partes, pero si tenía desgarros, como me había dicho Luke, era normal que me pasara eso.

Me ayudó a bajarme el camisón y cuando me di cuenta de que me iba a ver desnuda, me invadió la vergüenza y agaché la cabeza.

—Lily, mírame —me pidió agarrándome suavemente la cara para que levantara la cabeza y le mirara a los ojos.

—No voy a ver nada en tu cuerpo que no haya visto en el mío cuando estuve en tu misma situación. No te avergüences de lo que te ha pasado, no es culpa tuya; la culpa es del cabrón que se ha atrevido a tratarte así.

»Seguramente piensas o has pensado en algún momento que te lo mereces, pero eso no es así, nadie, y escúchame bien, nadie se merece que le hagan una cosa así. No te voy a mentir, superar esto es difícil, pero no imposible. Eres joven y fuerte, eso me lo demostraste en la calle cuando nos encontramos. Estabas al límite de tus fuerzas, pero seguías en pie y andando para huir.

»Te costará, pero lo superarás y serás muy feliz como lo soy yo con Luke, estoy segura de ello.

Asentí llorando a sus palabras porque tenía razón en todo lo que me había dicho.

—Mientras te duchas te contaré mi historia —añadió pasándome el jabón.

Capítulo 8



Stella no entró conmigo en la ducha, pero no se separó del borde en ningún momento, estuvo alerta, pendiente en todo momento por si mis piernas fallaban. Cuando terminé de lavarme todo el cuerpo y el pelo, salí y ella misma me envolvió en una toalla enorme que estaba supersuave, a la vez que me abrazaba por los hombros para que me sentara en una silla que previamente había puesto frente al espejo que había encima del lavabo.

Sacó un cepillo de una bolsa que había a un lado de la puerta y empezó a cepillarme el pelo desde atrás con mimo, dando unas pasadas por mis mechones tan despacio como si estuviera tratando con cristal y tuviera miedo de que se rompiera en cualquier momento. La verdad es que esa comparación no se distaba mucho de la realidad, no por mi pelo, porque siempre lo había tenido fuerte y abundante y no se rompería, pero yo sí me sentía así, como el cristal más fino del mundo que al más ligero golpe se rompería en cualquier momento.

Mientras seguía peinándome y nuestras miradas se cruzaban a través del espejo, empezó a contarme su historia que, aunque no tenía nada que ver con la mía, en lo malo sí se parecía.

Stella tenía en la actualidad cuarenta años, justo el doble que yo. Cuando empezó su calvario, era una mujer de veintitrés años que llevaba saliendo con su novio tres años, a él le conoció en la universidad en el primer año y desde el principio fue un noviazgo normal. Eran la pareja perfecta para todos; las dos

familias estaban encantadas con esa relación y los animaron y ayudaron mucho cuando al acabar la universidad, decidieron casarse.

Al principio de su matrimonio todo fue normal, como cualquier pareja tenían sus discusiones que vienen de la convivencia del día a día, pero más allá de eso nada fuera de lo normal. Un año después de haberse casado, ella, que había estudiado administración de empresas, encontró trabajo en una empresa grande en la que el sueldo y las condiciones eran mucho mejores y como cualquier persona a la que le ofrecen algo así aceptó. Su exmarido, que había estudiado lo mismo y encontró trabajo nada más acabar la carrera, perdió el suyo porque la empresa en la que estaba quebró.

Ahí fue cuando empezaron los problemas: su ex, por más que buscó trabajo, no lo encontraba o los que le ofrecían los rechazaba porque eran inferiores al de ella. La bebida entró por la puerta de casa y se llevó a su marido tal y como le conocía. Las discusiones, al principio de poca intensidad, fueron subiendo de tono hasta que llegó el primer empujón, luego la primera bofetada, hasta llegar a la primera paliza en la que le partió un brazo.

Ella, enamorada como estaba de él, intentaba justificarle diciendo que era por el mal momento laboral que estaba pasando. Además de que cuando convives con un maltratador, no solo ataca y machaca tu cuerpo, mucho antes ya ha empezado a trastornar tu mente y te hace pensar que te mereces todo lo que te hace, llegando incluso a creerte la culpable de ponerle en ese estado.

Stella, incapaz de salir de esa espiral en la que se había metido, aguantó por miedo, por costumbre o por vergüenza a que los demás supieran lo que pasaba en su matrimonio un año entero. Los insultos cada vez eran más ofensivos, las recriminaciones más frecuentes y las palizas más fuertes, dejándola incluso en cama durante una semana.

Ella, la pregunta que más se repetía era cómo su marido había cambiado tanto en tan poco tiempo, de ser un hombre amoroso y tranquilo, cómo había podido llegar a convertirse en un ser desconocido y cruel.

Me explicó que con el paso del tiempo y después de dejarle, se dio cuenta de que las señales siempre estuvieron ahí, pero que ella, enamorada como

estaba, no las veía y si las veía, miraba para otro lado, no dándoles importancia. Siempre había sido un hombre celoso, posesivo y algo machista, pero nada alarmante, o eso creía ella y todos los que le conocían; la bebida hizo que eso se multiplicara mostrando su verdadero yo.

En una de esas palizas la dejó tan magullada que le provocó una hemorragia interna que casi se la lleva para el otro barrio. Una vecina que estaba al tanto de las discusiones de la pareja por los gritos que oía desde su vivienda, sin imaginarse que también había palizas, cuando su ex se marchó después de pegarle, cogió las llaves de repuesto que guardaba para emergencias y entró en el piso de Stella, porque ese día los alaridos habían sido de mayor magnitud y quería comprobar cómo se encontraba.

Se la encontró en el suelo llorando y en muy mal estado, llamó a una ambulancia y pidió que la llevaran a la clínica privada donde trabajaba su sobrino.

El médico que la atendió no solo le salvó la vida ese día, sino que la salvó de todo lo demás. Le hizo ver que no podía seguir en esa relación que más pronto que tarde la llevaría a la tumba. El cariño y la dedicación con la que la trató ese médico hizo que sacara la valentía que llevaba dentro, pero que estaba escondida, y llamó desde el hospital a toda su familia para contarles lo que estaba pasando. Ese día fue un auténtico drama, sus padres y sus suegros se lamentaron por no haberse dado cuenta de lo que estaba pasando.

Su suegro, que la quería como una hija, fue el que le dijo que su hijo lo único que se merecía era la cárcel y allí precisamente fue donde acabó cuando el juez le condenó por el maltrato repetitivo que le había dado a Stella durante más de un año. Cuando salió del hospital, no volvió a su casa nada más que para recoger sus cosas y se marchó a casa de sus padres.

De la última paliza le costó recuperarse; tuvo que estar yendo a revisiones a la clínica durante semanas. Durante esas semanas, su amistad con su ángel de la guarda, como ella le llamaba, creció y creció hasta convertirse en el verdadero amor de su vida. Lo habéis deducido solas, ¿cierto? Ese médico que, como le confesó tiempo después, se enamoró de ella el mismo día que ingresó, era Luke.

A Stella le costó volver a confiar en un hombre, pero Luke estuvo desde el principio sosteniendo su mano, no se la soltó en ningún momento, fue paciente y atento. No pidió, no exigió, solo estuvo ahí esperando a que ella estuviera preparada, demostrándole día a día que el amor era otra cosa, no lo que ella había conocido. Su paciencia infinita y el amor que sentía por ella hicieron que, con sus gestos, sus palabras y sus miradas, Stella acabara enamorada de él con la misma intensidad que él lo estaba de ella.

—Y tres años después de ingresar en esta misma clínica casi muerta, me casé con el amor de mi vida, y de eso hace ya doce años —me dijo, terminando su historia con una bonita sonrisa en la cara, esa que se había instalado en su rostro desde que en su relato salió el nombre de Luke.

Me limpié las lágrimas de la cara, que ni cuenta me había dado de que habían empezado a caer de mis ojos mientras me contaba su dura historia y con su ayuda, volvimos a la habitación para que me tumbara en la cama.

—Fuiste muy valiente y cuando decidiste dar el paso hacia delante, tuviste el apoyo incondicional de Luke y tu familia —le dije con el corazón encogido al pensar que yo no tenía a nadie, estaba completamente sola.

»Lo pasaste muy mal, pero me alegro muchísimo de que al final encontraras a un hombre que te ama y hayas tenido tu final feliz —añadí con sinceridad porque sabía perfectamente lo que supuso para ella ese año viviendo en el infierno que había pasado.

—Cielo, eres muy joven, tú también encontrarás un hombre que te ame y tendrás tu final feliz, estoy segura.

Quise creerla, pero en esos momentos eso era algo que mi mente no podía hacer. Necesitaría mucho tiempo para que mi corazón, que en esos momentos sangraba por las heridas que tenía, cicatrizara y aun así no tenía yo muy claro que pudiera volver a amar y a confiar en un hombre después del calvario que había pasado junto a Levi.

Capítulo 9



Llamaron a la puerta y una enfermera muy simpática me preguntó cómo me encontraba y si necesitaba algo antes de dejarme una bandeja llena de comida en la mesita auxiliar que Stella me colocó para que pudiera comer cómoda sentada en la cama.

Ver toda esa bandeja llena de comida me hizo soltar un gemido, hacía tanto tiempo que no comía en condiciones que no sabía ni por dónde empezar. Siempre había sido una chica delgada, pero nada que ver con cómo estaba en esos momentos; en el último año había perdido tanto peso por no comer en condiciones que se me notaban todos los huesos del cuerpo.

—Si quieres más solo tienes que pedirlo, no quiero que te quedes con hambre, ¿vale? —me dijo Stella al verme mirar la comida como si estuviera famélica y eso me hizo enrojecer de vergüenza.

»Mientras comes, ¿quieres contarme qué te ha pasado para llegar hasta aquí? Sé que soy una desconocida, pero te aseguro que hay veces que es más fácil hablar con alguien que no sepa nada de ti que con alguien que te conoce. Y créeme, cuando sueltes toda esa mierda que llevas dentro, te sentirás mucho mejor.

En eso llevaba razón, necesitaba contarle a alguien todo lo que me había pasado o me volvería loca, y Stella sería una desconocida, sí, pero me inspiraba mucha confianza por la manera en que me había tratado desde el minuto cero.

—No sé ni por dónde empezar —le dije antes de llevarme la primera cuchara de sopa de verdura que me habían traído a la boca.

—Por el principio, todas las historias, sean buenas o malas, tienen un principio y por ahí es por donde se empiezan a contar —asentí y, tomando aire, empecé con mi relato.

Como me había pedido, empecé contándole de dónde era, le hablé de mi familia y del rancho, todo resumido, porque si no me habría tirado horas hablándole de lo maravillosa que había sido mi infancia y mi adolescencia junto a toda mi familia, a la que adoraba.

Sobre todo, le hablé de Hope y de lo mucho que la había echado de menos en los dos años que llevaba sin verla. Le conté que para mí era más que una amiga, era mi hermana y la persona en la que más confiaba y en la que me había apoyado siempre, igual que ella en mí.

Hablé un poco más de mi familia y llegué hasta el día en el que Levi me despertó en medio de la noche para que me fuera con él, cómo sin tener ni idea de sus planes, de los que me enteré más tarde, me subí a la camioneta que le robó a su primo. Lo enfadada que había estado con él y la cantidad de veces que le recriminé lo mal que lo había hecho robando a nuestra familia un dinero que se había ganado con el esfuerzo y el trabajo de todos.

Le conté nuestra llegada a Nueva York, cómo enseguida encontramos un sitio para vivir que estaba bastante bien, cómo me enfadé al principio cuando Levi me prohibió trabajar, dejándome claro que mi lugar estaba en casa, ocupándome de cocinar, limpiar y atenderle a él.

Cómo Levi enseguida encontró trabajo y que, a partir de ese momento, empezó a cambiar o realmente siempre había sido así y, como le pasó a ella, había estado ciega porque le quería y no había, o no quería, ver su verdadero yo. Pero que ahora, echando la vista atrás, todas las señales habían estado siempre ahí y yo, tonta de mí, las había ignorado.

Cuando le conté cómo había estado estudiando un año entero a sus espaldas, Stella se alegró muchísimo y me felicitó por haber sido tan valiente

y haber tomado esa decisión. Eso era lo único bueno que había en mi aburrida y rutinaria vida. Esos momentos en los que tenía las clases *online* que, aparte de aprender algo que me gustaba y que siempre había sido lo que había querido estudiar, me daban fuerzas para seguir adelante.

Le hablé de Marta, de cómo nos habíamos conocido y de la amistad tan bonita que empezamos a tener poco a poco y de la invitación que me había hecho para cenar con ella y con su madre en su casa. Ese fue el detonante y el día que empezó mi condena. Ese día llegó el primer empujón y fue cuando me quitó las llaves y el móvil antes de largarse y dejarme encerrada en la casa.

A partir de ese día, todo cambió. No volví a ver la luz del sol nada más que por la ventana y siempre a través de los cristales, porque Levi puso cerrojos en todas ellas para que no pudiera asomarme y pedir ayuda o hablar con alguien.

Mi vida a partir de ese momento fue cocinar, limpiar y mirar el portátil, que era lo único que dejó. Eso sí, la conexión a internet solo la tenía estando él presente, el resto del tiempo me la bloqueaba para que no pudiera contactar con nadie por correo electrónico, por ejemplo. La comida y el resto de las cosas las compraba él, y como él nunca cenaba ni desayunaba en casa, traía la comida justa para hacerla a mediodía para los dos y punto. Así yo tuve que acostumbrarme a hacer solo una comida al día, de ahí venía mi pérdida de peso, del hambre que había estado pasando durante un año.

Levi cambió de trabajo a los dos meses de mi encierro y ahí todo se fue a la mierda del todo. En el nuevo local hacía lo mismo, pero por una conversación telefónica que le escuché a escondidas, supe que se había juntado con gente chunga que pasaba droga en la discoteca, pero no solo era eso, lo malo fue que también empezó a consumir. Que, aunque no le hubiera oído, lo hubiera adivinado de todas maneras porque los colocones que traía a casa cuando volvía del trabajo eran impresionantes.

Los insultos empezaron a la misma vez que empezó a consumir, el estado de excitación que traía a casa y el nerviosismo que tenía a diario le hacían perder los papeles con facilidad. La primera bofetada llegó por la cosa más tonta que os podáis imaginar, un simple vaso de agua que se me cayó al suelo y le salpicó las deportivas que llevaba; eso le molestó tanto, porque tendría que cambiárselas, que mi cara y mi labio roto pagaron las consecuencias.

Las bofetadas, los empujones, los gritos y los insultos se volvieron una constante en mi vida. Hasta que llegó más allá y llegó el primer puñetazo en la cara que me hizo caer al suelo para después patearme el estómago. A partir de ahí las palizas se volvieron más fuertes, más brutales, más dañinas, sabía dónde pegar para hacerme más daño sin llegar a hacerme uno tan grande como para tener que ir a un hospital. Ni recuerdo las veces que llegué a despertarme tirada en el suelo porque tras los golpes o durante ellos acababa desmayándome.

—¿Quieres hacer un descanso y seguir más tarde? —me preguntó Stella, preocupada porque en todo el rato que llevaba hablando no había podido dejar de llorar.

—No, prefiero seguir, tenías razón, necesito sacar todo esto de dentro de mí —le dije entre sollozos antes de coger de su mano otro pañuelo.

»Además, no hay mucho más que contar, ese maltrato fue así durante casi un año; en una de las palizas que fue más fuerte de lo normal y estuve tirada en el suelo inconsciente durante un día entero, cuando me desperté me dije a mí misma: *o escapas o mueres*, y ahí fue cuando empecé a preparar mi huida.

Le conté con todo lujo de detalles cómo preparé con tiempo cómo lo haría, cómo le había ido quitando dinero poco a poco, lo mucho que me costó encontrar las putas llaves.

—No lo has dicho, pero durante ese tiempo supongo que además de las palizas también hubo abusos, ¿no? —me preguntó a la vez que retiraba la bandeja de la comida a un lado.

Había comido poco, solo lo hice mientras hablaba de mi familia, después, cuando empecé a hablar de Levi, se me cerró el estómago y no pude seguir comiendo.

—Al principio sí, bastantes, desde mucho antes de que empezara a pegarme, yo ya le ponía cualquier excusa para no acostarme con él y lo dejaba pasar, pero cuando empezó a venir colocado, ya le dieron igual las excusas. Había días que me ataba a la cama y hacía conmigo lo que quería y por donde quería.

»Yo al principio chillaba y lloraba para que me dejara en paz, pero si lo hacía, más me pegaba para que cerrara la boca. Así que aprendí a cerrar los ojos y poner la mente en blanco; mi cuerpo seguía allí pero mi mente no.

»Esa la llevaba al rancho, por ejemplo, a los recuerdos felices que tenía. Para mí era la mejor manera de soportar todo eso, no encontré otra —le contesté encogiéndome de hombros.

—Eres una mujer muy fuerte, otra no hubiera aguantado todo lo que tú aguantaste, seguramente se hubiera quitado la vida para no seguir pasando por ese infierno.

—Lo pensé algunas veces, incluso estuve a punto de hacerlo un par de veces. Pero cuando tenía la cuchilla de afeitar de Levi en las manos para cortarme las venas, siempre aparecía en mi mente la imagen de Hope diciéndome que no lo hiciera, que no le dejara ganar, que escapara.

»Pensarás que estoy loca, pero ella me ha acompañado todo este tiempo en mi cabeza dándome fuerzas para seguir adelante y conseguir escapar.

—Jamás creería que estás loca, te aferraste a alguien que sabes que siempre te ayudaría y pusiste en tu mente las palabras que sabías que ella te diría para seguir levantándote cada día y luchar por tu libertad. Gracias a eso, hoy estás aquí sentada hablando conmigo —me dijo con una sonrisa llena de comprensión.

»¿Qué pasó el día de la huida? Algo salió mal, ¿no? —me preguntó antes de acercarme un vaso de agua para que bebiera antes de continuar hablando.

Le conté cómo estuve esperando sentada en el sofá a que se hiciera de noche para salir de la casa y que justo en el momento en que lo iba a hacer, la puerta se abrió. Levi entró muy alterado, llamándome a gritos. Salí de la habitación para ver qué quería, aunque ya me lo podía imaginar: quería descargar contra mí y mi cuerpo el enfado y la frustración que tenía. Llevaba días muy alterado, más de lo normal quiero decir, en una conversación telefónica le había oído decirle a un tío que encontraría la manera de pagarle como fuera. El otro tío debía ser el que le pasaba la droga que Levi tenía que vender, pero el muy gilipollas se la había metido toda él. Así que no tenía ni la droga ni el dinero para pagarle.

Cuando llegué al salón, desde donde me estaba llamando a gritos, sentí verdadero pánico. No estaba solo, dos tíos con muy malas pintas estaban con él y los dos me miraban de una manera que me hizo estremecer de miedo, pero también sentí un asco como no lo había sentido en mi vida al ver la lujuria que desprendían sus ojos.

—Pórtate bien con ellos y ni se te ocurra chillar o después será peor —me dijo Levi sentándose en el sofá.

—¿Portarme bien? —le pregunté temblando.

—No tengo dinero para pagarles, así que vas a pagarles tú en especie. —Sus palabras me dejaron atónita, tanto que no me dio tiempo a decir ni a hacer nada por los segundos que estuve paralizada.

Los dos hombres vinieron hacia mí y me cogieron en brazos para llevarme a la habitación, durante dos horas los dos, por turnos o incluso a la vez, me hicieron toda clase de cosas. Me violaron por todas partes, me obligaron a hacerles una felación, mínimo dos veces a cada uno, y me pegaron todo lo que quisieron. Cuando se quedaron saciados o cuando se dieron cuenta de que mi cuerpo ya no aguantaría más, me dejaron tirada en la cama como si fuera basura que no valía para nada.

Como pude, salí de la habitación para ir al baño, me fijé en el salón, allí seguía Levi y eso me sorprendió porque pensé que se habría ido con los otros dos, pero no, allí estaba viendo la televisión, tan tranquilo, tomándose una cerveza.

—Procura recuperarte rápido, porque mañana volverán a por el segundo pago —me dijo antes de terminarse la cerveza de un trago.

—No te lo crees ni tú, si les debes algo págalo con tu cuerpo, el mío no lo van a tocar más… —No me dio tiempo a terminar la frase, vino hasta mí como un loco y me dio tal puñetazo que caí inconsciente en el suelo.

Lo último que le conté a Stella fue lo que hice cuando me desperté horas después. Cómo salí de la casa, cómo caminé con mucho esfuerzo intentando

llegar a la estación. Lo mal que empecé a sentirme de repente y el resto ya no hizo falta porque ella ya lo sabía; fue justo en ese momento cuando nuestras vidas se cruzaron y le daría las gracias toda mi vida.

Capítulo 10



—Buenos días, cielo, ¿qué tal dormiste? —me preguntó Stella a la mañana siguiente nada más entrar por la puerta.

El día anterior, Stella había estado conmigo todo el día, solo se marchó a su casa y a regañadientes cuando se hizo de noche y porque le insistí hasta la saciedad para que se fuera a descansar.

—Bien, ya me encuentro mucho mejor. Luke ha pasado por aquí hace un rato y me ha dicho que, si mañana estoy igual de bien, me dará el alta —le contesté con una sonrisa contenida.

Llevaba dándole vueltas al asunto desde que Luke me había dicho que me daría el alta. Por un lado, tenía ganas de salir de allí, pero por otro estaba muerta de miedo porque no tenía ni idea de qué haría cuando saliera, no sabía ni dónde ir ni a quién acudir.

—Estás dándole vueltas a la cabeza porque no sabes qué hacer a partir de ahora, ¿no es cierto? —Stella, con solo mirarme a los ojos, supo perfectamente lo que estaba pensando.

—No tengo dónde ir, Stella, no sé qué va a ser de mí ahora —le contesté con lágrimas en los ojos.

—¿Dónde te gustaría ir cuando salgas? No me contestes lo que dice tu cabeza, sino lo que te dicta tu corazón. —Su pregunta me hizo suspirar porque

eso era fácil de contestar, pero no lo veía como una posibilidad.

»Lily, ¿qué te dice? —volvió a preguntarme al ver que me había quedado pensativa.

—A casa… —respondí con un susurro.

—Lo suponía, pues a casa irás. —Sus palabras sonaron firmes, no como una orden, pero sí con convencimiento de que eso era lo que iba a pasar. Ojalá, pensé.

—Hace dos años que me fui; en todo este tiempo no han sabido nada de mí ni yo de ellos y, después de lo que pasó y de la manera en la que nos fuimos, no creo que sea bien recibida allí. —Mis ojos se llenaron de lágrimas mientras hablaba porque en el fondo de mi corazón no es que quisiera ir, es que lo necesitaba.

—Saliste del rancho engañada, Lily, tú no sabías ni dónde ibas a ir aquella noche. Tú no robaste nada, solo fuiste una niña enamorada que siguió al chico que quería sin saber cuáles eran sus planes.

»Puede ser que no seas bien recibida, pero si no vas, no lo sabrás nunca. Es posible que algunos sigan enfadados por lo que pasó, pero estoy segura de que no todos.

»¿Crees que Hope no te recibirá con los brazos abiertos? ¿Crees que tus padres te darán la espalda? Eres su hija, una que solo cometió el error de enamorarse del chico equivocado.

»Y creo que ya has pagado con creces ese error. Eso mismo pensarán ellos cuando se enteren de por todo lo que has tenido que pasar estos dos últimos años.

Sí que lo había pagado, sí, y muy caro. Además, no había cosa que lamentara más que haberme montado en esa maldita camioneta aquella noche.

—Hope me apoyará, de eso estoy segura, y mis padres supongo que también, al menos mi madre, mi padre es más orgulloso y le costará perdonarme —le respondí secándome las lágrimas de la cara con las manos.

—Es que ninguno de allí tiene que perdonarte nada, Lily, tú no hiciste nada malo. Que te fuiste con Levi, sí, pero sin saber los planes que tenía ni lo que había hecho.

—De todas maneras, no tengo dinero para llegar hasta allí, así que da igual lo que yo quiera. Si me decido a ir primero tengo que encontrar un trabajo aquí y… —No me dejó continuar hablando, me pidió silencio con la mano, sonriendo a la vez.

Me entregó una bolsa grande que había dejado a un lado cuando entró. La había visto dejarla apartada en un lado de la cama, pero no le di importancia porque pensé que sería algo que se habría comprado para ella. Pero no pude estar más equivocada.

Me pidió que empezara a sacar las cosas que había dentro. Lo primero que saqué fue un chándal en color azul cielo precioso con una camiseta a juego blanca de manga corta; seguí sacando y también había unas deportivas blancas de mi número y una cazadora negra de esas de tres cuartos que te llegan por debajo del trasero.

Al darme cuenta de que todo eso lo había comprado para mí me emocioné muchísimo. Mi ropa, al ingresar tres días antes, había quedado inservible y ese tema me traía de cabeza porque no dejaba de pensar en qué me pondría cuando saliera de allí. Pero, una vez más, Stella iba un paso por delante, atendiendo mis necesidades. Si es que de verdad sí que era mi ángel de la guarda.

Lo último que saqué de la bolsa fue un móvil que, aunque parecía sencillo, tenía de todo.

—Yo no tengo ni idea de móviles; le he pedido a la chica de la tienda, que era joven como tú, que me diera uno como el que ella tenía. —me dijo echándose a reír—. Tienes puesta ya la tarjeta dentro con cien dólares de saldo y grabados mi número y el de Luke —añadió muy contenta.

—Stella… no sé cómo voy a poder pagarte todo lo que estás haciendo por mí, el móvil es demasiado —le dije con un nudo en la garganta.

—Lo necesitarás; quiero que me vayas contando todo lo que te pase cuando llegues a casa y si en algún momento no quieres seguir allí o no te sientes a gusto, no dudes en llamarme e iré a buscarte.

Me entregó un sobre que sacó de su bolso y cuando lo abrí me quedé paralizada unos segundos sin saber qué hacer o qué decir. En mis manos tenía un billete de autobús para el día siguiente, con hora de salida a las ocho de la tarde con destino a Midway. Hice un cálculo mental rápido y, contando con las paradas que haría el autobús, estaría en casa el viernes a primera hora de la mañana.

—Dios mío… no creo que pueda, no estoy preparada —le dije llorando y Stella me abrazó contra su pecho acariciándome la espalda.

—Sí lo estás, eres muy fuerte, ¿recuerdas? Además, tienes que salir de Nueva York cuanto antes, si no quieres denunciar a Levi, tienes que irte ya.

Eso era algo que habíamos hablado la tarde anterior durante bastante rato, tanto ella como Luke me recomendaron que denunciara a Levi. Pero después de pensarlo durante un rato le dije que no lo haría. Si le denunciaba, tendría que volver a verlo durante el proceso y el juicio. Y no quería pasar por eso, no quería volver a verle en mi vida, quería dejar atrás todo lo relacionado con él y con lo que me había hecho. Y si le denunciaba, al ritmo que iba la justicia, llevaría meses que todo se resolviera, contando con que le condenaran, porque aparte de los golpes que tenía ahora mismo en mi cuerpo, no tenía ni una prueba de todo lo que me había hecho, en el juicio sería su palabra contra la mía y seguramente saldría absuelto.

—Nueva York es enorme y puede que no te cruces con él ni una sola vez el resto de tu vida si te quedas aquí, pero el destino es muy puñetero y basta con que no quieras ver a alguien para que te lo encuentres en cualquier momento en el sitio que menos te esperes.

»En el rancho estarás a salvo, él nunca volverá allí y lo sabes, como tampoco pensará que tú lo has hecho. —En eso Stella tenía mucha razón, Levi no volvería al rancho nunca.

—Iré —le dije con seguridad.

Si cuando llegara allí mi familia no quería que me quedara, ya vería qué hacía. Pero tenía que intentarlo, no había cosa en el mundo que deseara más que volver a ver a toda mi familia.

—Sabia decisión, estoy segura de que allí encontrarás la paz y la felicidad que te mereces —me dijo muy convencida de sus palabras.

—Con estar segura y tranquila me conformo —le contesté.

—Mañana, cuando Luke te firme el alta por la mañana, vendrás a nuestra casa, pediremos *sushi* para comer y por la tarde yo misma te llevaré a la estación. ¿Qué te parece el plan? —me preguntó mientras doblaba toda la ropa que me había comprado para dejarla en el armario que estaba en la habitación.

—Me parece estupendo, me encanta el *sushi* y hace siglos que no lo como —le dije relamiéndome solo de pensarlo.

—Pues perfecto, ya tenemos el plan hecho, ahora a la ducha, señorita —me dijo retirando las sábanas de la cama para ayudarme a bajar y acompañarme al baño como lo había hecho el día anterior.

»Cuando ya lleves un tiempo en el rancho y las cosas se hayan asentado, Luke y yo iremos a visitarte, quiero que nos enseñes el sitio donde te criaste; por cómo hablas de él estoy segura de que es un sitio maravilloso.

No es porque yo fuera de allí y lo dijera porque sí, es que en verdad el rancho Nicox era el mejor lugar del mundo, *del que nunca deberías haber salido*, me recordó mi mente, y cuánta razón tenía.

—Esperaré ansiosa ese momento, os enseñaré todo. Los campos, el lago, los caballos y podréis ver en acción a Maverick, es el mejor domador del estado, no hay caballo que se le resista.

El resto del día lo pasamos hablando sin parar del rancho y eso me encantó.

Capítulo 11



Stella y Luke me acompañaron a la estación y la despedida fue muy emotiva. Los conocía desde hacía solo tres días y ya se habían colado en mi corazón para siempre. Eran de esas personas que ayudan y están a tu lado sin esperar nada a cambio, lo hacen porque les nace así.

Stella insistió mucho en que la llamara y le escribiera a menudo para estar al tanto de cómo me iba y para saber los avances que iba consiguiendo con mi familia. Le prometí que lo haría, además de que no solo quería hablar con ella por eso, sino porque no quería perder el contacto con ellos. Eran dos personas que habían llegado a mi vida de repente, pero en mi corazón sentía que se quedarían en ella para siempre.

El viaje en autobús se me hizo eterno y eso que, al viajar de noche, sí dormí algunas horas, pero la incertidumbre y los nervios por saber qué pasaría cuando llegara a casa me tenían totalmente desquiciada.

Un par de horas antes de llegar a mi destino, el autobús hizo su última parada en un área de servicio para repostar y para que los pocos que quedábamos, ya que más de la mitad de los pasajeros se habían bajado en las paradas anteriores, pudiéramos desayunar en el pequeño bar que estaba junto a la gasolinera.

Tenía el estómago tan cerrado que solo fui capaz de tomarme un vaso de leche. No quise tomar café para que mis nervios no se me pusieran más de punta de lo que ya los tenía, aparte de que hacía muchísimo tiempo que no me

tomaba uno, concretamente desde que Levi me restringió las comidas a una sola al día. Desde ese día los vicios, como él los llamaba, se acabaron en casa. Eso incluía nada de café, dulces o cualquier cosa que no fueran carne, verduras, pasta o pescado, que era lo que a él le gustaba.

Y eso fue al principio, porque cuando empezó a consumir mucho, la cantidad de comida en la casa descendió muchísimo, ya que según él no tenía dinero para comprar más. Llegando a haber días en los que ni siquiera comía porque en casa no había ni un triste trozo de pan que llevarse a la boca.

A las diez de la mañana me bajé del autobús, pisando el suelo de mi ciudad por fin. Las sensaciones que me recorrían por dentro eran como si un rayo me hubiera traspasado y tuviera metida dentro toda la electricidad rebotando por todas las fibras de mi cuerpo.

Había estado pensando mucho en cómo hacer las cosas en todas las horas en las que vine sentada en el autobús. Llegué a la conclusión de que presentarme así yo sola y de improviso en el rancho no era la mejor opción, por lo que decidí que cuando llegara, llamaría a la persona que más dolida podía estar por mi marcha, pero también sabía, o al menos eso esperaba, que me echaría un cable para poder volver a casa sin que fuera tan violento.

Esperé a que el autobús se marchara y también a que la gente que se bajó en esa parada, que solo fueron dos personas, se fuera. Lo que iba a hacer no quería que nadie lo viera. Si las cosas salían bien quería tener intimidad para disfrutar de ese momento.

Saqué el móvil de la mochila que llevaba a la espalda, que también me había regalado Stella el día anterior junto con una cartera y unas nuevas gafas de sol, que por cierto no me había quitado en todo el viaje para que la gente no viera los moratones que tenía alrededor de mis ojos. Aunque los de la mandíbula y los pómulos esos sí que no los podía disimular con nada, pero las veces que me bajé del autobús, agaché la cabeza, dejando que mi pelo suelto tapara mi cara para que no los vieran.

Respiré profundamente y cerré los ojos unos segundos para dejar de temblar antes de marcar el número de Hope, que me sabía de memoria desde

el primer día que nos regalaron a ambas el mismo móvil. Mientras marcaba los números uno por uno, recé interiormente para que no hubiera cambiado de número en esos dos años que no nos habíamos visto.

Esperé con el móvil pegado a la oreja y empecé a pasear en círculos mientras sonaba un tono, dos tonos, tres… Cuando llegó al cuarto tono, cerré los ojos pensando que no podía tener tanta suerte. Pero sí la tuve, al quinto tono Hope contestó.

—¿Dígame?

Reconocí su voz enseguida, era como si la hubiera oído solo unas horas antes por última vez y se me encogió el corazón porque pensé que jamás volvería a oírla y en esos momentos allí estaba, clara, dulce, alegre como la había tenido siempre.

—Hope…

Las palabras no me salieron, solo pude decir su nombre antes de echarme a llorar.

—¡Dios mío! Lily, ¿eres tú? —me preguntó preocupada al oírme llorar.

—Hope… —volví a repetir sin dejar de llorar, pero aclarando un poco la voz para que la reconociera.

—¿Dónde estás? Lily, joder, no llores. Dime dónde estás —me preguntó muy alterada.

—En… en la es… estación —le dije balbuceando.

—¿En la estación de autobuses? ¿En la de aquí? ¿En casa? —Sus preguntas salían de su boca a toda velocidad. Si algo caracterizaba a Hope era su impulsividad y su falta de paciencia, quería saberlo todo para ayer. En eso no había cambiado y eso me hizo sonreír un poco.

—Sí —solo le contesté eso, no supe qué más decirle.

—No te muevas de ahí, ¿me oyes? En quince minutos estoy ahí contigo. Joder, Lily, ni te imaginas lo que te he echado de menos. Me estoy montando en el coche, ya voy, ¿vale? Espérame.

—Vale —le contesté antes de que colgara.

Esos quince minutos se me hicieron eternos, me parecieron como dos viajes enteros en autobús y eso que habían sido más de trece horas.

Oí el ruido de un motor que se acercaba a toda velocidad; ni siquiera aminoró la marcha cuando entró por la carretera que daba acceso a la parada de los autobuses. Cuando llegó a dos metros de donde me encontraba, dio un frenazo que hizo que las ruedas del coche chirriaran, levantando una gran nube de polvo.

Se abrió la puerta del coche y Hope se bajó a toda prisa. Centró su mirada en mí igual que yo en ella y no me hicieron falta más de dos segundos para saber que allí estaba mi mejor amiga, mi hermana.

No recuerdo quién de las dos dio el primer paso, pero un segundo después de esa mirada, las dos estábamos abrazadas la una a la otra llorando de una manera desgarradora.

—Dios mío, Lily, déjame verte —me dijo separándose un poco para cogerme la cara y retirarme el pelo—. No puedo creer que seas tú, por fin has vuelto.

—Ni te imaginas lo que te he echado de menos —le dije cogiendo su cara también.

Me retiró las gafas de sol y cuando vio mi cara al descubierto su grito debió de oírse hasta en el rancho por lo fuerte que fue.

—¿Quién coño te ha hecho esto? —me preguntó Hope, pasando sus manos por mi cara con tanta delicadeza y cariño como si de esa manera pudiera borrar los morados que tenía en ella.

Eso me hizo sonreír, Hope siempre había sido una protectora nata con todo el mundo, pero conmigo lo era mucho más.

—¿Dónde está mi hermano? —volvió a preguntarme Hope, frunciendo el ceño.

Solo con la mención de su hermano mi cuerpo se tensó y ella no necesitó palabras, lo supo.

—Dime, por favor, que no es cierto. Dime que esto no te lo ha hecho Levi.

No pude contestar, solo desvié mi mirada a un lado, aún no estaba preparada para contarle todo lo que había vivido. No solo porque me seguía doliendo en lo más profundo de mi corazón, sino porque cuando supiera toda la verdad, le destrozaría saber que su hermano era un puto monstruo.

—Quien calla otorga —añadió antes de volver a abrazarme.

—Te lo contaré, pero hoy no, no puedo, Hope —le dije susurrando contra su cuello.

—Cuando estés preparada, aquí estoy, siempre lo he estado. Deberías haberme llamado antes. Hubiera ido al fin del mundo a por ti si hubiera hecho falta —me dijo dándome un suave beso en la mejilla.

—Lo sé, igual que yo lo hubiera hecho por ti. No te llamé porque no pude, ni a ti ni a nadie —le dije separándome un poco de ella porque ese último abrazo me estaba apretando en las costillas y el dolor me estaba matando.

—¿Tienes más por el cuerpo? —me preguntó separándose con rapidez de mí al ver mi gesto de dolor.

—Tres costillas rotas, una fisura en la clavícula y una luxación en el codo derecho y alguna cosa más —le contesté avergonzada.

—¿Qué más cosas? —me preguntó enfadada, no conmigo, sino con su hermano y con la situación.

—Hope… déjalo —le contesté sin querer contárselo porque se iba a disgustar muchísimo.

—No lo dejo, Lily. ¿Qué más tienes? —insistió, cruzándose de brazos; a cabezota no le ganaba nadie.

Supe que no pararía de insistir hasta que se lo dijera, así que cogí aire y susurré:

—Tengo varios desgarros vaginales y anales.

Me miró con horror, tapándose la cara con las dos manos sin dejar de negar con la cabeza una y otra vez.

—¿Qué cojones te ha hecho ese cabrón? —me dijo llorando de tal manera que tuvo que sentarse en el suelo.

—Hope, es mejor que no lo sepas, es tu hermano —le dije sentándome a su lado.

—Mi hermano ha muerto para mí en el momento en el que he visto tu cara y he sabido que había sido él el que te había pegado —me dijo muy seria—. Cuéntamelo, Lily, necesito saberlo, necesito saber por qué no he visto ni he tenido noticias de mi mejor amiga, de mi hermana, durante dos largos años.

No tenía previsto que en nuestro primer encuentro tuviera que contarle todo a Hope, pero la conocía mejor que a mí misma y sabía que en verdad necesitaba saberlo todo para entender mis dos años de ausencia, dos años de silencio en los que no había recibido por mi parte ni una sola llamada, ni un mensaje, carta o correo.

Sabía que lo que le contara no saldría de su boca, respetaría mis deseos si no quería contárselo a nuestra familia. Siempre habíamos funcionado así, cualquier cosa que nos contáramos la una a la otra solo quedaba para nosotras y de nuestro baúl de los secretos no salía.

Dos horas estuvimos sentadas en el suelo, apoyadas contra el coche mientras le conté todo, absolutamente todo, más cosas incluso de las que le conté a Stella. No me dejé ni un solo detalle desde que me monté en la camioneta de Maverick hasta el momento justo en el que la llamé por teléfono en ese mismo sitio en el que estábamos sentadas, siendo testigo de mi historia.

Capítulo 12



No voy a repetir en voz alta los juramentos, insultos y maldiciones que salieron de la boca de Hope mientras le fui contando todo lo que pasé los dos últimos años. Pero cuando llegué a la parte en la que le conté cómo su hermano me entregó como moneda de cambio para pagar sus deudas, ahí sí que sus gritos se oyeron haciendo eco por toda la ciudad.

—Te lo he dicho antes sin saber nada de esto, pero ahora te lo repito. Mi hermano está muerto para mí. Más le vale que no aparezca por aquí nunca porque, si lo hace, le pegaré un tiro en su miserable corazón, eso si no lo hace Maverick antes.

Eso sí que me extrañó. Suponía que su primo estaría cabreado porque le robó su camioneta nueva y porque se llevó el dinero de la familia, pero tanto como para pegarle un tiro, pues no.

—Sé que Maverick seguirá enfadado porque se llevó su camioneta nueva, adoraba ese trasto, pero no creo que llegara a tanto, es su primo —le dije mientras intentaba ponerme en pie con dificultad. Dos horas allí sentadas fueron mi límite, me dolía todo el cuerpo.

—No es solo por la camioneta ni por el dinero, Lily —me dijo poniéndose de pie de un salto—. No fuerces, déjame que te ayude.

Me agarró con suavidad por la cintura para ayudarme a ponerme en pie.

—¿Por qué más sería? Que los dos no se han llevado bien nunca no es un secreto para nadie, los hemos visto llegar a las manos unas cuantas veces, pero de ahí a algo más…

—Tú espera a que te vea en este estado y verás.

Algo me estaba perdiendo y no entendí qué sería, pero claro, llevaba dos años fuera y no tenía ni idea de cómo estarían las cosas en casa. Así que dejé pasar su comentario. Lo que fuera que pasaba ya me enteraría, si es que me dejaban quedarme, claro.

—Vámonos a casa, en media hora estarán todos en la cocina para comer, así pasas el trago de una vez. Además, necesitas uno de los guisos de mi madre, estás en los huesos. Ese cabrón, mira que no darte ni comida —me dijo apretando los dientes.

—¿Crees que me dejarán quedarme? —le pregunté con miedo.

—Ha pasado mucho tiempo, el enfado ha bajado mucho. No te voy a mentir, te echarán la bronca, eso es inevitable. Todos hemos sufrido mucho sin saber dónde estabais.

»Después del cabreo inicial al ver que faltaba el dinero, llegó la preocupación por querer saber si estabais bien, pero fue pasando el tiempo y todos se fueron haciendo a la idea de que no volveríais.

»Eso sí, cuando se enteren de lo que te ha pasado durante estos dos últimos años, van a sufrir muchísimo.

Entre nosotras nunca hubo medias tintas y así seguíamos. No nos decíamos lo que la otra necesitaba oír, sino la pura verdad, por mucho que doliera.

—Lo mismo es mejor que no hubiera vuelto, no quiero que nadie sufra por mi culpa —le contesté con pesar.

—No digas eso ni en broma. Este es tu hogar, siempre lo ha sido. Amas el rancho de una manera especial, solo Maverick lo hace de la misma manera que tú. Los demás no llegamos a sentir ni de lejos lo que sentís vosotros por este lugar, lleváis estas tierras tatuadas en el alma.

Ni yo lo hubiera explicado mejor, porque exactamente eso era lo que sentía, lo que siempre había sentido por la que era mi casa, mi hogar, mi lugar seguro. El rancho era mi vida.

—Además, al igual que yo, todos los demás necesitan saber qué pasó. No te voy a pedir que se lo cuentes hoy, pero tarde o temprano tendrás que hacerlo —añadió antes de ayudarme a subir al coche.

—Lo sé, ellos necesitan saber y yo necesito contárselo, pero no será hoy —le contesté mientras arrancaba el coche.

El resto del camino hasta el rancho, que era poco más de veinte minutos, me fue contando cosas de allí. Aunque habían pasado dos años, las cosas no habían cambiado mucho. El dinero que se llevó Levi hizo mucho daño a la economía del rancho porque era una cantidad muy elevada, pero gracias a Maverick, que se mató a trabajar como un cabrón durante meses, consiguieron entregar una partida de pura sangre domados en menos tiempo del previsto y pudieron salir del bache. Mi padre y mis tíos, como yo les había llamado siempre aunque no lo fueran de sangre, también hicieron todas las cábalas posibles con los números para poder salir adelante.

El resto de la vida desde entonces, por lo que me fue contando, no había cambiado mucho. Seguían con la doma y la venta, que en el último año les había ido muy bien. Así habían ampliado las cuadras para tener más caballos. Sabía que esa obra estaba prevista para empezarla justo un mes después de que nosotros nos marcháramos, pero por lo que pasó no lo pudieron hacer.

Llegamos al rancho y Hope aparcó el coche en la nave que teníamos habilitada para ello. Allí había varias camionetas, el coche que ella usaba y una moto que era de uso común.

Al bajarme y pasar la mirada por todos los vehículos, uno en concreto me llamó la atención. Allí, aparcada, una camioneta exactamente igual que en la que yo me había subido aquella noche, destrozando mi vida.

—Se la compró hace seis meses, le costó mucho volver a reunir el dinero —me dijo sonriendo al ver que miraba la camioneta que, por sus palabras,

supe que era de Maverick, aunque ya me lo había imaginado.

Salimos y me paré en seco. Necesitaba empaparme de ese paisaje que tanto había echado de menos, oler ese olor siempre a caballo que allí se respiraba y que para mí era el mejor de los perfumes, y sentir unos segundos la tierra bajo mis pies, esa tierra que me había visto nacer y que tanto amaba.

—¿Preparada? —me preguntó agarrándome la mano.

Ese gesto me dio la fuerza necesaria para empezar a caminar hacia la casa, que estaba a escasos metros. Sabía que pasara lo que pasara, Hope no me soltaría.

—Vamos allá —le dije, cogiendo aire y soltándolo de golpe.

Juntas anduvimos hasta la casa y ella abrió la puerta que daba al vestíbulo. Nada más entrar se podía oír el murmullo de las voces que venían de la cocina, donde ya estarían todos a punto de sentarse, si es que no lo estaban ya, para comer.

—Familia, mirad lo que nos han traído los vientos del norte —les dijo Hope.

Sé que callaron en el acto para mirarla en la puerta de la cocina.

—¿Qué dices de los vientos, niña? —le preguntó el abuelo Grayson.

Hope se retiró un poco de la puerta y tiró con suavidad de mi mano para que pasara a la cocina y todos pudieran verme.

El silencio era sepulcral. Las miradas de todos se centraron en mí. Vi de todo en cada una de ellas: sorpresa, dolor, pero lo que más vi fue que se estaban haciendo mil preguntas a la vez.

—Lily —dijo mi madre echándose a llorar, rompiendo el silencio.

Se acercó con rapidez hacia mí y me envolvió entre sus brazos. Solo con sentir su tacto, su olor, ese que tanto había echado de menos y que me acompañó en mis recuerdos en esas noches de encierro en las que me sentí tan sola, me eché a llorar de la misma manera que lo había hecho en los brazos de Hope horas antes.

Sentí como otros brazos más fuertes y grandes nos rodeaban a las dos. No hizo falta sacar la cabeza del cuello de mi madre para saber quién era. Reconocería ese olor entre millones de personas. Era mi padre, que lloraba de la misma manera que nosotras.

Estuvimos varios minutos así hasta que el llanto fue bajando de intensidad y fue entonces cuando nos separamos.

—Lily, ¿qué te ha pasado? ¿Habéis tenido un accidente? ¿Mi hijo está bien? ¿Ha venido contigo? —todas esas preguntas salieron atropelladas de la boca de mi tía Ava, la madre de Levi.

—Mamá, Lily no ha tenido ningún accidente y no, tu hijo no ha venido con ella —le contestó Hope por mí.

—¿Dónde está mi hijo? —me preguntó mi tío Henry.

—En Nueva York —le dije en un susurro.

—¿En Nueva York? ¿Tan lejos os fuisteis? —preguntó John, el padre de Maverick.

—Sí —volví a contestar.

—Dejadla tranquila. Tiene muchas cosas que contaros, pero eso no será hoy. Acaba de llegar, no la atosiguéis. —Hope volvió a ayudarme.

—¿Vas a quedarte o piensas volver a largarte? —me dijo el abuelo Grayson con los brazos cruzados.

Ya había visto en su mirada que no se alegraba de verme y eso me estaba matando por dentro. Me miraba enfadado, pero lo peor no era eso, sino la decepción.

—Se queda —contestó Hope.

—Hope, Lily no es muda. Quiero que me conteste ella —la riñó el abuelo.

—Sí, quiero quedarme, si me dejáis hacerlo —le contesté bajando la mirada.

—Si te quedas, trabajarás como los demás. Bueno, como los demás, no. Trabajarás mucho más. Tienes que devolver hasta el último dólar que os llevasteis. Se te dará un plato de comida y podrás usar tu antigua habitación, pero nada más.

No llegó ninguna réplica por mi parte.

Vi por el rabillo del ojo cómo Hope se envaró y dio dos pasos adelante para contestar, pero alargué la mano y la frené. Negué con la cabeza y me entendió.

—Lo haré —le contesté a media voz.

—Bien, pues ya está todo dicho —añadió antes de sentarse.

Mis padres me miraron con pena, pero les devolví la mirada con una sonrisa que no llegó a mis ojos.

—¿Quieres subir a darte una ducha antes de comer? Hoy lo haremos un poco más tarde. Maverick tiene un problema con una yegua y tardará en llegar. Aquí ya sabes que no se come hasta que no estamos todos —me preguntó mi madre.

—Sí, la verdad es que la necesito. ¿Hope, me puedes dejar algo de ropa limpia?

Mi amiga me agarró de la mano sin contestarme para que la siguiera y así subimos juntas las escaleras.

Capítulo 13



Subimos a la segunda planta. Desde que tenía recuerdos, esa planta había sido la nuestra, la de los cuatro niños, como nos llamaba siempre el abuelo Grayson. Incluso lo siguió haciendo cuando llegamos a la adolescencia y, aunque aún no le había oído referirse así ni a Hope ni a mí, estaba segura de que lo seguiría haciendo. Bueno, siendo sincera, de mí no tenía ni idea de si volvería a hablarme más. Como acababa de decirme abajo cuando acepté quedarme bajo sus condiciones, ya estaba todo dicho.

Como he dicho, en la segunda planta estaban nuestras cuatro habitaciones, todas con baño completo, y dos más que eran una biblioteca y un pequeño gimnasio que usábamos todos los miembros de la casa.

En la tercera planta había otras seis habitaciones, cuatro de ellas como dormitorios para todos los adultos y las otras dos, un saloncito que usaban mi madre y tía Ava como cuarto de costura y la otra un despacho que era de uso exclusivo de Grayson.

En la cuarta y última planta había una buhardilla enorme que en nuestra niñez utilizamos como cuarto de juegos. A medida que fuimos creciendo, esa sala también lo hizo con nosotros, convirtiéndose en nuestro refugio y, sobre todo, en lugar de confidencias para Hope y para mí.

—Pasa a mi cuarto y te presto la ropa que quieras —me pidió Hope abriendo la puerta de su habitación.

Antes de entrar, me quedé mirando con nostalgia la puerta cerrada de la que siempre fue mi habitación. *¿Estaría igual que cuando me fui?*, me pregunté.

—Está exactamente igual que el día que os fuisteis. Al principio nadie se atrevía ni a entrar, solo yo. Con el paso del tiempo y al ver que no volveríais, comentaron la posibilidad de vaciarlas y tirar todo. Pero monté tal bronca pidiendo que no lo hicieran, porque tenía la esperanza de que volverías, que al final nadie se atrevió a tirar nada.

»Tu madre y yo somos las que nos encargamos de mantenerla limpia. —Hope supo leer en mis ojos lo que me estaba preguntando y se adelantó a ponerme al día de lo que había pasado con mi cuarto.

—Muchas gracias —le dije dándole un abrazo.

—En tu armario también sigue toda tu ropa, pero con el peso que has perdido te quedará enorme. Ya podrás ponértela cuando lo recuperes. Pero hasta entonces coge de mi ropa todo lo que necesites, ¿vale?

Asentí con la cabeza. Hope siempre había sido más menuda que yo y gracias a eso podría ponerme su ropa y no la mía, porque parecería un payaso de lo grande que me quedaría.

—Con unas mallas y una camiseta me vale, estaré más cómoda que en vaqueros —le dije antes de quitarme el abrigo que todavía llevaba puesto y con el que me estaba muriendo de calor porque dentro de la casa hacía muy buena temperatura.

—Dúchate aquí en mi baño. Lo que no hay en el tuyo son productos de higiene, esos sí que los quitamos para que no se estropearan.

—Vale, gracias por todo, Hope, de verdad —le dije sonriendo, pero una sonrisa de verdad, de esas que hacía dos años que no ponía.

Me empecé a quitar la ropa allí mismo. Entre Hope y yo nunca habíamos tenido problemas con eso, nos habíamos visto desnudas la una a la otra desde niñas y no teníamos ningún pudor. Pero cuando estaba sin pantalones y con la

camiseta puesta me quedé parada pensando en lo que estaba haciendo. Si me quedaba totalmente desnuda, Hope vería mi cuerpo totalmente magullado y se cabrearía más de lo que ya estaba.

—Hazlo, Lily, seguimos siendo nosotras. Además, quiero ver en qué estado está tu cuerpo. Creo que no has sido del todo sincera diciéndome que tienes cuatro golpes.

Qué lista era la capulla, siempre iba un paso por delante y no se le escapaba nada.

—Hope no es plato de gusto verlo, te lo aseguro, aunque es verdad que lo he tenido peor otras veces —le contesté agarrando con fuerza el bajo de mi camiseta.

—Lily… —me pidió en voz baja y me sonó casi como un ruego.

Levanté la camiseta y con esfuerzo me la saqué por la cabeza. Sujetador no llevaba porque, aunque Stella me compró uno que era sin aros y bastante cómodo, cuando me lo probé me molestaba tanto que decidí no ponérmelo.

Levanté la cabeza para mirar a Hope y ver su reacción al ver mi maltratado cuerpo. Estaba tal cual me había esperado, llorando y negando con la cabeza.

—Cabrón de mierda, ¿en qué momento se convirtió en un monstruo?

No me dio tiempo a contestarle. La puerta de la habitación se abrió y por ella entraron mi madre y tía Ava, que se quedaron clavadas en el sitio al verme en ese estado. Ava se llevó las manos a la cara como si no pudiera mirarme, pero mi madre gritó tan alto que alertó a todos los que estaban en la planta de abajo.

Todo sucedió en cuestión de segundos. Ni siquiera me dio tiempo a coger nada para taparme. Antes de que me diera cuenta, por la puerta entraron mi padre, John, Henry y Grayson, que al verme tuvieron la misma reacción que mi tía. Se quedaron petrificados mirándome.

—¿Qué coño pasa? ¿Tía Amelia, por qué gritas? ¿Qué hacéis todos aquí? —preguntó Maverick, que acababa de entrar por la puerta, pero no se había fijado en que yo estaba allí porque su atención estaba puesta en los demás.

Hope se puso delante de mí cubriéndome con su cuerpo y se lo agradecí mentalmente, no sabéis cuánto. Maverick, al ver por el rabillo del ojo moverse a Hope, se volvió de frente y entonces sí que me vio y sus ojos se abrieron como platos.

—¿Qué cojones haces tú aquí? ¿Hope, por qué la tapas? ¿Qué ocultáis? —Soltó las preguntas como una locomotora con la mirada llena de enfado.

—Podéis salir todos de mi habitación, por favor. Ya os he dicho que os enteraréis de lo que ha pasado cuando Lily esté preparada para contarlo —les pidió Hope, pero todos seguían tan alucinados que no eran capaces de moverse.

—Bajemos —les pidió Grayson después de unos interminables segundos que a mí se me hicieron como horas.

—De aquí no se mueve nadie. Quiero saber qué está pasando y por qué Hope está tapándola. ¿Qué nos ocultas, Lily? —insistió Maverick, que estaba poniéndose nervioso al ver que nadie decía nada.

—Maverick, es mejor que no lo veas, baja, por favor —le pidió Hope, rogándole con la mirada.

—No —le contestó con rotundidad.

—¿Si te lo enseño, os iréis y me dejaréis ducharme en paz? —le pregunté cabreada por su actitud cabezota.

—Lily, no lo hagas —me rogó Hope pegándose más a mí.

No me dio tiempo a ser yo la que se mostrara ante Maverick. Agarró a Hope del brazo y de un tirón la separó de mí, quedándose él solo a dos pasos delante.

Cuando centró su mirada en mi cara, frunció el ceño al ver mis golpes, pero cuando la fue bajando y vio el resto de mi cuerpo en tan mal estado, sus ojos azules se volvieron pura tormenta.

En su mirada pude ver reflejadas muchas cosas. Había sorpresa, consternación, dolor —uno muy profundo, más que en los ojos de cualquiera de los que estaba en esa habitación—, también había ira y algo más que no supe distinguir, o sí que lo hice, pero como eso era totalmente imposible que lo sintiera por mí, decidí obviarlo.

—¿Qui… quién te ha hecho esto? —me preguntó a la vez que tiraba de la colcha de la cama de Hope y me cubría con ella para que los demás no siguieran viéndome desnuda.

Le miré a los ojos y se lo agradecí. Él solo cerró los ojos un segundo, dándome a entender que me había entendido.

—Muchacho, vamos abajo, déjala que se dé una ducha —le pidió Grayson, mirándome a mí con dolor en los ojos y con algo parecido al arrepentimiento.

—¿Quién? —exigió saber Maverick de nuevo.

—Ha sido Levi. —Cerré los ojos para no ver la reacción de nadie cuando Hope soltó la bomba delante de todos.

Oí a mi tía y a mi madre jadear. Los demás murmuraban para sí mismos cosas que no llegué a entender. Pero lo que sí oí perfectamente fue lo que dijo Maverick.

—Le mataré —murmuró entre dientes.

—¿Puedo entrar al baño ya? —le pregunté susurrando.

No me contestó. Se adelantó dos pasos y abrió la puerta del baño, sujetándola con la mano para que pasara.

Arrastrando la colcha que seguía en mis hombros y con pasos torpes, crucé la puerta y cerré despacio. Una vez dentro, dejé caer la colcha al suelo y me metí en la ducha sin esperar siquiera a que saliera el agua caliente.

Capítulo 14



Media hora después bajé a la cocina y ya estaban todos sentados alrededor de la mesa. Desde siempre, cada uno tenía un sitio asignado en aquella mesa, que era enorme, y nunca cambiábamos de sitio. Miré al que había sido mío y me quedé muy sorprendida porque estaba ocupado por una chica que yo conocía muy bien.

Naomi, que así se llamaba la chica que estaba ocupando mi sitio, había sido compañera de clase de Hope, Levi y mía durante todo nuestro paso por el colegio y el instituto. Nuestra relación nunca había sido buena, siempre anduvo detrás de Levi y, por consiguiente, a mí y a Hope, por extensión, me odiaba al ver que él siempre tenía su atención puesta en mí.

Por la manera en la que le estaba hablando a Maverick y por cómo le acariciaba el brazo, deduje enseguida que había algo entre ellos o al menos ella así quería que fuera, porque la verdad era que él no la correspondía a esos gestos.

Revisé la mesa con la mirada y el único hueco que había libre era el que siempre había ocupado Levi cuando vivíamos en el rancho. Ni de coña pensaba sentarme ahí, prefería comer sentada en el suelo o no comer.

Mi madre fue la que se dio cuenta de que estaba parada en la puerta mirando el panorama sin entrar.

—Lily, siéntate, cielo, estábamos esperándote para empezar.

Al oírla hablar todas las conversaciones se apagaron de golpe y todos volvieron la cabeza para verme entrar.

—Vaya, la oveja descarriada ha vuelto al redil. ¿Cómo estás, Lily? Aunque la verdad es que mi pregunta se responde sola con solo verte, parece que te han dado una buena zurra. ¿Qué pasa, que has sido una chica mala?

Hija de puta, pensé para mí, bonita manera de saludarme.

Noté cómo todos en la mesa se tensaban por sus palabras, pero las peores reacciones fueron las de Maverick, que apretó tanto el tenedor que tenía en la mano que pensé que lo partiría en dos, aparte de fulminarla con la mirada. Pero eso ella no se dio ni cuenta.

Y la de Hope, que en sus ojos había verdaderas llamas llenas de ira. Si hubiera podido lanzárselas de verdad, la hubiera achicharrado allí mismo. Vi cómo iba a decirle de todo menos bonita, pero me adelanté mirándola y negué con la cabeza pidiéndole que me dejara a mí.

—Mala no, tonta sí —le contesté a Naomi, acercándome con pasos lentos a la mesa.

—¿No te sientas? —me preguntó John y yo volví a mirar el sitio vacío de Levi con un nudo en la garganta.

—Lily, siéntate aquí —me dijo Maverick levantándose con rapidez, cediéndome su sitio. Al parecer, era el único que se había dado cuenta de lo que me pasaba.

—¿Por qué le cedes tu sitio? Que se siente en el que hay libre —dijo Naomi a toda prisa al ver que Maverick se levantaba.

—Déjalo, Maverick, la verdad es que no tengo mucha hambre.

Y era verdad, tenía el estómago cerrado por todas las cosas que habían pasado en tan solo una mañana. Además, no quería que tuviera problemas con su amiga, pareja, novia o lo que fuera.

—Niña, algo tienes que comer, aunque sea un poco —dijo Grayson preocupado.

—Lily, por favor —me pidió Maverick retirando su silla.

No quise que se liaran más las cosas, así que me acerqué hasta allí y me senté después de susurrarle un «gracias» que él correspondió con una sonrisa y un asentimiento de cabeza.

Cuando me acomodé en la silla, vi por el rabillo del ojo que Naomi no me quitaba el ojo de encima y miraba con una mezcla entre el asco y el enfado.

Mi madre y mi tía empezaron a pasarnos las fuentes de la comida y todos, uno a uno, nos fuimos sirviendo en los platos. El olor de la deliciosa comida que había hecho mi madre me hizo salivar; cuánto había echado de menos sus platillos.

La conversación fluyó enseguida. Mi padre y mis tíos empezaron a hablar de caballos, como no podía ser de otra manera, en esa casa era el tema favorito de todos.

Yo apenas intervine en la conversación, apenas dije tres «gracias» cuando me pasaron las fuentes de comida y «no quiero más» cuando mi madre insistió en que me sirviera más.

Mientras ellos hablaban, mis pensamientos estaban en las cuadras, que sería el primer sitio donde iría en cuanto termináramos de comer.

Había echado mucho de menos a mi familia, eso por descontado, pero había alguien a la que también extrañé muchísimo durante esos dos años en Nueva York, a mi inseparable compañera de aventuras por los campos del rancho, Duquesa, mi yegua.

El día que cumplí diez años mis padres me la regalaron y desde entonces no pasó ni un solo día en ocho años, hasta que me fui, que no la hubiera montado para salir por el rancho, aunque fuera solo un rato.

Al poco la conversación cambió y se centró en los estudios de Hope, que según me había dicho cuando veníamos de camino en el coche, estaba cursando veterinaria. Ese había sido siempre el sueño de las dos y me alegré muchísimo de que al menos una de nosotras lo estuviera consiguiendo.

—¿Y tú, Lily, has estudiado algo o donde quiera que hayas estado solo te has dedicado a vivir la vida?

La pregunta con malicia no podía venir de otra persona que no fuera Naomi. Ella sabía de sobra que yo también había querido siempre estudiar veterinaria.

—Solo me faltan las prácticas para tener el título de técnica veterinaria —le contesté sin mirarla a ella ni a nadie, agachando la cabeza, avergonzada por cómo había tirado mi vida por la borda por ser una idiota enamorada del hombre equivocado.

—¿Dónde hiciste el curso? —se interesó Henry.

—En casa —dije entre dientes en voz baja.

—¿En casa? —me preguntó mi padre extrañado.

Él sabía de sobra cómo siempre me habían gustado las clases, sobre todo por compartir todos esos momentos con mis compañeros. Siempre había sido una chica muy sociable y nada casera, siempre estaba fuera haciendo todo tipo de cosas.

Todos solían bromear diciéndome que si un día se le caía el techo a la casa, a la que seguro no pillaba dentro era a mí. Qué ironías tiene la vida, ¿verdad? Ahí no me pillaría el techo, pero en Nueva York lo que no me hubiera pillado, al menos en el último año, era ni una gota de agua en la cabeza de una tormenta.

—Will —le dijo Hope a mi padre negando con la cabeza para que cambiara de tema.

Grayson, que también vio el gesto de Hope, se apresuró a preguntar a Maverick por la yegua que al parecer tenía mal una pata y por la que, al haber estado con ella, había llegado ese día tarde a la mesa.

Al terminar, como era nuestra costumbre desde siempre, entre todos recogimos la mesa antes de que cada uno volviera a sus quehaceres. Bueno, todos no, porque Naomi se despidió nada más acabar sin quitar ni su plato de la mesa. Según dijo, tenía que terminar un trabajo para la facultad.

—¿Quieres subir un rato a la biblioteca con nosotras? —me preguntó Ava mientras secábamos los últimos dos platos.

—Luego quizás, primero necesito ir a otro sitio.

Mi tía, por el brillo de mi mirada, me entendió enseguida.

—Duquesa te ha echado mucho de menos, igual que todos por aquí —me dijo acariciándome la espalda con cariño.

—Yo también os he echado mucho de menos, ni te puedes imaginar cuánto —le contesté mientras mis ojos se me llenaban de lágrimas y me mordía el labio para contener un quejido.

—Lily…

No la dejé continuar. Sabía de sobra lo que quería preguntarme, todo lo que había pasado con su hijo, dónde estaba y mil cosas más que, como madre, era normal que quisiera saber.

—Cuando vuelva, te prometo que contestaré todas tus preguntas y te contaré toda la historia si quieres saberla. Pero primero necesito este momento para mí ¿vale? —le dije dándole un abrazo, porque como madre que era sufría por su hijo y, aunque Levi me había matado en vida, podía entenderla.

Las dos estábamos de espaldas a todos al estar de cara al fregadero y cuando me di la vuelta, allí estaban todos mirándonos, habían estado atentos a nuestra conversación sin perderse detalle.

—¿Quieres que te acompañe? Estudiaré después —me preguntó Hope.

—No hace falta, ve a estudiar, luego subiré a ver qué tal lo llevas —le contesté secándome las manos en un trapo.

Bajo la atenta mirada de todos, empecé a caminar despacio hasta la salida, dedicándoles una sonrisa forzada porque me sentía como un mono de feria al que observan esperando a ver cuál era su siguiente paso.

El único que se movió fue Maverick, que en dos zancadas se puso a mi lado.

—Voy contigo —me dijo abriendo la puerta para dejarme salir.

—No hace falta, seguro que tienes cosas que hacer. No quiero que pierdas el tiempo conmigo, solo voy a ver a Duquesa —le contesté cuando se puso a mi lado una vez que salimos.

—No es ninguna molestia, Lily —me respondió.

Los siguientes minutos, ninguno de los dos dijo nada más. Yo iba perdida en mis pensamientos, rememorando todo lo que había pasado en la comida, y Maverick solo miraba al frente con la mirada perdida en el horizonte.

—¿Dónde fuisteis? —me preguntó Maverick sin mirarme.

—A Nueva York, aunque yo me enteré del destino por el camino —le contesté sin mirarle tampoco.

—¿Por qué, Lily? ¿Por qué te fuiste? Tú amas esto tanto como yo, no entiendo cómo pudiste dejarlo atrás y ni siquiera llamar en dos años —me preguntó con la voz rota.

—Maverick… —le dije con la voz estrangulada por el nudo que se me puso en la garganta.

—Necesito saberlo —me pidió en un ruego.

—Me despertó en medio de la noche y me dijo que fuera con él a un sitio. Cuando me hizo montarme en tu camioneta, discutimos porque yo no estaba de acuerdo con que la cogiera. Le dije que te enfadarías cuando volviéramos y te enteraras.

»Ya a unas cuantas millas de aquí me dijo que no íbamos a volver. La discusión aumentó porque le dije que dónde íbamos a ir sin dinero y sin nada, que éramos dos críos. Como has dicho yo amo esto con la misma intensidad que tú y no quería irme.

»Entonces fue cuando me dijo que había cogido el dinero de la venta de los caballos que habíais hecho el día antes. Ahí supe que ya estaba condenada; nadie se creería que me marché a ciegas con él sin saber ni siquiera a dónde íbamos y todos creerían que yo también estaba de acuerdo con llevarme ese dinero.

—Siempre odió este sitio, todos sabíamos que antes o después se largaría. Nunca pensé que, aunque le quisieras, también te marcharías. Podrías haber vuelto antes o haber llamado para que te fuéramos a buscar —me dijo negando con la cabeza.

—No pude hacerlo, Maverick, ojalá hubiera tenido esa posibilidad —le dije conteniendo las lágrimas.

—¿Qué pasó? —me preguntó cuando entrábamos en las cuadras.

—Ahora no, necesito abrazar a Duquesa.

Asintió con la cabeza y abrió la puerta del cubículo donde estaba mi preciosa yegua blanca.

Nada más entrar, Duquesa relinchó fuerte reconociéndome en el acto. Nuestro vínculo era tan fuerte que ni dos años de ausencia lo habían roto. La abracé fuerte por el cuello y, acariciando sus crines, dejé salir todas las lágrimas que llevaba reteniendo un rato.

Maverick no dijo ni una sola palabra en todo el tiempo que estuvimos así las dos y se lo agradecí en el alma; necesitaba ese momento con ella, necesitaba volver a conectar con mi compañera de aventuras.

—¿Quieres que te la ensille y salir a dar una vuelta? A las dos os vendrá bien el paseo —me preguntó Maverick cuando vio que ya estaba algo más calmada mientras acariciaba a Duquesa entre los ojos y ella le devolvió el gesto de cariño cabeceando.

—Nada me gustaría más, Maverick, pero no puedo montar, al menos de momento —le contesté poniéndome roja de la vergüenza.

—¿Estás embarazada? ¿Es por eso por lo que no puedes montar? —me preguntó preocupado.

—No, por Dios —le dije poniendo cara de horror.

—¿Entonces por qué? —insistió.

—Tengo algunas lesiones internas que son incompatibles con la monta, no puedo sentarme a horcajadas —le contesté esperando que con eso se quedara conforme, pero con lo cabezota que era, no fue así.

—¿Qué lesiones? —preguntó.

—Tengo varios desgarros vaginales y anales —le contesté sin mirarle.

Capítulo 15



Maverick giró la cabeza para mirarme de una forma que podría haberse partido el cuello. Me miró con horror, pero también había mucho dolor en sus ojos.

—Lily… ¿pero qué clase de atrocidades te hizo ese cabrón? Por su bien espero que no se le ocurra aparecer por aquí porque no va a salir con vida de estas tierras, eso te lo juro por la tumba de mi madre.

Al oírle decir eso con tanta rotundidad, no pude contenerme y le abracé por la cintura. Estaba tan falta de cariño que necesitaba el contacto de todas las personas a las que quería con todo mi corazón.

Maverick, al principio, cuando le abracé, se puso muy tenso. Pensé que le había molestado mi gesto porque casi nunca habíamos tenido esa clase de contacto entre nosotros. A su primo no le gustaba que yo tuviera contacto con ningún chico. Ahí habían estado las primeras señales de cómo era en realidad y yo no supe verlas. Solo unos segundos después se relajó y me envolvió entre sus brazos y apoyó su cabeza en la mía. Siempre había sido mucho más alto que yo y en ese momento, en sus brazos, me sentí como una muñeca, una muñeca rota, eso sí.

—Tengo una idea que creo que te gustará. ¿confías en mí? —me preguntó un poco cortado. Seguramente esperaba que le dijera que no, pero siempre había confiado en él.

La culpa de que no tuviéramos más contacto en el pasado había sido de Levi, pero para mí Maverick siempre había sido muy importante en mi vida. Me encantaba su forma de ser, siempre tan trabajador, tan concienzudo, lo cariñoso que era con toda la familia y con los caballos, lo leal que era. Pero sobre todo me gustaba esa pasión con la que vivía su trabajo y la manera en la que amaba la vida en el rancho, que era igual que la mía. Por eso siempre nos habíamos entendido con una sola mirada cuando pasaba algo relacionado con el rancho, si era malo lo sufríamos más que el resto, pero si era bueno, lo disfrutábamos con una intensidad que los demás nunca habían llegado a entender.

—Siempre —le contesté, y eso le valió para sonreír porque sabía de sobra lo que le había querido decir con esa sola palabra. Que confiaba en él con los ojos cerrados.

Se separó de mí y cogió la silla de montar de Duquesa y se la colocó en el lomo, ajustando las cinchas con una habilidad que hasta con los ojos cerrados lo hubiera podido hacer sin ningún fallo. De eso solo era capaz alguien como él, que los caballos eran su vida y había hecho eso tantas veces a lo largo de su vida que no se podrían ni contar sin eternizarte.

Cinco minutos después la sacó del cubículo y me pidió con un gesto de la cabeza que lo siguiera al exterior. Puso un pie en el estribo y se subió sin ningún esfuerzo, Duquesa no se movió ni un milímetro.

—La has estado montando este tiempo, ¿verdad? Está muy cómoda contigo —le dije sonriendo.

—Casi cada día desde que os fuisteis, la primera semana no dejaba de relinchar ni de día ni de noche, te echaba tanto de menos que pensamos que caería enferma de pena. Me costó que me aceptara, pero lo conseguí.

—Lo siento mucho, pequeña, ya he vuelto y no pienso marcharme nunca —le dije a Duquesa acariciándole el hocico antes de darle un beso—. Has tenido mucha suerte, has estado en las mejores manos posibles, no hay nadie mejor que Maverick, es el que mejor trata a los caballos en el mundo —añadí.

»Gracias por cuidar de ella, no te haces ni idea de lo que significa para mí —le dije a Mav, emocionada por el gesto tan bonito que había tenido con mi yegua.

—No tienes que darme las gracias, Lily, sabes que lo he hecho de corazón. Acércate —me pidió, y lo hice, pero con cautela porque no tenía ni idea de lo que quería hacer.

—Dime si te hago daño, ¿vale? —me dijo antes de agacharse, doblando su cintura todo lo que pudo y cogiéndome por las caderas con una delicadeza como si yo fuera de cristal. Sin ningún esfuerzo me levantó y me sentó de lado delante de él, para que así no tuviera que estar con las piernas abiertas.

—¿Estás bien? —me preguntó mientras se acomodaba bien contra mí y me agarraba con una mano de la cintura y con la otra las riendas.

—Sí —le dije emocionada al verme sobre Duquesa; eso para mí era como un sueño porque pensé que tardaría mucho tiempo en volver a poder montarla. No era lo mismo que montar a horcajadas y poder cabalgar, pero con eso me bastaba para sentirme mejor de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Maverick espoleó a Duquesa y a un paso lento, empezamos a movernos por los prados. Solo me bastaron dos minutos y ver qué camino había tomado para saber dónde nos dirigíamos. Me conocía esos terrenos mejor que la palma de mi mano y, al igual que Maverick, los podría recorrer hasta con los ojos cerrados sin desviarme ni un metro.

Veinte minutos después de haber salido de las cuadras llegamos a nuestro destino: el lago. De la misma manera que me había subido a lomos de Duquesa, Maverick me bajó con la misma delicadeza para a continuación bajarse él de un salto.

—¿Estarás cómoda sentada aquí? —me dijo señalando la sombra de un árbol.

Ese lugar era precisamente donde solía sentarme cuando venía con Hope después de darnos un baño. Con Levi solo había venido una vez, porque como

cualquier cosa que rodeara al rancho, no le gustaba. A la media hora de estar allí me dijo que eso no era para él, que se aburría como una ostra y que no le pidiera volver porque no lo haría más y así fue, nunca volvió ni conmigo ni con nadie.

—Aquí es perfecto —le dije antes de sentarme en el suelo con las piernas estiradas, apoyándome en el tronco del árbol, para disfrutar de la brisa que corría en ese momento y del paisaje que se extendía ante mis ojos, que para mí era el más bonito del mundo.

Maverick se sentó a mi lado y se apoyó en el tronco de la misma manera que lo había hecho yo.

—Es precioso, ¿verdad? —le pregunté señalando con la mano el paisaje del lago que, aunque no era muy grande, tenía forma de corazón, o eso es lo que siempre habíamos dicho Hope y yo desde que, siendo niñas, vinimos por primera vez acompañadas por el abuelo Grayson.

—En estas tierras todo es precioso —me contestó mirándome a los ojos con una intensidad que me hizo estremecer.

—¿Naomi es tu novia? —le pregunté, cambiando de tema y esquivando su mirada que me estaba poniendo nerviosa.

—Solo es una amiga, aunque nos hemos acostado alguna vez; ella quiere ser algo más, pero yo no —me contestó sin dejar de mirarme.

—¿Por qué no? No es que sea santo de mi devoción, ya lo sabes, pero es muy bonita y también le gusta la vida en esta ciudad, eso es un punto a su favor muy importante.

—Porque mi corazón ya está ocupado por otra mujer. —Vaya, esa respuesta sí que no me la hubiera esperado por nada del mundo, *¿cuántas cosas me había perdido en dos años?*, me pregunté con tristeza.

—Esa mujer tiene suerte, no creo que encuentre un hombre mejor —cuando le dije eso soltó una carcajada que me dejó a cuadros—. ¿Qué te hace

tanta gracia? —le pregunté frunciendo el ceño.

—Esa mujer no sabe ni que existo, nunca me ha visto y no creo que eso cambie —me contestó con tristeza en su mirada.

—Nunca digas nunca, no sabemos lo que nos tiene preparado el destino y si no, que me lo digan a mí. Estoy segura de que te verá y si no lo hace, es que es idiota.

—¿Aún lo amas? —me preguntó desviando la mirada como si no quisiera ver la verdad en mis ojos.

—No, y ahora, viéndolo con la madurez que me han dado estos dos años que he estado fuera, creo que nunca lo amé. Que le he querido, sí, eso no te lo voy a negar, pero como podía hacerlo con Hope.

»La atracción estaba ahí y el vivir juntos nos lo puso fácil. Y él tampoco me ha amado nunca, solo sentía atracción y deseo como yo, eso lo tengo clarísimo.

—¿Qué te hizo, Lily? —me preguntó en un susurro.

—Me mató, llevo muerta en vida desde unos pocos meses después de irnos. —Mi respuesta le hizo apretar los dientes y los puños, enfadado.

—Necesito saber qué pasó, Lily. Sé que a Hope se lo has contado y que, aunque no todo, a los demás se lo irás contando. ¿crees que podrías contármelo ahora? —Vi tal desesperación en sus ojos por querer saber que asentí con la cabeza.

—No es agradable lo que vas a escuchar; si en algún momento no quieres saber más o quieres que pare, dímelo y lo haré, ¿de acuerdo?

—No te preocupes por mí, solo quiero que tú estés bien y cómoda contándomelo.

—Es peor vivirlo que contarlo y como me dijo Stella, para que cada vez duela menos lo mejor es dejarlo salir de dentro las veces que haga falta hasta que solo sea un amargo recuerdo.

—¿Quién es Stella? —me preguntó extrañado.

—Mi ángel de la guarda y la persona que ha hecho posible que estemos ahora mismo aquí sentados —le contesté sonriendo feliz, hablar de Stella y de Luke me producía eso, felicidad—, pero ella sale al final de mi historia.

»Como todas las historias, tanto las buenas como las malas, hay que empezarlas por el principio; tendrás que esperar un poco para saber quién es ella y su marido Luke, y todo lo que han hecho por mí.

—Te escucho —me dijo, cogiendo mi mano y entrelazando nuestros dedos para que supiera que estaba ahí, dándome la fuerza necesaria para que pudiera hablar sin romperme.

Al igual que había hecho con Hope esa misma mañana, empecé a contarle todo desde el momento en que me subí a su camioneta dos años atrás y hasta que llegué a la estación y llamé a Hope para decirle que había vuelto a casa.

Tuve que parar un par de veces porque Maverick, hubo trozos en los que soltó tantas maldiciones que, si le hubiera oído cualquier cura, le habrían excomulgado de por vida. Incluso cuando llegué a la parte en la que Levi se presentó con los dos tíos a los que les debía dinero, Maverick pegó un puñetazo en el tronco del árbol, magullándose los nudillos. Pude ver en su mirada que, si en ese momento hubiera tenido delante a su primo, lo habría molido a palos.

Cuando llegué al final, los dos estábamos llorando abrazados. Ese momento para mí fue tan especial que lo llevaría grabado en mi memoria toda la vida, porque jamás me había sentido más protegida y en casa como ahí, envuelta en sus brazos.

—¿Te duele mucho? —le dije cogiéndole la mano mientras volvíamos a las cuadras subidos en Duquesa.

—No me duele la mano, Lily, me duele el alma al saber por todo lo que has pasado. —Y ahí estaba otra vez esa mirada, esa que me hacía estremecer por la cantidad de cosas que había en ella.

Capítulo 16



Dejamos a Duquesa en la cuadra, a la que antes de irnos cepillamos y mimamos un rato, le di un par de zanahorias y Maverick una manzana que partió en trozos.

—Serás un padre maravilloso algún día —le dije mientras caminábamos de vuelta a la casa, a la que se empeñó en acompañarme antes de volver a su trabajo.

—¿Por qué piensas eso? —me preguntó alzando una ceja con curiosidad.

—Solo hay que verte con los caballos, el mimo con el que los tratas, la paciencia que tienes con ellos, la atención que les dedicas. Cuando tengas hijos me puedo imaginar que eso se multiplicará, por eso sé que serás un buen padre —le contesté con sinceridad.

—Entonces tú también serás una buena madre, solo hay que verte con Duquesa. Siempre la has tratado con tanto amor que es mágico veros a las dos juntas —me respondió con una sonrisa enorme en la cara.

—No creo que yo tenga esa posibilidad, pero querré a tus hijos y a los de Hope como si fueran míos.

Desvié la mirada para que no pudiera ver la tristeza reflejada en mis ojos. Tenía claro que la posibilidad de ser madre era otra de las muchas cosas que Levi me había robado, y aunque intentaba hacerme a la idea, cada vez que lo

pensaba dolía tanto que me destrozaba un poco más el corazón de lo que ya lo tenía.

—¿Por qué no vas a tenerla? ¿Tus lesiones son tan graves que no podrás ser madre? —me preguntó apretando los dientes, enfadado otra vez. No conmigo, claro, sino con Levi.

—Luke me dijo que no tendría problemas con eso. En cuanto sane del todo, podría quedarme embarazada cuando quisiera. El problema es otro, Maverick —le contesté negando con la cabeza y cerrando los ojos para que las lágrimas que se me habían formado no salieran.

—¿Cuál? —insistió.

—No creo que haya un hombre que, después de saber lo que me ha pasado y la mochila llena de piedras que llevo sobre mis hombros, quiera compartir su vida conmigo y mucho menos tener hijos.

»Eso sin contar que cuando le contara, porque se lo tendría que contar, que me han violado seguramente le daría asco hasta tocarme.

—Lily, estás equivocada. Si ese hombre te ama con todo su corazón, lo que hará será ayudarte a llevar esa mochila y poco a poco te ayudará a vaciar esas piedras. Será el hombre más feliz del mundo si le das el privilegio de ser padre de un hijo tuyo.

»Y sobre lo otro, lo que hará será adorar tu cuerpo y hacerte el amor tantas veces como sean necesarias hasta que llegue un momento en que solo le sientas a él y lo demás, como te dijo Stella, sea solo un amargo recuerdo que dejarás atrás y solo te centrarás en el presente, en disfrutar de la vida y la felicidad que te producirá compartir tu vida con él.

Dios mío, no me caí de espaldas en ese momento porque estaba apoyada en la barandilla del porche de la casa, sino ya os digo que eso sería lo que habría pasado. Todo lo que me dijo Maverick lo hizo sin apartar su mirada de la mía, habló serio y muy convencido de lo que decía. Pero lo que acabó de alterar mi corazón del todo no fueron sus palabras, sino lo que distinguí en sus ojos. Puede que estuviera equivocada o que me lo hubiera imaginado, todo era

posible, pero no lo creía. En sus ojos vi que ese hombre del que me habló quería ser él.

—Maverick… —solo pude decir su nombre, las palabras se me quedaron atascadas en la garganta.

—No digas nada, no hace falta. Siempre he sabido lo que hay y me resigné aceptando la verdad por muy dolorosa que sea.

—Lily, ¿qué tal el reencuentro con Duquesa? —Me sobresalté al oír la voz a mis espaldas y me giré un poco para mirarle.

—Muy bien, nos hemos echado de menos, pero volveremos a ser una muy pronto —le contesté sonriendo.

—Antes de ver a nadie quiero que vengas conmigo a mi despacho, quiero que hablemos —me pidió abriendo la puerta de la casa.

—¿Quieres que os acompañe? —me preguntó Maverick preocupado al ver las intenciones del abuelo y lo que quería hablar conmigo, que no era otra cosa que saber lo que había pasado durante mi ausencia esos dos años.

—Maverick, Lily estará bien conmigo, es mi niña, ¿recuerdas? —le dijo chasqueando la lengua.

Maverick me miró fijamente, esperando que fuera yo la que decidiera qué hacer, le daría igual lo que dijera Grayson. Vi en su mirada que si yo le pedía que se quedara, nada ni nadie le impediría entrar en ese despacho conmigo. Seguramente me tocaría volver a contar la historia completa y no quería que él tuviera que volver a escucharla, con una vez tenía más que suficiente. No quería volver a ver ese dolor tan profundo en sus ojos al oírme hablar del infierno que había sido mi vida lejos de allí.

—Estaré bien, ve a trabajar, tus niños te esperan. Si no se hace muy tarde, luego me pasaré por el circuito de doma, hace mucho que no te veo en acción y me gustaría ver si has mejorado tanto como me imagino —le contesté.

—Muchacho, yo mismo la acompañaré después, también quiero ver los avances que has hecho con Tormenta. Tu padre me ha dicho que es de los caballos más rebeldes que hemos tenido nunca.

—Bien, nos veremos después entonces —le contestó dándose la vuelta para marcharse, no sin antes volver a mirarme, asegurándose otra vez de que estaba bien. Asentí con la cabeza, gesto que solo vio él y me correspondió con una sonrisa.

—Vamos, Lily, cogeremos una limonada antes de subir —me pidió Grayson entrando en la casa, pero sujetando la puerta para que entrara tras él.

—Maverick, ella siempre ha sabido que existes. No te veía porque tenía una venda en los ojos, pero se la quitaron de golpe. Si aún quieres estar con ella, deberás tener paciencia.

Maverick no estaba a mucha distancia, así que oyó perfectamente mis palabras. Se giró de golpe y su cara era de sorpresa total.

Seguramente no había pensado que yo me hubiera dado cuenta de que la mujer de la que me habló era yo misma. De su boca en ningún momento salió mi nombre, pero sus ojos sí que me lo dijeron.

Eso… y los muchos recuerdos que vinieron a mi mente mientras volvíamos a las cuadras montados en mi yegua.

Cómo me había mirado siempre. Cómo me defendía ante cualquiera. Su protección ante cualquier cosa. Pero, sobre todo, los enfrentamientos que tenía con Levi cuando se ponía chulo y sacaba a relucir su carácter cuando discutíamos.

Siempre había estado ahí. En las sombras. Pendiente de mí.

Y yo, como una idiota, no me había dado cuenta.

Aunque también el empeño de Levi en separarme de él había hecho que no hubiéramos tenido más acercamientos.

—La paciencia es mi mejor virtud, esperaré lo que haga falta. Llevo esperando una oportunidad toda mi vida, así que por un poco más no pasa nada. Solo quiero que ella esté bien y sea feliz, sea a mi lado o no —me emocioné por sus palabras. No hicieron que lo que me había pasado se me borrara de golpe de mi cabeza, pero sí que me dieron esperanza. Él podría ser ese hombre que, con su amor, curaría todas mis heridas, como Luke lo había sido para Stella.

—Será a tu lado, estoy segura. —Maverick asintió emocionado y yo lo hice de la misma manera antes de entrar por la puerta para irme con Grayson.

El abuelo y yo, caminamos juntos hasta la cocina y mientras yo sacaba la jarra de limonada que mi madre siempre tenía preparada lista para tomar en cualquier momento del frigorífico, Grayson sacó dos vasos para que los llenáramos antes de subir a su despacho.

—No has cambiado nada en estos dos años, todo sigue exactamente igual —le dije cuando entramos en su despacho y cerró la puerta para que nadie nos molestara.

—Por aquí todo sigue igual que siempre, aunque me da la sensación de que con tu vuelta algunas cosas van a cambiar y mucho —me dijo sentándose en el sofá que tenía allí y pidiéndome con la mano que me sentara a su lado. Fruncí el ceño porque no entendí qué quería decir con eso.

»Esas palabras que os habéis dicho en el porche y la mirada que os habéis dedicado ambos, me han dejado claro que se avecinan cambios. Los que, por cierto, no podrían hacerme más feliz. —Joder con el abuelo, no se le escapaba nada.

Siempre había sido así, no había cosa que pasara en el rancho de la que él no se enterara. Nunca había sabido cómo lo hacía para saberlo todo y era algo que me producía mucha intriga. Hope y yo desde niñas siempre habíamos bromeado con ello, diciendo que tenía ojos en la nuca que llevaba ocultos por el pelo y que por eso veía más cosas que los demás.

—Siempre te enteras de todo, hay veces incluso que sabes lo que ocurre antes que el propio interesado —le dije, soltando una risita antes de beber un

trago de limonada. Suspiré al notar su sabor. Otra de las cosas que había echado de menos, pensé, porque la limonada de mi madre era la mejor del mundo.

—Las canas me han enseñado dónde mirar para ver lo que los demás tardan en ver o lo que pasan por alto —me contestó riéndose también.

Capítulo 17



—¿Le has contado a Maverick todo lo que te ha pasado? —me preguntó Grayson.

—Así es y a Hope, como supondrás, también —le contesté.

—Es mi turno entonces. Me da la sensación de que te he pedido que trabajes para devolver un dinero que tú no robaste, ¿cierto?

—No sé si es bueno que sepas todo lo que ha pasado, Levi es tu nieto y… —No me dejó acabar la frase, levantó la mano para hacerme callar.

—Tú también lo eres, Lily, no llevas mi sangre, pero eres igual de nieta para mí que cualquiera de ellos —me dijo agarrando mi mano con cariño.

—Te he echado de menos, abuelo, mucho, ni te imaginas cuánto —le contesté apretándole fuerte la mano.

Grayson siempre había sido para mí un ejemplo a seguir; no había nadie más paciente y amoroso que él. No solo demostró en el pasado que era capaz de hacer cualquier cosa porque su familia estuviera bien y fuera feliz. En esa familia siempre había incluido a mis padres y a mí desde que nací, sin hacer ninguna diferencia con la de su propia sangre.

—Lily, aquí todos te hemos echado de menos, pero Maverick y yo los que más. Eres mi niña, eso no es un secreto para nadie y para Maverick, bueno, eso ya no me corresponde a mí decírtelo, pero supongo que si con un solo paseo y una conversación te has dado cuenta de algunas cosas, no tengo que explicarte más, siempre fuiste una chica lista.

—Si hubiera sido lista, no hubiera tenido que pasar por lo que he pasado durante dos años. Más tonta no pude ser por no haber visto las señales que siempre estuvieron delante y yo las obvié.

—Pusiste tu mirada en la dirección equivocada, pero la vida te va a dar una segunda oportunidad para que esta vez elijas bien. No seas tan dura contigo misma, solo eras una niña, todos tenemos parte de culpa porque también obviamos ciertos comportamientos de mi nieto que estaban muy lejos de ser los correctos —me dijo lamentándose.

»Ahora cuéntame qué pasó, no te dejes nada porque pienses que me vas a hacer daño.

Como había hecho con Hope y Maverick, cogí aire y empecé a contarle todo, sin dejarme ningún detalle.

Al contrario que los primos, Grayson no me interrumpió en ningún momento, no dijo ni una sola palabra. Lo que sí hizo fue echarse las manos al rostro en varias ocasiones y lamentarse negando con la cabeza.

Cuando terminé de hablar nos envolvió el silencio, pero no fue uno incómodo, sino necesario. Grayson seguramente necesitaba unos minutos para digerir y entender todo lo que acababa de contarle.

Yo cerré los ojos y, mientras disfrutaba de ese silencio, acompañada del abuelo que seguía sosteniendo mi mano —la que no me había soltado en ningún momento.— Pensé en Stella y en la razón que tenía cuando me dijo que hablar de todo lo malo que me había pasado no lo borraría de mi mente, pero sí haría que la carga fuera más ligera, porque los que me querían me ayudarían a llevarla, haciendo que fuera menos pesada para mí.

—Ojalá no hubieras tenido que vivir ese infierno, Lily, con gusto me hubiera cambiado por ti para que no sufrieras tanto —me dijo con lágrimas en los ojos. Le miré emocionada de la misma manera y cuando abrió sus brazos no me lo pensé ni un segundo, me lancé contra él para abrazarle.

»Espero que Levi no se presente aquí porque no va a salir muy bien parado. Para mí está muerto desde la primera falta de respeto que te hizo. Si viene, no solo habré perdido un nieto, perderé dos porque a Maverick no habrá quien lo detenga, le matará con sus propias manos si hace falta —me dijo preocupado.

—No te preocupes, no dejaré que eso pase, no permitiré que me arrebate nada más —le dije con rotundidad.

No creía posible que Levi fuera tan idiota como para presentarse en el rancho, independientemente de que creyera que yo podría haber vuelto. Sabía de sobra que el dinero que robó era algo que todos no le perdonarían con facilidad por haber puesto a la familia en una situación económica complicada.

Aunque, claro, una nunca puede estar segura de nada, ya me equivoqué en el pasado con él pensando que jamás podría tratarme como lo hizo. Y si era verdad que tenía muchas deudas por la cantidad de droga que había consumido y no había pagado, eso podría hacerle cometer una locura y presentarse en casa para refugiarse, robar más dinero o buscarme para que volviera con él a Nueva York y ser yo la que con mi cuerpo pagara esas deudas.

Eso último no iba a pasar jamás porque antes me quitaría la vida, pensé.

Si se diera el caso de que se presentara, haría todo lo posible y lo imposible para que Maverick no se enfrentara a él. Si le mataba en un arrebato, le perdería porque acabaría en prisión.

No sabía si acabaríamos juntos o no, como me había dejado caer Grayson. Fuera como fuese, no dejaría que Levi destrozara su vida como había hecho con la mía.

—Voy a hablar con tus padres y tus tíos ahora mismo, les diré que te den unos días para que les cuentes todo. Con haberlo rememorado hoy tres veces ha sido más que suficiente.

»Necesitas desconectar un poco, aún es temprano. ¿Quieres que vayamos a ver cómo Maverick hace su magia o estás cansada?

—No estoy cansada, me encantaría ir a verle, pero antes tengo que hacer una llamada, no tardaré mucho —le contesté.

—Yo voy a buscar a los demás y a hablar con ellos, como te he dicho, quédate aquí y habla tranquila, te espero en la cocina.

—Gracias por todo, abuelo —le dije sonriendo.

—No me des las gracias, Lily, esas te las tengo que dar yo a ti por volver. Eras la más fuerte de esta familia, cualquier persona en tu situación se hubiera rendido. Estoy muy orgulloso de ti, mi niña —me dijo antes de darme un abrazo y un beso en la cabeza.

Salió del despacho y una vez que me quedé sola, saqué mi teléfono y llamé a Stella, ya le había mandado un mensaje nada más bajarme del autobús para que supiera que había llegado bien y ella me contestó dándome muchos ánimos, diciéndome que todo saldría bien y no se había equivocado. Necesitaba oír su voz y hablar un rato con ella para decirle más o menos todo lo que había pasado.

Estuvimos hablando media hora y hasta lloró de alegría cuando le dije lo bien que me estaban yendo las cosas. Le hablé un poquito de Maverick y de lo que había pasado y ahí hasta chilló de emoción diciéndome que me aferrara a él, que ese hombre sería el verdadero amor de mi vida, como Luke lo había sido en la suya. Quedamos en que le iría poniendo al día cada poco tiempo de cómo me iban las cosas.

—Ya estoy aquí, abuelo, podemos irnos cuando quieras —le dije a Grayson, que estaba en la cocina sentado tomando un café con mis padres.

—Lily, cariño, ya tienes tu cuarto preparado del todo, te he puesto sábanas limpias y en el baño ya tienes de todo también —me dijo mi madre cuando entré.

—Gracias, mamá, pero podía haberlo hecho cuando volviera de los campos —le contesté antes de acercarme a ella para darle un beso en la mejilla.

—Tienes que descansar para recuperarte —me dijo mi padre preocupado.

—Papá, sé que estás preocupado, pero estoy bien de verdad. Necesito hacer cosas para tener mi mente ocupada —le dije acercándome para darle un beso.

—Lo que te dije esta mañana de trabajar queda descartado, hasta que tu cuerpo no esté curado del todo y por supuesto, no trabajarás más que nadie, eso solo lo dije en un momento de enfado —me dijo Grayson acariciándome la espalda.

—No quiero estar sin hacer nada, siempre he colaborado con las tareas en los campos o las cuadras, y quiero volver a hacerlo.

—¿Qué tienes en mente? Porque te oigo pensar desde aquí —añadió Grayson riéndose porque sabía que mi mente ya estaba trabajando a toda velocidad para estar el más tiempo posible fuera de casa, como había hecho desde que era una niña.

—Si os parece bien me gustaría hacer las prácticas de veterinaria que me faltan para obtener mi título. Eso solo serían tres horas por las mañanas, así que si él me lo permite, el resto del tiempo me gustaría trabajar con Maverick. Nunca podré hacer lo que él hace, pero los caballos se me dan bien y podría ayudarle —le dije ilusionada.

Los tres me miraron sonriendo y asintieron con la cabeza dándome su visto bueno.

—Creo que Maverick estará más que encantado de tenerte de ayudante, aunque eso lo sabremos en un rato cuando se lo preguntemos. Y por el veterinario no te preocupes, yo hablaré con él mañana, estará agradecido por tu ayuda, cada vez hay más caballos y la carga de trabajo aumenta. ¿Nos vamos? —me preguntó Grayson levantándose de la mesa.

—No lleguéis tarde a cenar, no me digáis luego eso de «nos hemos liado» —nos dijo mi madre haciéndonos reír antes de salir por la puerta.

Capítulo 18



Por el camino hasta el prado donde estaba Maverick entrenando, Grayson y yo fuimos hablando todo el tiempo, pero de varias cosas del rancho, nada relacionado con mis dos años de ausencia ni con Levi, y se lo agradecí mentalmente porque necesitaba desconectar un poco y distraerme con otras cosas que no fueran mi infierno particular.

Grayson me contó que el veterinario que se encargaba de todos los caballos y yeguas del rancho, al que conocería al día siguiente, se llamaba Liam.

Era el sobrino del anterior veterinario que, desde que empezaron con el negocio, había estado en el rancho. Al jubilarse, hacía ya año y medio, habló con todos y les dijo que su sobrino sería un candidato perfecto para sustituirle. Era joven, pero un apasionado de su profesión, como lo había sido su tío toda su vida.

Liam estuvo trabajando junto a él los dos meses anteriores a su jubilación y a todos les gustó su manera de hacer las cosas, la dedicación y el cariño con el que trataba a los caballos, así que no dudaron en contratarle.

—Maverick y Liam se han hecho muy amigos desde que este último trabaja aquí, casi inseparables diría yo —me dijo Grayson.

—Me alegro mucho, Maverick nunca ha tenido muchos amigos, bueno, aparte de los caballos, claro —le contesté haciéndole reír.

—Eso es verdad, este chico en otra vida tuvo que ser caballo porque, si no, no me explico de dónde le viene esa pasión y esa manera tan especial que tiene de comunicarse con ellos. Si es que les habla y hasta le miran como si le entendieran todo lo que les dice. —Nos echamos los dos a reír porque era cierto, lo de Maverick con los caballos era mágico e incomprensible.

»Mira, no vas a tener que esperar hasta mañana para conocer a Liam, ahí lo tienes sentado en las vallas mirando cómo Maverick hace magia —me dijo Grayson señalando a un chico rubio que estaba sentado de espaldas a nosotros.

»Hope no te lo habrá contado todavía, pero cuando los veas a los dos juntos, no te acerques mucho, las chispas que saltan entre ellos son capaces de prender fuego a quien esté alrededor —me susurró bajito porque ya estábamos bastante cerca de Liam.

—¿De verdad? —le pregunté ilusionada porque Hope hubiera encontrado el amor.

—De verdad, pero tú hazte la tonta cuando te lo cuente, aunque, como te he dicho, ni eso hará falta porque te darás cuenta tú sola. Todos estamos esperando que uno de los dos dé el primer paso y estén juntos por fin.

»Si no lo hacen pronto, habrá que darles un empujoncito, están perdiendo un tiempo precioso. —Leches con el abuelo Grayson, ahora iba a resultar que también era una celestina en potencia, pensé mientras me echaba a reír.

—Hablaré con ella y le diré que no sea tonta, cuando llega el amor a tu vida, no hay que mirar a otro lado, sino dar un paso al frente —le contesté.

—Pues aplícate el cuento. —Toma ya, pelos en la lengua no había tenido nunca el abuelo y siempre decía lo que pensaba sin cortarse un pelo.

—*Touché* —le contesté riéndome mientras negaba con la cabeza.

—Vaya, Grayson, qué bien acompañado te veo —le dijo Liam, que se había dado la vuelta para mirarnos al oírnos reír.

—Liam, te presento a mi nieta Lily. Lily, este es Liam, uno más de la familia desde que llegó a estas tierras —dijo Grayson presentándonos.

Liam se bajó de un salto y se acercó hasta mí para darme dos besos que le correspondí encantada. Solo con ver su sonrisa y la mirada tan sincera que tenía me cayó bien en el acto. No me extrañó que Hope estuviera pillada por él, era muy guapo y parecía muy simpático. Tenía un pelo rubio muy rizado que le caía hasta los hombros, sus ojos eran tan negros como el carbón y tenía un cuerpo muy parecido al de Maverick, musculado y bronceado por estar todo el día trabajando al aire libre.

—Encantado, he oído hablar mucho de ti —me dijo cuando nos saludamos.

—Espero que cosas buenas —le contesté sonriendo y se echó a reír asintiendo.

—Liam pensaba ir mañana a hablar contigo, pero ya que estás aquí aprovecho y te lo digo ya. Lily ha hecho un curso de técnico veterinario y solo le faltan las prácticas para terminar, a partir de mañana estará contigo ayudándote. Espero que le enseñes todo lo que sabes —le dijo Grayson informándole de nuestros planes.

—Estupendo, será un placer enseñarte y tu ayuda me vendrá de maravilla, va a empezar la época de partos y ya sabes que eso será una locura —me dijo muy contento.

—En eso podré ayudarte todo lo que quieras, antes ayudaba a tu tío cuando era época de partos y también con algunas otras cosas.

—Vamos, que poco voy a poder enseñarte, has nacido en estas tierras y por lo que he oído, eres casi tan fanática de los caballos como el rey de la doma —me dijo señalando con la cabeza a Maverick, que se acercaba en esos momentos a nosotros montado en un caballo negro que era tan bonito y tenía una majestuosidad que era una maravilla a la vista.

—Maverick, ya tengo nueva ayudante —le dijo tan contento cuando se paró a un paso de nosotros en la valla.

No me pude resistir y crucé la valla por entre dos de los palos para pasar al otro lado. Me acerqué hasta el caballo y me puse justo delante de sus ojos para que me viera bien.

—Niña, ten cuidado —me dijo Grayson preocupado.

Por el camino, cuando veníamos, me había contado que el caballo que estaba intentando domar Maverick le estaba poniendo las cosas muy difíciles porque era un auténtico loco, no se dejaba tocar por nadie y hasta que Maverick había conseguido subirse a él habían pasado semanas. Incluso para revisarle, lo tenía que hacer él porque a Liam no le dejaba ni acercarse. La razón de que fuera así era porque antes de llegar al rancho los antiguos dueños le habían maltratado y por eso ahora no quería saber nada de ningún humano.

—Precioso, ¿qué te pasa? Me han dicho que eres un guerrero, que les pones las cosas difíciles. ¿Quieres que seamos amigos? —le dije a Tormenta acercando mi mano a su cabeza sin tocarle para que me oliera.

Tormenta, sorprendiéndoles a todos, agachó la cabeza y me dio un ligero toque en la mano dándome permiso para tocarle, no me lo pensé y pasé mi mano entre sus ojos acariciándole con suavidad.

—Buen chico —le susurré acercándome un poco más para dejarle un suave beso en un lado de su cabeza.

—Increíble… si no lo veo, no lo creo ¿Cómo coño ha hecho eso? —le preguntó Liam, alucinado a Maverick.

—Estamos rotos por dentro por el mismo motivo, por eso nos entendemos —dije más para mí que para ellos.

—Liam, ayúdala a subir, necesitan tener más contacto —le pidió Maverick a su amigo.

—¿Estás seguro, muchacho? —le preguntó Grayson, preocupado y Maverick asintió sonriendo.

Liam cruzó la valla y se puso a mi lado para levantarme un poco por las caderas para que Maverick pudiera cogerme como lo habíamos hecho con Duquesa, aunque la ayuda de Liam era necesaria en esta ocasión porque Tormenta era mucho más alto que mi yegua y solo agachándose me hubiera hecho daño al cogerme.

—¿Estás cómoda? —me preguntó Maverick acariciándome la cintura.

—Estoy perfecta —le contesté sonriendo y acariciándole la mano con la que me estaba tocando.

—¿Nos movemos un poco? —me preguntó mirándome con tal intensidad a los ojos que hizo que un escalofrío me recorriera el cuerpo.

—Sí… —le susurré.

Espoleó a Tormenta y empezamos a movernos despacio, primero solo dando pequeños pasos casi sin movernos del sitio, luego un par de círculos pequeños. Cuando empezamos a alejarnos, Grayson nos llamó.

—Chicos, os esperamos en casa para cenar, Liam se queda también —nos dijo Grayson antes de darse la vuelta y, junto a Liam, marcharse para la casa.

—No llegaremos tarde —le contestó Maverick.

—Es precioso, tiene un pelaje tan suave y brillante que es una maravilla —le dije mientras acariciaba las crines de Tormenta.

—No voy a venderlo, se quedará con nosotros, será una buena pareja para Duquesa; es con la única yegua que se lleva bien.

—Vaya, así que te gusta mi chica, ¿eh? Pues a ver si nos hacéis abuelos pronto, tengo ganas de que Duquesa tenga un potrillo y si tú eres el papá será precioso —le dije a Tormenta, que relinchó como si me hubiera entendido y los dos nos echamos a reír.

—¿Así que vas a ser la ayudante de Liam?

—Sí, quiero obtener el título y como sabes, solo me faltan las prácticas, se lo he propuesto al abuelo y a mis padres, y les ha parecido buena idea. Bueno, también les he propuesto otra cosa, pero eso no sé si lo voy a hacer, depende de ti.

—¿Cuál? —me preguntó con curiosidad.

—Por las mañanas haré las prácticas y ayudaré a Liam. Y por las tardes, si tú quieres, me gustaría ayudarte con tu trabajo.

—¿En serio te gustaría ayudarme? —me preguntó ilusionado.

—Sí, no soy ni la mitad de buena domando que tú, pero en algo podré ayudarte.

—Me encantaría que me ayudaras, no creo que haya nadie mejor para hacerlo, amas los caballos tanto como yo y los entiendes.

Mientras estábamos hablando, nuestras miradas se habían quedado enganchadas y no éramos capaces de mirar a ningún otro lado. Los ojos de Maverick bajaron hasta mis labios, estábamos tan cerca el uno del otro que pude notar cómo su respiración se aceleró por el deseo que tenía de besarme, y pude ver cómo estaba haciendo un gran esfuerzo por contenerse, seguramente pensando que me molestaría o que yo no querría besarle, pero en ese momento lo deseaba con todas mis fuerzas y así se lo hice saber.

—Hazlo —le pedí agarrándole con una mano de la camisa para que se pegara más a mí.

—Lily… —susurró contra mis labios—. ¿Estás segura? No quiero incomodarte —me dijo preocupado.

Mi respuesta no fue con palabras, fui yo la que me acerqué despacio para posar mis labios en los suyos. Al principio noté cómo se tensaba, pero cuando pasé mi lengua con timidez por su labio inferior, pasó su mano por detrás de mi cabeza y, agarrándome la nuca, me devolvió el beso.

Y vaya beso, podía decir sin lugar a equivocarme que era el mejor beso que me habían dado en la vida, cargado de cariño, ternura y amor, pero a la vez con una pasión que me volvió loca de deseo.

—Joder, Lily… llevaba soñando con hacer esto media vida —me dijo cuando nos separamos mientras me acariciaba las mejillas y me daba pequeños besos cortos.

—Pues ya no tienes que seguir soñando, puedes besarme cuantas veces quieras, me ha encantado —le contesté acariciándole la cara de igual manera que estaba haciendo él.

»Para otras cosas tendrás que esperar, lo siento —le dije apartando la mirada de sus ojos.

—Lily, mírame —me dijo cogiéndome por la barbilla para que le mirara a los ojos.

»Esperaré lo que haga falta para todo, tú marcas el ritmo y si no quieres que pase nunca, también lo entenderé —añadió y en sus ojos pude ver tanta sinceridad y comprensión que me desarmó por completo, haciendo que mis ojos se llenaran de lágrimas.

»No llores, joder, me mata verte así —me dijo abrazándome con mucha delicadeza para no hacerme daño.

—Lloro de emoción por lo bueno y comprensivo que eres conmigo. —Me acurruqué entre sus brazos aspirando su olor, uno que siempre me había gustado, esa mezcla entre caballo y tierra.

Estuvimos un rato más abrazados y dándonos pequeños besos hasta que Tormenta relinchó porque ya llevábamos un buen rato parados y era un impaciente al que no le gustaba estarse mucho tiempo quieto.

—Vamos a dar unas vueltas más que aquí el señorito se pone nervioso —le dije a Maverick, acomodándome otra vez para que pudiera espolear a Tormenta y pudiéramos movernos.

Estuvimos casi una hora más dando vueltas hasta que empezó a oscurecer y decidimos dar el día en los prados por finalizado. Acompañé a Maverick a

las cuadras y entre los dos cepillamos a Tormenta antes de volver juntos y de la mano hasta la casa.

Capítulo 19



Habían pasado dos meses desde que volví a mi hogar, desde que dejé atrás mi prisión. Seguía doliendo recordar todo lo que pasó, eso tardaría mucho tiempo en quedar atrás siendo solo un amargo recuerdo, pero gracias a toda mi familia y sobre todo a Hope y Maverick, la carga que llevaba sobre mis hombros cada día era un poco más ligera.

El resto de mi familia ya sabía todo lo que me había pasado. Como les pidió Grayson el día que hablamos, no me pidieron explicaciones, esperaron hasta que yo estuve preparada para sentarme con mis padres y mis tíos para contarles lo que había ocurrido durante los dos años que estuve con Levi en Nueva York.

Ese día, en la cocina, que fue el sitio elegido para tener esa conversación una tarde, una semana después de mi llegada, acompañados de tazas de café, fue uno de los más tristes que yo había vivido en mi vida.

Ver el sufrimiento en las caras de todos y las muchas lágrimas que allí se derramaron por parte de todos fue muy duro. Sobre todo ver el dolor en los ojos de mi madre al escuchar por el infierno que yo había pasado.

Pero lo que se me quedó grabado en la memoria para toda la vida fueron las miradas de desesperación, decepción y dolor de los padres de Levi al enterarse de la clase de monstruo que tenían por hijo.

Como acordamos dos meses atrás, por las mañanas me levantaba casi al alba para reunirme con Liam en las cuadras y ayudarle con su trabajo.

A diferencia de lo que me dijo el primer día que nos conocimos, de que apenas podría enseñarme nada, fue todo lo contrario. En ese tiempo aprendí más cosas que todo lo que podría haber aprendido en las clases durante el año y medio que estuve estudiando todo lo que pude.

Liam y yo nos habíamos hecho amigos desde el primer momento, nos llevábamos de maravilla tanto en el trabajo como fuera de él.

La última semana la habíamos tenido de locura por la cantidad de partos que habíamos atendido; incluso Maverick y Hope tuvieron que unirse a nosotros porque no dábamos abasto.

Las tardes durante ese tiempo se habían convertido en mis horas favoritas del día, que no era que con Liam por las mañanas no disfrutara trabajando, porque así era.

Pero por las tardes compartía todo mi tiempo con Maverick y eso para mí era un auténtico placer. La complicidad que había nacido entre nosotros era impresionante, apenas hacía falta que nos habláramos para saber qué deseábamos en ese momento o qué queríamos decirnos.

Con Hope siempre había tenido ese tipo de conexión en la que también nos entendíamos con la mirada, pero con Maverick estaba a otro nivel. Era increíble vernos juntos, daba igual si era en los prados con los caballos, compartiendo una taza de café viendo el amanecer o compartiendo las comidas y cenas con toda la familia.

Todos estaban encantados porque entre nosotros hubiera surgido una amistad más profunda, o eso pensaban ellos, porque lo de que estábamos juntos por el momento solo lo sabían Hope, como no podría ser de otra manera, y Liam. Aunque Grayson, suponíamos que también lo sabía, sobre todo por las miradas cómplices que nos dedicaba y esa sonrisilla que decía: *a mí me la vais a dar, niños, yo lo sé todo*.

Como me había contado Grayson ese día mientras íbamos a ver a Maverick a la pista, solo necesité diez minutos durante la cena de esa noche y observar a Liam y Hope juntos para darme cuenta de lo de las chispas que saltaban entre ellos.

Al final, sí que tuvimos que darles un empujoncito para que estuvieran juntos, la timidez que tenían los dos no les dejaba dar ese paso hacia delante. Pero el abuelo Grayson se encargó de ponerles en el aprieto de tener que decirse uno a otro lo que sentían y lo mucho que deseaban estar juntos.

Desde ese día, que fue diez días después de llegar yo al rancho, mi querida Hope tenía oficialmente pareja y todos, sin excepción, lo celebraron por todo lo alto porque llevaban demasiado tiempo esperando que pasara.

Era una maravilla ver a Hope y Liam juntos, no eran empalagosos ni nada de eso, pero sí muy cariñosos el uno con el otro, y lo mejor era ver cómo se miraban. Sus ojos destilaban tanto amor cuando sus miradas se cruzaban que, sobre todo a mí, me hacía sonreír por dentro verlos así, me alegraba tanto que Hope hubiera encontrado el amor de su vida que me llenaba el pecho de felicidad.

Además, que eso me hacía mucho bien, como me repetía Stella muy a menudo, rodearte de gente a la que quieres y ver lo felices que son ayuda a que tu corazón sane un poquito más deprisa.

Con Stella y Luke había seguido manteniendo el contacto, les solía llamar cada pocos días si no eran ellos los que me llamaban interesándose por cómo me iba, por mi trabajo o por mis lesiones. Uno de los días en los que les hice una videollamada era la hora de la comida y aproveché que estaban todos en la cocina para presentarles a mi familia. Todos les agradecieron mil veces la ayuda que me dieron en el peor momento de mi vida; mis padres les invitaron a venir al rancho cuando sus trabajos se lo permitieran, idea que el resto de la familia apoyó con mucho entusiasmo.

En una de las muchas conversaciones que tuve con Stella por videollamada, le hablé de Maverick y de lo que estaba despertando en mí y de la paciencia que estaba teniendo conmigo, respetando mis tiempos y mi ritmo.

Se alegró tanto que incluso dejó el teléfono apoyado en el tocador de su cuarto, que era donde estaba sentada hablando conmigo, y se levantó de un salto para hacer el baile de la victoria, haciéndome reír a carcajadas. Al acabar el baile, me pidió que le contara todo con pelos y señales de cómo se habían dado las cosas con Maverick desde que llegué al rancho. Al terminar de contarle todo se quedó un rato muy pensativa y aún recuerdo las palabras que me dijo haciéndome sonreír.

—Todo este tiempo desde que nos conocimos, he estado equivocada —me dijo sonriendo.

—¿Por qué? —le pregunté confusa.

—Porque no soy yo tu ángel de la guarda, solo fui la que te ayudó hasta llegar hasta él —me contestó muy convencida.

—No entiendo lo que quieres decir —le dije cada vez más confusa.

—Pues que tu verdadero ángel de la guarda es Maverick, él va a ser quien vele por ti, quien te proteja, quien esté a tu lado pase lo que pase y quien realmente te salve alejándote de esos demonios que tienes en tu cabeza con todo el amor que te dará.

»Será tu salvador en todos los sentidos, porque te rescatará hasta de ti misma haciéndote volver a sonreír, pero no solo con la boca, sino también con los ojos y el corazón. Con su amor y paciencia curará todas las heridas que tienes en el corazón y en el alma y con el tiempo, solo serán cicatrices bien cerradas.

»Es tu ángel como Luke es el mío. No tengas miedo de amar, Lily, te costará al principio dejarte llevar, créeme, sé de lo que hablo, pero la recompensa que tendrás después al lado del hombre de tu vida es lo mejor que te va a pasar.

—Sí que tengo miedo… —le dije susurrando con los ojos llenos de lágrimas—: si no sale bien y me rompe el corazón, no creo que pueda aguantar otro golpe así, me destrozará del todo —añadí sincerándome con ella como no lo había hecho con nadie, ni siquiera con Hope.

—No lo hará, he visto cómo te miraba el día que me lo presentaste, ese hombre te ama con todo su corazón, Lily, no dejes que el miedo te impida ser feliz a su lado.

—Siempre sabes qué decir para hacerme sentir mejor —le dije sonriendo mientras me limpiaba las lágrimas.

—No te digo lo que quieres oír, te digo la verdad para que te ayude a sanar, aunque pueda parecer que algunas veces mis palabras son duras.

—Y no sabes cómo te agradezco que seas así de sincera.

—Permítete vivir y ser feliz, Lily, hay veces que nuestras peores enemigas somos nosotras mismas y nos boicoteamos.

—Lo haré, aunque me cueste, no dejaré que Levi y los recuerdos a su lado me roben la posibilidad de ser feliz con Maverick —le respondí porque estaba totalmente de acuerdo con sus palabras, demasiadas cosas me había perdido ya, quería vivir tranquila y tener una vida feliz al lado de Maverick.

Después de esa conversación con Stella, fui dejando de lado el miedo y dejé volar libremente los sentimientos que habían empezado a nacer en mi interior hacia Maverick, que no eran pocos. Después de un mes compartiendo tantos momentos con él podía decir con toda seguridad que estaba enamorada de él y bueno, él de mí no me lo había dicho con palabras, pero sus gestos hablaban por sí solos.

Capítulo 20



—Lily, estaré en mi habitación estudiando hasta que nos vayamos. Cuando llegue la hora, sube y avísame, ya sabes que si me sumerjo en los libros, se me olvida hasta mi nombre y no me entero ni de que las horas van pasando —me dijo Hope mientras recogíamos las tazas del desayuno.

Al darse cuenta de que lo había dicho delante de todos sin darse cuenta, me miró suplicante, pidiéndome perdón por haber metido la pata. Ninguno de los presentes estaba al tanto de nuestros planes.

—¿Dónde vais? —me preguntó Maverick extrañado.

Que se extrañara era normal. Los últimos meses no había cosa que no le contara de todo lo que hacía o de mis planes para el día, pero precisamente lo que tenía que hacer ese día no había querido decírselo porque estaba segura de lo que me iba a decir.

Tenía que ir a la consulta de la ginecóloga que había en la ciudad más cercana a la nuestra, ya que en Midway los servicios médicos eran mínimos y precisamente esa especialidad no la había. Cuando Luke me dio el alta en Nueva York, me dijo que pasados dos meses me tenía que hacer una exploración completa para saber si mis lesiones internas estaban curadas o, por el contrario, la recuperación iba más lenta de lo esperado.

La razón de no contárselo a Maverick era porque estaba convencida de que querría acompañarme y sinceramente, para eso me sentía más cómoda con

Hope. No por nada en concreto, sino porque si la ginecóloga no me daba buenas noticias, sabía que me iba a hundir y no quería que él me viera en ese estado.

—Vamos a Lexington, tengo consulta médica —le contesté sin mirarle.

—¿Te encuentras mal? —me preguntó Grayson, preocupado.

—Estoy bien, solo es una revisión, para saber si todo está ya curado —contesté poniéndome como un tomate al darme cuenta de que todos los presentes ya se habían dado cuenta de qué era lo que me iban a revisar.

—Yo también voy contigo —dijo mi madre con rotundidad.

—Y yo —añadió tía Ava.

—No hace falta de verdad —les contesté rogando que se echaran atrás. No quería que estuvieran presentes si me daban malas noticias.

Mi madre pareció darse cuenta de lo que me pasaba y cruzando una mirada con Ava, parecieron entenderse a la perfección porque al segundo mi tía se apresuró a decir:

—Mientras tú y Hope estáis en la consulta, Amelia y yo aprovecharemos para comprar unas cosas que nos hacen falta para celebrar el cumpleaños de Maverick. Cuando salgáis, podéis uniros a nosotras para ayudarnos y como seguramente se nos hará tarde, podemos comer allí antes de venir.

—Es un buen plan, una mañana de chicas, ¿verdad, Lily? —me dijo Hope más tranquila al ver que nuestro plan de ir solas al médico seguía intacto.

—Sí, además yo también tengo que comprar unas cosas y en la consulta no tardaremos más de media hora. Necesito unas botas de montar nuevas, algo de ropa y algunas cosas de higiene —respondí ilusionada porque la verdad es que el plan me había encantado.

—Estupendo. ¿A qué hora tenemos que salir de aquí? Por calcular el tiempo que tengo para dejar la comida preparada para los chicos —me preguntó mi madre.

—Los chicos tenemos dos manos y si tenemos que hacernos la comida por un día, no pasará nada —le dijo John a mi madre, que le miró con horror.

La cocina no era el fuerte de ninguno de los cinco hombres de nuestra familia, solo Maverick se defendía un poco para salir del paso un día dado. El resto se moría de hambre en dos días, se comerían la comida cruda o quemarían la cocina.

—A mi cocina no os acerquéis ni a dos pasos de distancia, no quiero que me dé un infarto cuando vuelva —le contestó mi madre apuntándole con una cuchara que tenía en la mano, haciéndonos reír a todos.

—Hombre, tampoco es para tanto, unos bocadillos sí somos capaces de hacernos nosotros —dijo mi padre señalando a sus amigos y a Grayson— abrimos el pan —y Maverick nos hace unas tortillas para meterlas dentro —añadió mi padre bromeando, haciéndonos reír todavía más.

—Mamá, tengo hora a las once y media, así que con salir de aquí a las once menos cuarto nos da tiempo de sobra. Te da tiempo a hacerles la comida y hasta la cena si me apuras —le dije para que se quedara tranquila y no sufriera por su apreciada cocina, la vimos como soltaba el aire de golpe y al ver su alivio, todos acabamos riéndonos a carcajadas.

Al terminar de recoger la cocina, todos nos fuimos dispersando, marchándonos cada uno a sus quehaceres. Maverick y yo salimos juntos para ir hacia las cuadras. No hablamos durante el poco camino que nos separaba de la casa, pero esos silencios nunca eran incómodos entre nosotros, con ellos nos comunicábamos igual que cuando hablábamos, diciéndonos solo con la mirada miles de cosas.

Nada más entrar en las cuadras, me dio mis buenos días particulares como llevaba haciendo desde el primer día que nos besamos montados a lomos de Tormenta. Me agarró por las caderas y pegándome a la pared, empezó a

besarme primero las mejillas, bajando lentamente por mi barbilla hasta llegar a mi cuello, por donde me dejaba pequeños besos mientras me decía palabras cargadas de cariño, hasta que finalmente se lanzaba a mis labios y ahí ya sí que los dos perdíamos la noción del tiempo.

—Me hubiera gustado acompañarte, Lily, aunque entiendo por qué no me has querido decir dónde ibas —me dijo cuando los dos nos separamos para poder coger el aire que empezaba a faltarnos.

—Pensaba decírtelo cuando volviera, no creas que quiero ocultarte cosas, es que… —Puso dos de sus dedos en mis labios para que no siguiera hablando y después de retirarlos y darme un beso pequeño y fugaz, me dijo:

—Lo entiendo de verdad, sé que estarás más cómoda allí en compañía de Hope, pero prométeme que nada más salir me mandarás un mensaje para decirme lo que te digan, sea lo que sea, yo estaré a tu lado, ¿vale? Eso no lo dudes ni por un momento.

Mis ojos se llenaron de lágrimas porque sus palabras vinieron acompañadas de una mirada muy sincera, no lo decía por quedar bien. Era totalmente cierto que si no podíamos estar juntos íntimamente durante mucho tiempo, él esperaría lo que hiciera falta y eso decía mucho del hombre comprensivo que era y del amor que sentía por mí.

—Te quiero —le dije acariciándole la cara y mirándole fijamente a los ojos para que viera que esas dos palabras no las decía por decir, sino porque realmente las sentía.

—Yo sí que te quiero, ni te haces idea de cuánto —me dijo abrazándome con los ojos llenos de lágrimas por la emoción del momento.

Después de unos cuantos besos más y varias caricias, cada uno se puso con nuestros trabajos. Yo a preparar las vacunas que ayudaría a poner a los caballos en cuanto Liam llegara, y Maverick se llevó a dos de los caballos más jóvenes que teníamos a la pista de carreras para trabajar un rato con ellos.

A las diez y cuarto me despedí de Liam, al que ya había avisado de que ese día me marcharía a esa hora porque tenía que ir al médico. Liam era un hombre muy discreto y no me hizo ni una sola pregunta para saber a qué iba, simplemente me deseó que estuviera todo bien y ya.

—¡Maverick, me marcho ya! —le dije alzando la voz para que me oyera porque estaba bastante alejado al lado de las vallas donde estaba entrenando.

Nada más oírme, espoleó el caballo negro en el que estaba montado y a todo galope se acercó hasta donde yo estaba.

—Dime lo que sea en cuanto salgas, ¿sí? —me dijo agachándose desde el lomo del caballo para darme un beso.

—Lo haré, quédate tranquilo, ¿vale? Seguro que son buenas noticias, hace días que no tengo molestias y dejé de sangrar hace dos semanas —asintió con la cabeza sonriendo al oírme decir que me encontraba mejor.

—Lily, llevaros mi camioneta, es la más segura y la más nueva que hay en el garaje. Me quedaré más tranquilo, eso sí, condúcela tú, de las demás y sus habilidades al volante no es que me fíe mucho —me dijo haciéndome soltar una carcajada.

—Menos mal que no te están oyendo, sino te llevarías una docena de collejas —le contesté haciéndole reír también—. Está bien, iremos en ella y quédate tranquilo, te la cuidaré mucho —le dije antes de darle un último beso y despedirme con la mano.

Lo de la camioneta me sorprendió muchísimo, Maverick no se la dejaba a nadie y cuando digo a nadie, era a nadie, ni siquiera a su propio padre. Que hubiera sido él quien me pidiera que fuéramos en ella y que fuera yo la que condujera demostraba lo mucho que confiaba en mí.

Llegué a la casa a la carrera porque ya iba pillada de tiempo, no quería hacer esperar a las demás ni tampoco llegar tarde a la cita.

—Hope, me ducho y en diez minutos nos vamos —le dije asomando la cabeza por la puerta de su habitación.

—Perfecto, recojo todo esto y te espero abajo, voy a tomarme un café rápido antes de irnos —asentí y me di la vuelta para ir a mi habitación.

Como le dije a Hope, diez minutos después entré en la cocina recién duchada y con ropa limpia, donde estaban las tres esperándome para irnos. Salimos cogiendo nuestros bolsos y charlando muy animadas por el día de compras que nos esperaba en dirección al garaje.

—Vamos en la de Maverick —les dije a todas apretando el mando que llevaba en la mano para que se abrieran las puertas, abriendo al segundo la del conductor para que vieran que sería yo la que conduciría.

—¡Lily! Mi primo te mata. ¿Cómo se te ocurre coger las llaves de su tesoro? —me preguntó Hope entre preocupada y alucinada.

—Tranquila, ha sido él el que me ha pedido que la coja, dice que se queda más tranquilo si sabe que vamos en ella porque es la más nueva y segura de todos los vehículos que hay aquí.

—¿En serio? —volvió a preguntar con la boca abierta.

—Que sí, pesada, venga, subid que al final llegaremos tarde —le pedí montándome y arrancando la camioneta, las tres se subieron a toda prisa.

—Esto es amor y lo demás tonterías —dijo Ava soltando una risita.

—Ya te digo, la quiere con locura, siempre ha sido así —le contestó mi madre.

—¿De quién habláis? —dije haciéndome la tonta porque las había entendido de sobra.

—Que no hayamos dicho nada no quiere decir que no sepamos que estáis juntos, que ya pintamos canas las dos, Lily —me dijo mi madre riéndose,

arrastrando con ella a Hope y a Ava, que se unieron a sus risas.

—¿Qué dices? —le pregunté alucinada.

—Que todos en la casa sabemos que estáis juntos casi desde que volviste, pero hemos respetado vuestra decisión de no contarlo hasta que estuvierais preparados para compartirlo con nosotros. Aunque seguro que aquí tu hermana del alma —dijo mi madre señalando a Hope— lo sabe desde el principio.

—Puf, en esta casa no se puede tener un secreto, seguro que el abuelo es el cotilla que lo dijo el primero —le dije negando con la cabeza.

—Lily, solo hay que estar a vuestro lado cinco minutos y ver cómo os miráis los dos para darse cuenta. Ha sido tan evidente como lo de Hope y Liam, aunque ellos necesitaron un empujoncito para decidirse a dar el paso.

»Eso a vosotros no os ha hecho falta, todos estamos muy contentos de que estéis juntos, los dos os merecéis ser felices —me dijo tía Ava apretando mi hombro con cariño desde atrás, que era donde iba sentada junto a mi madre.

El resto del camino no dejaron el tema. Me hicieron un interrogatorio como si fueran dos agentes del FBI. Querían saber cómo habíamos empezado, desde cuándo estábamos juntos y, lo más importante, si yo estaba bien y a gusto.

Les contesté casi todo. Total, ya daba lo mismo que se enteraran del todo. Por lo menos así libraba a Maverick del tercer grado, porque estaba segura de que si no saciaba su curiosidad, irían a por él para sacarle la información que querían.

Las dos se quedaron tranquilas cuando les aseguré que estaba muy feliz a su lado y que me trataba con un cariño y una paciencia infinitos, respetando mis tiempos y dejándome marcar el ritmo que necesitaba.

Dejamos la camioneta aparcada cerca de la calle principal de la ciudad, en ella estaban todas las tiendas a las que mi madre y mi tía querían ir y la consulta de la ginecóloga, solo a tres calles. Ellas se quedaron allí y Hope y yo

nos fuimos con paso ligero porque solo quedaban diez minutos para la hora en la que tenía la cita.

Entré muy nerviosa en la consulta, pero Hope no soltó mi mano en ningún momento, mostrándome su apoyo constante.

Le enseñé a la ginecóloga el parte médico que Luke me había mandado por correo el día de mi ingreso, para que viera todas las lesiones que tenía entonces y el estado en el que estaban, y así pudiera compararlas con mi situación actual.

Después de revisar todo concienzudamente, me mandó desnudarme en el baño que había dentro de la misma consulta antes de empezar con la exploración. Durante quince minutos revisó todo con una delicadeza y una profesionalidad fuera de serie.

Cuando terminó y me dijo que todo estaba perfectamente curado y sin secuelas, no pude más y me eché a llorar en los brazos de Hope.

La doctora me explicó que a partir de ese momento ya podía hacer una vida totalmente normal. Eso incluía montar a caballo y mantener relaciones sexuales sin problema. Y de las dos cosas me alegré muchísimo, porque estaba deseando volver a practicarlas.

Capítulo 21



Lily: *Maverick, ya he salido de la doctora y está todo perfecto.*

Maverick: *¿De verdad? ¿O solo me lo dices para que no me preocupe?*

Lily: *De verdad, quédate tranquilo, todo está curado y no tengo ninguna secuela.*

Maverick: *Joder… menos mal, ya puedo respirar tranquilo, estaba de los nervios y muy preocupado.*

Lily: *Yo también, pero saber que estoy bien y que no tendré ningún problema en el futuro me ha hecho sacar al menos tres piedras de la mochila, ya casi está vacía y en parte es gracias a ti.*

Maverick: *No digas eso, tú sola eres la que las estás sacando poco a poco. Eres muy* fuerte, *Lily, además de muchas otras cosas.*

Lily: *Yo las saco, pero tú me has ayudado a sostener el peso. Te quiero.*

Maverick: *Yo también te quiero pequeña, estoy deseando que vuelvas para darte un abrazo.*

Lily: *Yo también quiero abrazarte y darte mil besos, pero tendremos que esperar hasta esta tarde. Ahora vamos a buscar a mi madre y a Ava para*

terminar con las compras.

Maverick: *Pasadlo bien y tener cuidado.*

Lily: *Ah… otra cosa, en casa todos saben que estamos juntos casi desde el principio, Ava y mi madre me lo han dicho cuando veníamos de camino.*

Maverick: *Ja, ja,* ja, ¿en serio? *Joder en esta familia no se puede tener un secreto.*

Lily: *En serio, me he quedado a cuadros y ni te imaginas el interrogatorio que me han hecho cuando les he confirmado que sí que era verdad, total, negarlo no habría servido de nada.*

Maverick: *Pues me alegro de que lo sepan, así no tendremos que escondernos más y podré besarte cuando me dé la gana sin tener que estar conteniéndome todo el tiempo, o cogerte de la mano como me apetece hacerlo cuando paseamos o en casa cuando vemos la tele, por ejemplo. ¿Tú estás bien con que lo sepan?*

Lily: *Pues sí, es liberador, así yo también podré abrazarte y besarte cuando me apetezca.*

Lily: *Cariño, te dejo, que ya hemos llegado a la tienda donde están mi madre y Ava.*

Maverick: *Lo dicho, pasadlo bien y tened cuidado. Un beso.*

Lily: *Hasta la tarde. Un beso.*

El rato que pasamos de compras fue fabuloso. Compramos varias cosas para la celebración del cumpleaños de Maverick, que sería el fin de semana, y aunque estábamos a lunes, en mi familia nos gustaba preparar todo con tiempo.

A todos nos encantaba decorar la parte trasera de la casa, donde estaba el jardín y donde solíamos hacer las celebraciones. Además de la familia,

también venían algunos amigos y vecinos cercanos. Siempre se organizaba una barbacoa, aparte de los muchos platos que preparaban mi madre y mi tía.

En esta ocasión yo también me había ofrecido a ayudar en la cocina. No llegaba a su nivel, pero me defendía bastante bien.

También aprovechamos para comprar los regalos de cumpleaños. Yo ya tenía muy claro qué quería regalarle desde hacía tiempo y fui directa a por ello.

Le compré una camisa negra de vestir para cuando saliéramos alguna noche a cenar o a tomar algo con Hope y Liam, y unas botas de montar nuevas en las que pedí que grabaran su nombre junto a la silueta de un caballo. Estaba segura de que le iban a encantar.

Además, le cogí un colgante con un corazón partido a la mitad: él tendría una parte y yo me quedaría con la otra. Por detrás mandé grabar nuestros nombres. Puede que pareciera un poco cursi, pero me dio igual. A mi madre, a mi tía y a Hope les encantó la idea, así que eso terminó de convencerme.

Ya cansadas de tantas compras, dejamos todos los paquetes en el coche y nos fuimos a comer. Habíamos visto un restaurante italiano mientras paseábamos de tienda en tienda y tenía muy buena pinta, así que decidimos probar. Fue un acierto total: todo estaba delicioso, pero lo mejor fue el rato que compartimos las cuatro juntas, riendo y hablando sin prisas.

A las cuatro de la tarde dimos la jornada por terminada y volvimos al rancho cantando al ritmo de la música que pusimos en la ranchera de Maverick.

Llegamos a la casa y paré en la misma puerta para poder descargar todas las bolsas, entre las cuatro y con la ayuda de Grayson, que bajó a echarnos una mano, apenas tardamos nada. Me despedí de todos y fui al garaje a dejar la camioneta.

Me acerqué con pasos lentos hasta la valla del circuito donde Maverick entrenaba con Tormenta y me senté a observarlos a los dos juntos. Era un

auténtico espectáculo. Parecía que habían nacido para ser caballo y jinete: se entendían a la perfección y sus movimientos eran sincronizados, precisos, ejecutados con una armonía casi perfecta.

Maverick entrenaba a los caballos dependiendo de lo que los dueños que se los traían quisieran, bien para correr en carreras, para ser caballos de salto o simplemente para ser compañeros de paseo. Los que criábamos en el rancho, todos eran para carreras o salto, esos eran los que más demandaban y era a lo que siempre se había dedicado mi familia. Aunque también vendíamos los potrillos después del destete, porque todos eran pura sangre, los más valorados en el mercado.

Maverick estaba tan concentrado en lo que estaba haciendo que no se dio cuenta de mi presencia, pero Tormenta no tardó ni dos minutos en sentirla, dejándole de hacer caso a las órdenes que le estaba dando y relinchando fuerte, girándose en la dirección en la que yo estaba.

Tenía unas ganas locas de montar a Duquesa, pero al ser tan tarde ya lo dejaría para el día siguiente. Ahora que ya podía hacer vida normal sin riesgo de nada no pensaba dejar de montar a mi yegua o a cualquier caballo de los que entrenaba Maverick, y yo le estaba ayudando ni un solo día.

—Te ha olido en la distancia —me dijo Maverick cuando llegó a mi lado riéndose.

—Me adora —le contesté poniéndome de pie en la valla para acariciar el morro a Tormenta.

—No más que el dueño —me contestó agachándose un poco para darme un beso en los labios—. ¿Estás bien del todo entonces? ¿Puedes montar o tienes que esperar más? —me preguntó queriendo que le confirmara lo que ya le había dicho por teléfono, mirándome a los ojos.

—Puedo montar y voy a hacerlo ahora mismo —le respondí extendiendo los brazos hacia él para que me cogiera.

No dudó ni un segundo en hacer lo que le pedía, me agarró por las caderas y me sentó delante de él a horcajadas. Una vez bien colocada, me sonrió y me ofreció las riendas para que fuera yo la que dirigiera a Tormenta donde quisiera.

Empezamos a trotar despacio hasta que nos separamos lo justo de las vallas y llegamos al camino recto en el que podríamos correr a placer.

—Agárrate y espolea para ir al galope —le pedí volviendo un poco la cabeza y guiñándole un ojo.

Como la vez anterior, hizo lo que le pedí y después de espolear a Tormenta para que apretara el paso y se pusiera al galope, pasó sus manos por mi cintura, agarrándose a mí y pegando su pecho a mi espalda.

Disfrutamos de la galopada hasta que llegamos al lago donde, con una tirada suave de las riendas, el caballo fue bajando la intensidad de la carrera hasta que nos paramos totalmente, casi a la orilla. Maverick bajó primero para después agarrarme y bajarme a mí. Tormenta, en cuanto se vio libre de carga, se fue directo al agua a beber y a remojarse.

Nos sentamos a la sombra del árbol donde siempre lo hacíamos cuando veníamos al lago, y no habían sido pocas las veces en el último mes.

—Me alegro mucho de que estés completamente recuperada, Lily —me dijo Maverick acariciándome el pelo a la vez que me daba un tierno beso en los labios.

Me sentí valiente en ese momento y me senté a horcajadas sobre él y le devolví el beso, pero ese no fue como el anterior, enseguida se intensificó. Nos besamos con tal pasión que enseguida el deseo se apoderó de los dos, siendo incapaces de dejar de acariciarnos. Sus manos empezaron a recorrer mi espalda y mis costados, las mías se colaron por debajo de su camisa para acariciar su pecho.

Me vinieron a la cabeza en ese momento las palabras que Stella me repetía tan a menudo. *No tengas miedo, para borrar los malos recuerdos hay que*

crear nuevos que sean buenos.

Capítulo 22



—Lily, si no paramos ahora, no sé si seré capaz de contenerme, te deseo demasiado —me dijo Maverick antes de dejar de acariciarme, retirándome un poco para atrás.

Me fijé en sus ojos, sus pupilas estaban totalmente dilatadas, veladas por el deseo que sentía por mí y yo estaba de la misma manera. Lo deseaba como nunca había deseado a otro hombre. Decidí dejar mi mente en blanco y dejarme llevar por el deseo y los sentimientos que sentía por él.

—No quiero parar, quiero que me hagas tuya, quiero sentirte en todos los sentidos —le contesté envalentonada antes de sacarme la camiseta que llevaba puesta por la cabeza, quedándome en sujetador.

—Lily… ¿estás segura? Yo lo estoy deseando, pero si necesitas esperar más lo entiendo y esperaré lo que haga falta.

No le contesté con palabras, me levanté de encima de él, me quité las botas y me bajé los pantalones arrastrando mis braguitas con ellos. Eché las manos a mi espalda y en un segundo mi sujetador, que era la única prenda que me quedaba, cayó al lado del resto de mi ropa.

Maverick, al verme completamente desnuda, se puso de rodillas con rapidez y me acercó a él agarrándome de las caderas.

—Dios… eres preciosa, siempre lo has sido a mis ojos, pero verte así es un puto sueño —me dijo antes de acercar su boca hasta mis pechos.

Con su lengua, con pasadas lentas, empezó a chupar mis pezones por turnos, haciendo que se me pusieran más duros de lo que ya estaban. Segundos después empezó a succionarlos y morderlos, tirando con sus dientes lo justo para que el dolor que sentía se transformara en placer. Con una de sus manos empezó a acariciarme el trasero y con la otra los muslos, hasta que llegó a mi centro, el que acarició con mucho mimo con sus dedos, parándose lo justo con su pulgar en mi clítoris, tan despacio que era una auténtica tortura. Tanteó mi entrada y me metió muy despacio uno de sus dedos en mi interior, haciéndome soltar un jadeo mientras con mis manos le acariciaba el pelo.

—Si algo te molesta, dímelo y paro en el acto —me dijo separando su boca de mis pechos lo justo para hablarme.

—Sigue, por favor —le pedí con la voz velada por el deseo.

Y siguió, vaya si siguió, no paró hasta que consiguió que tuviera mi orgasmo en su mano mientras de mi boca soltaba un gran jadeo acompañado de su nombre.

—Me encanta cómo chillas mi nombre cuando te corres, quiero oírlo de nuevo, abre las piernas —me pidió con la voz totalmente ronca.

Accedí a su petición sin saber qué vendría a continuación. Cuando abrí las piernas, me cogió una y me la colocó en su hombro. Me agarró por el trasero con las dos manos antes de meter su cabeza entre mis piernas. La primera pasada de su lengua por mi clítoris, el que sopló un poquito después, me hizo soltar tal jadeo que le oí reírse flojito contra mi centro. Como había hecho anteriormente con sus dedos, no paró de mover la lengua y los labios en mi vagina, lamiendo y succionando de una manera tan increíble que pensé que me desmayaría de gusto. Apenas tardé tres minutos en tener un segundo orgasmo, esta vez en su boca, cuando eso pasó, no se retiró, lamió toda mi esencia sin dejar ni una sola gota.

—Totalmente deliciosa, desde hoy este es mi sabor favorito, al que me voy a hacer adicto y necesitaré probarlo a menudo —me dijo haciéndome soltar una risita.

Me arrodillé igual que lo estaba él y me lancé a sus labios, no hubo ternura en el beso, solo labios, saliva y dientes, los dos estábamos ardiendo de deseo. Bajé mis manos y sin dejar de besarnos, le desabroché con rapidez la camisa. Cuando acaricié su pecho desnudo, llegando hasta su abdomen, noté cómo se estremeció por mis caricias y eso me hizo sonreír interiormente. Bajé las manos y con destreza le desabroché los pantalones, tirando de ellos lo justo hacia abajo para liberar su miembro, que saltó fuera de su ropa como un resorte por lo duro que estaba. Pasé mi mano despacio de arriba abajo, apretando lo justo para darle placer, con mi pulgar acaricié en círculos su glande, notando en mis dedos la humedad de su líquido preseminal. Subí mi mano y me retiré de su boca unos segundos para lamer mis dedos, probando su sabor.

—Tú también eres delicioso —le dije con voz pícara mientras me relamía los labios.

Al verme hacer eso vi cómo sus preciosos ojos azules se volvían pura tormenta y su contención hasta ahí llegó. Se quitó la camisa de un tirón y la extendió en el suelo, me agarró por la cintura y con un giro rápido me tumbó en el suelo. Se sacó las botas tirándolas a un lado y se bajó los pantalones y la ropa interior para quitársela y dejarla tirada junto a la mía.

Metió una rodilla entre mis piernas para que las separara y se tumbó encima de mí apoyando una de sus manos en el suelo para no aplastarme.

—Iré despacio, si sientes la más mínima molestia, dímelo y pararé de inmediato —me dijo sin apartar sus ojos de los míos, en ellos había deseo, mucho, pero también amor, de ese había mucho más.

Metí una de mis manos entre los dos y agarré su miembro para acercarlo a mi vagina, empecé a frotarme con él de arriba abajo. Los jadeos de los dos se sincronizaron por el placer compartido. Después de un par de minutos de esa

tortura que nos dio placer a los dos, saqué mi mano y sin apartar mi mirada de la suya, le dije:

—Hazlo, hazme tuya.

Ni un segundo se lo pensó, guio su miembro hasta mi entrada y entró despacio, mirándome en todo momento para leer en mis ojos si había algún rastro de molestia, pero cuando llegó hasta el fondo, al ver en mis ojos que todo estaba bien y que quería más empezó a moverse despacio, saliendo de mí casi en su totalidad para volver a entrar otra vez hasta el fondo. Al notar cómo mis caderas se iban tras él cuando se retiraba, aceleró el ritmo, pero vi cómo necesitaba ir más allá y se estaba conteniendo por mí.

—No te contengas, dame más, más fuerte, más rápido —le pedí mordiendo su labio inferior antes de volver a besarle.

Dudó solo unos segundos, pero el deseo era más fuerte que la contención y empezó a moverse como le había pedido, con embestidas profundas, más rápidas y con la fuerza justa para en pocos minutos llevarnos a los dos a tocar el cielo juntos, compartiendo, al menos para mí, el mejor orgasmo de mi vida.

Al terminar, no salió de mi interior, solo se puso de lado arrastrándome con él abrazándome contra su pecho.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado buscando mi mirada.

—En la vida he estado mejor —le dije sonriendo a la vez que le acariciaba la cara, me hizo gracia, pero no me reí cuando le vi soltar el aire que estaba conteniendo—. Definitivamente, este lugar se ha vuelto mi favorito de todo el rancho —añadí haciéndole reír.

—Mi lugar favorito eres tú —me contestó besándome en los labios.

El beso que pretendía ser tierno y corto enseguida subió de intensidad, noté cómo su miembro, que aún seguía en mi interior se había recuperado con rapidez y ya estaba otra vez totalmente duro.

Le empujé por el pecho, haciendo que se tumbara en el suelo de espaldas, poniéndome a horcajadas sobre él. Empecé a moverme lentamente arriba y abajo, apoyando mis manos en su pecho.

—Dios, Lily… me matas de placer —me dijo jadeando y subiendo sus caderas para ir detrás de mí cuando subía.

—Espero no matarte, solo hacerte disfrutar porque quiero que estos momentos los tengamos el resto de nuestra vida juntos —le dije bajando la cabeza para volver a besarle.

En pocos minutos los dos volvimos a dejarnos ir juntos compartiendo un nuevo orgasmo alucinante.

Como estábamos sudados y llenos de tierra, decidimos darnos un baño en el lago para limpiarnos un poco y refrescarnos. Aunque estábamos entrando ya en el verano el agua todavía estaba bastante fría, pero a ninguno de los dos le importó, sobre todo porque apenas lo notamos los primeros minutos al entrar. Después, la temperatura subió, y no la del agua, sino la de nuestros cuerpos, y no pudimos resistirnos a volver a unirnos otra vez dentro del agua. En el camino de vuelta a las cuadras, los dos fuimos disfrutando del paisaje a lomos de Tormenta.

Dicen que las comparaciones son odiosas, pero en este caso yo no pude evitar pensar y comparar a los dos únicos hombres con los que había estado, al menos voluntariamente, en mi vida.

Maverick era apasionado, generoso, tierno y fogoso a la vez. Me había tratado de una manera tan especial, preocupándose de mí y de mi placer en todo momento, que hasta ganas de llorar me entraron de lo feliz que me sentí.

En cambio, Levi salía perdiendo en todos los sentidos. Pocas veces, o ninguna, se preocupó por si yo llegaba o no a culminar, demostrando el egoísmo que lo definía.

No tenían nada que ver el uno con el otro. Eran como la noche y el día. Levi era oscuridad, la misma que llevaba dentro. Maverick era la luz. Mi luz.

Capítulo 23



La semana se me pasó volando, entre el trabajo con Liam por las mañanas, en el que estuvimos a tope. Diez partos en cuatro días, además de los cuidados diarios como vacunas, revisión de herraduras, dos torceduras en las patas de dos caballos y un cólico bastante fuerte en una yegua, esa semana fue de locura.

Lo mejor de todo fue el miércoles cuando Liam me llamó por la tarde cuando estaba con Maverick en la pista de carreras y me pidió que me acercara a las cuadras porque tenía que enseñarme algo importante. Maverick y yo nos preocupamos al instante y casi a la carrera llegamos hasta allí en pocos minutos. Aún me emociono recordando lo que pasó.

—¿Qué ocurre, Liam? ¿Dónde estás? —le preguntamos los dos a la vez nada más entrar porque no le veíamos.

—Venid al cubículo de Duquesa, estoy aquí —nos pidió alzando la voz para que le oyéramos.

Al entrar, la sonrisa que tenía en la cara nos tranquilizó un poco porque si estaba así era porque no era nada malo, y vaya que no lo era, era todo lo contrario, era muy bueno, una noticia maravillosa para ser más exacta.

—Ven y escucha —me pidió con la mano para que me acercara a mi yegua, a la que estaba auscultando en ese momento.

Nada más ponerme el fonendo y escuchar con atención el interior de Duquesa, supe lo que pasaba y no me pude aguantar, me eché a llorar agarrándola por el cuello.

—¿Es lo que creo que es? —me preguntó Maverick abrazándome por detrás.

—Sí, vamos a ser abuelos. Jolín con Tormenta, la ha dejado preñada en un visto y no visto —le dije echándome a reír, haciéndoles reír a ellos.

—La he revisado a conciencia y está perfectamente, todo sigue su curso natural —nos dijo Liam, sabiendo que preguntarle cómo estaba sería mi siguiente pregunta.

—Gracias —le contestamos Maverick y yo a la vez, emocionados.

Volviendo al presente, en esos momentos estábamos todas las mujeres de la casa metidas en la cocina preparando algunos de los platos que serviríamos al día siguiente en el cumpleaños de Maverick, de la decoración nos ocuparíamos el mismo sábado, nada más levantarnos entre todos.

—Madre mía, creo que nos hemos pasado un poquito, vamos a estar comiendo sobras toda la semana —dijo Ava mirando la cantidad de cosas que teníamos casi listas encima de la mesa y estábamos envasando para dejarlas en la nevera hasta el día siguiente.

—Mejor que sobre que no que falte; además, te recuerdo que todos los hombres de esta casa, al que incluyo a Liam también, comen como limas, si sobra algo no creo que llegue más allá del martes —le respondió mi madre haciéndonos reír a todas porque tenía más razón que un santo.

Seguimos envasando todo hasta que terminamos y a continuación pusimos la mesa para cenar, mientras lo hacíamos, los hombres empezaron a llegar.

—Esta tarde te he echado de menos —me dijo Maverick al oído, agarrándome por detrás cuando entró antes de dejarme un suave beso en el cuello.

—Yo también —le contesté girando la cabeza para darle un suave beso en los labios— pero tenía que echar una mano aquí —añadí guiñándole un ojo.

Desde el lunes, que fue cuando nos acostamos por primera vez en el lago, todas las tardes de la semana, después de terminar nuestro trabajo, habíamos ido a nuestro sitio para estar solos y dar rienda a nuestra pasión. Pero ese día no había ido a ayudarle a la pista porque me había quedado con las mujeres para ayudar con la comida, por eso me decía que me había echado de menos.

Nos sentamos a cenar, compartiendo como todas las noches cómo le había ido el día a cada uno y lo que había hecho. Esos momentos de la hora de la cena eran muy especiales. Yo los miraba a todos y daba gracias cada día por la maravillosa familia que tenía.

Nada más terminar la cena, todos nos fuimos a descansar, queríamos estar bien descansados para la fiesta del día siguiente, que se alargaría hasta bien entrada la noche.

Nada más abrir los ojos esa mañana una sonrisilla se me escapó, pensando en lo que tenía pensado hacer unos minutos después. Me levanté con rapidez y pasé por el baño, allí dentro no tardé apenas nada, solo me lavé la cara, los dientes e hice mis necesidades.

Salí de mi habitación y caminé con sigilo por el pasillo, aún había bastante oscuridad porque el sol estaba saliendo. Llegué a la habitación de Maverick y abrí la puerta con todo el cuidado posible para no hacer el más mínimo ruido, cerrando una vez que me colé dentro de la misma manera.

Me acerqué a la cama por la parte de abajo y levantando un poco la sábana, me metí debajo y gateé hasta llegar hasta él, o más bien hasta cierta parte de su cuerpo que en esos momentos estaba tan dormida como él.

Bajé la cabeza y con mi lengua le di la primera pasada de arriba abajo por todo su miembro, noté cómo se removía aún en sueños, pero eso duró poco, porque cuando le succioné la punta de su miembro y pasé mi lengua en círculos por su glande, levantó la sábana de golpe hacia arriba y se me quedó mirando con los ojos abiertos como platos.

—¿Qué haces? —me preguntó con la voz enronquecida por el sueño y la excitación.

—Darte tu primer regalo de cumpleaños —le contesté separándome un poco— pero si no te gusta… —No me dejó acabar la frase hablándome bajito.

—Joder… cómo no me va a gustar, sigue, sigue —me pidió apretando los dientes para contener un jadeo cuando vio que, sin dejarle continuar, me metí su miembro entero en la boca.

Seguí, claro que seguí, aumentando el ritmo y llegando con su miembro hasta mi garganta a la vez que con una de mis manos le acariciaba los testículos.

—Lily, apártate, no aguanto más —me dijo llevándose un puño a la boca para morderse el mismo y que toda la casa no le oyera jadear.

No me aparté, seguí hasta que se vació en mi boca, tragándome toda su esencia. Cuando me retiré y le miré a la cara, todavía tenía la respiración acelerada y las pupilas totalmente dilatadas por el deseo. Alargó las manos y cogiéndome de las axilas, tiró de mí hacia él para besarme. El beso se alargó, haciendo que en pocos minutos volviera a estar excitado de nuevo.

—¿Te ha gustado mi regalo de cumpleaños? —le pregunté separándome de su boca.

—Es el mejor regalo que me han hecho nunca, firmaría ahora mismo por tener un despertar así todos los días —me dijo haciéndome reír—. Pero todo siempre se puede mejorar —añadió levantándose con rapidez y cargándome al hombro.

—¿Qué haces, loco? —le dije riéndome bajito.

—Vamos a la ducha, quiero darte las gracias por tu regalo —me contestó antes de meternos a los dos dentro y dar al grifo para que el agua empezara a caernos encima.

Tres veces me dio las gracias: la primera con sus dedos, la segunda con su boca y la última me cogió en brazos y apoyándome en los azulejos, me penetró de una sola estocada y me folló a un ritmo frenético sin parar hasta que no consiguió que nos corriéramos los dos a la vez de nuevo.

Todos juntos y coordinados decoramos el jardín, que quedó precioso, con farolillos y sacamos los manteles de colores que habíamos comprado. Como hasta última hora de la tarde no empezaría la fiesta, al terminar de decorar, cada uno nos fuimos a nuestras tareas.

—Lily, ¿puedes salir un momento? Alguien pregunta por ti —me dijo Liam asomándose al cubículo en el que estaba vendando la pata del caballo que tenía una torcedura.

—Un minuto que acabo esto y voy —le contesté dando la última vuelta a la venda antes de fijarla.

Salí de las cuadras muerta de curiosidad. ¿Quién querría verme?, me pregunté. Cuando vi a las dos personas que me estaban esperando afuera, lo primero que hice fue echar a correr hacia ellos y abrazarlos llorando de emoción.

—¿Pero qué hacéis aquí? ¿Cómo sabíais la dirección? —les pregunté secándome las lágrimas de la cara.

—Tu abuelo nos invitó a la fiesta de cumpleaños de Maverick y no lo dudamos ni un segundo, queríamos conocer a tu familia y venir a ver cómo estabas —me contestó Stella limpiándose las lágrimas que le caían de la emoción igual que a mí.

—Me alegro tanto de que hayáis venido, tenía muchísimas ganas de veros —le contesté volviéndoles a abrazar.

—Nosotros a ti también, niña —me dijo Luke acariciándome el pelo.

—Stella, Luke, él es Liam, el novio de Hope, un buen amigo y mi compañero de trabajo. Liam, ellos son mis salvadores —los presenté.

Se saludaron entre todos y estuvimos hablando un ratito entre los cuatro. Les enseñé las cuadras y se quedaron maravillados con todos los caballos y las yeguas que teníamos allí.

—Vamos a buscar a Maverick a la pista, estará a punto de terminar, aquí la hora de la comida es sagrada y cumplimos un horario —le dije riéndome.

Llegamos a las vallas y cuando vieron al fondo a Maverick a lomos de Tormenta corriendo de una manera tan bestial, levantando el polvo del camino a su paso, se quedaron con la boca abierta.

—Madre mía, es una auténtica maravilla verlos a los dos correr juntos —dijo Luke con sincera admiración.

Maverick, en un momento en que giró la cabeza y nos vio, movió las riendas y azuzó a Tormenta para llegar corriendo hasta nosotros. Cuando frenó justo al lado de las vallas, se bajó de un salto y Stella jadeó llevándose las manos al pecho al ver el dominio que tenía.

—Feliz cumpleaños —le dijeron Luke y Stella cuando saltó la valla para ponerse a nuestro lado.

—Muchísimas gracias —les contestó antes de darle dos besos a Stella y un apretón de manos a Luke—. Menuda sorpresa, es un placer teneros por aquí.

—El placer es nuestro, el sitio donde vivís es una auténtica maravilla y por todas las cosas que nos ha contado Lily, teníamos muchas ganas de conocerlo, aparte de venir a veros a todos —le contestó Stella.

—Vamos a la casa y os presento a todos, estarán allí preparándose para comer —les pedí muy contenta, ellos asintieron y los cuatro nos fuimos charlando de todo un poco hacia la casa.

Capítulo 24



La comida con mi familia junto a Luke y Stella fue estupenda, los vi muy cómodos compartiendo espacio y la conversación se dio de manera natural. Les dieron las gracias varias veces por haberme ayudado en Nueva York, sobre todo mis padres.

Por la tarde dimos un largo paseo por los terrenos del rancho y les enseñé los maravillosos rincones que tenía mi hogar, incluido el lago, del que se quedaron enamorados por el precioso paisaje.

Charlamos mucho. Yo les pregunté por su vida en la gran ciudad y la verdad es que me dijeron que no había muchos cambios en ella. Luke seguía a diario atendiendo pacientes y Stella con su trabajo en casa con el ordenador, que es lo que hacía desde hacía ya muchos años.

Aunque llevaban, al parecer, una vida rutinaria, no era del todo cierto, porque solían salir mucho al teatro, a cenar con amigos o irse el fin de semana a recorrer y ver sitios nuevos, disfrutando de la gastronomía del lugar o de sus monumentos y paisajes.

Creo que no os lo he mencionado en ningún momento, pero ellos no habían tenido hijos, no porque no quisieran, sino porque Luke no podía tenerlos. Eso para él fue un palo muy grande cuando se hizo las pruebas y le dieron los resultados, pero con la ayuda de Stella consiguió superar el mal trago.

Llevaban al parecer un par de años en lista de espera para adoptar. Como les daba igual la edad del niño o niña, eso les había hecho subir mucho en la lista porque la mayoría de la gente quería bebés. Ese mismo día me contaron que ya estaban con las entrevistas previas a la adopción, así que el momento que tanto llevaban esperando cada vez estaba más cerca.

Llegó la hora de empezar la celebración de cumpleaños de Maverick y el jardín estaba lleno de gente.

Aparte de toda mi familia, en la que incluía a Luke, Stella y Liam, se unieron, por supuesto, los padres y los tíos de este último. También habían venido cuatro familias de vecinos cercanos con los que mis padres y mis tíos tenían mucha amistad.

Algunos amigos de Hope, que antes de irme también lo habían sido míos, se alegraron mucho de mi vuelta cuando me vieron. Me pidieron que retomáramos la amistad y que estaría bien salir algún día a bailar y a tomar unas copas, a lo que acepté encantada.

Y por supuesto no faltó a la celebración Naomi, como buena amiga de Maverick que era.

La barbacoa estuvo al cargo de mi padre, de mis tíos y de Luke, que se unió a ellos. Lo de cocinar no era lo suyo, como ya os dije, ahora lo de dar vueltas a las chuletas en la parrilla se les daba de maravilla.

La mesa que pusimos, que parecía no tener fin de lo grande que era, estaba llena de comida a reventar y en otra mesa aparte, un poco más pequeña, estaban todas las bebidas.

La música de fondo que sonó en todo momento, aun siendo bastante animada, estaba a un volumen perfecto para disfrutar de ella, pero también para poder charlar con normalidad, pudiéndonos oír los unos a los otros perfectamente.

—¿Lo estás pasando bien? —me preguntó Hope.

—Sí, estoy un poco abrumada por estar entre tanta gente, pero nada que no pueda controlar —le dije para que se quedara tranquila.

Haber estado más de un año sin tener contacto con nadie me había hecho ser más retraída, me sentía abrumada y fuera de lugar desde que la fiesta había empezado, pero intenté disimular todo lo que pude.

—Cuesta, ¿cierto? —me preguntó con un susurro Stella, que se había puesto a mi lado y no la había visto venir.

—Parece que siempre sabes cómo me siento —le contesté susurrando también.

—Porque ya he pasado por esto y veo en tu mirada cómo te estás sintiendo, parece que me estuviera mirando en un espejo, reviviendo lo mismo de años atrás. Las primeras reuniones con la familia y con los amigos me costaron muchísimo y eso que yo no pasé por ningún encierro como tú, así que me puedo imaginar las ganas que tienes de que esto termine para poder estar un rato sola.

—Me siento rara, es como si me costara seguir las conversaciones —le dije sincerándome.

—Tranquila, pasará, te lo aseguro. Llegará un momento en el que volverás a ser la misma y todas estas cosas solo serán un mal recuerdo. Llevas un ritmo muy bueno en tu recuperación, estar con Maverick te está haciendo mucho bien igual que a mí me pasó con Luke.

»Aunque a mí me costó mucho más que a ti abrirme a él y sobre todo tener relaciones. Supongo que conocerle de toda la vida ha hecho que sea más fácil.

—Estoy muy bien con él y me trata fenomenal —le respondí sonriendo, Stella se acercó a mí y me pasó su brazo por los hombros, acercándome a ella para darme un beso en la cabeza.

—¿Quién es la chica que está hablando con Maverick? —me preguntó Stella.

—Una arpía de cuidado que quiere cazarle —le contestó Hope, que había vuelto a ponerse a nuestro lado después de ir a coger un refresco de la mesa y había oído la pregunta de Stella.

—Cuidado con ella —me dijo Stella muy seria.

—Siempre estuvo detrás de Levi, fue su objetivo desde el instituto, supongo que al marcharnos cambió de objetivo y ahora sus miras están puestas en Maverick —le dije para que estuviera al tanto de la historia.

—Es una ambiciosa que siempre ha querido cazar a uno de los dos, según las mujeres de la ciudad Levi y Maverick son los mejores partidos de la zona y de varias de las que nos rodean —añadió Hope poniendo cara de asco mientras la miraba.

La misma cara de asco que estaba poniendo yo al verla cómo tocaba a Maverick a la más mínima oportunidad y cómo intentaba captar su atención en todo momento. No se había separado de él desde que había llegado, ni tampoco había hablado con nadie más de todos los que estábamos allí. A Maverick le había visto reírse varias veces a carcajadas por algo que ella le había contado.

Él me había dejado claro que solo era una amiga y que no quería nada con ella, pero al parecer Naomi no había querido aceptarlo y seguía haciendo cualquier cosa por tenerle pendiente.

—Ya conozco a todos en esta fiesta menos a ella, voy a que me la presente —dijo Stella, empezando a andar en la dirección en la que estaban los dos. Alargué la mano para pararla, pero no me dio tiempo. Hope tiró de mi mano para seguirla.

Llegamos hasta donde estaban los dos riéndose mientras brindaban con una copa que tenían en la mano. Ver a Maverick, que estaba bastante perjudicado por el alcohol, hizo que se me encogiera el estómago. Los recuerdos de Levi cargado de alcohol hasta las cejas me vinieron de golpe y mi cuerpo se tensó de tal manera que tuve que agarrarme al brazo de Hope.

—¿Qué ocurre? —me preguntó murmurando Hope. No pude contestarle, pero cuando me vio la cara entendió perfectamente lo que me estaba pasando.

—Maverick, ¿no me presentas a tu amiga? Es a la única a la que me queda por conocer —le dijo Stella con voz calmada; o eso pensarían los demás, yo la conocía lo suficiente para saber que estaba alterada viéndole en ese estado, seguramente pensando en cómo me estaba sintiendo yo al verle así en ese momento.

—Claro, Stella, ella es mi buena amiga Naomi —le contestó arrastrando las palabras.

—¿No te parece que ya has tomado bastante? Como sigas a este ritmo, vas a tener que subir a gatas las escaleras —le dijo Stella muy seria.

—Es su cumpleaños, tiene derecho a divertirse. Que algunas no prueben el alcohol porque le traiga malos recuerdos, los demás no tenemos por qué hacer lo mismo —contestó Naomi por él.

Me di cuenta enseguida de que, al decir eso, Naomi sabía lo que me había pasado y quise que la tierra me tragara. De todos los presentes que estaban al tanto del infierno que había vivido, solo Maverick hablaba con ella; por lo tanto, tenía que haber sido él quien se lo hubiera contado. Me sentí tan traicionada que tuve que hacer un gran esfuerzo para no echarme a llorar allí mismo.

—¿Qué pasa, Maverick que el alcohol ha hecho que se te suelte la lengua y has hablado de lo que no debías? —le preguntó Hope enfadada.

—Somos los mejores amigos, Maverick confía en mí y me cuenta todo —dijo Naomi sonriéndonos a las tres.

Maverick estaba tan borracho que parecía no enterarse de nada de lo que estábamos hablando. No contestó a la pregunta de Hope ni dijo nada sobre lo que acababa de afirmar Naomi; ni lo confirmó ni lo negó. Era como si la cosa no fuera con él.

—Maverick, acércate, hijo, es la hora de soplar las velas y de darte los regalos —le pidió tío John desde la mesa de la comida donde la gente estaba poniendo sus regalos.

Naomi le agarró de la mano y tiró de él para llevarle hasta donde estaba la gente rodeando la mesa, esperándole.

—No saques conclusiones precipitadas, me da la sensación de que Maverick esté así no es una casualidad —me dijo Stella agarrándome de la mano para acercarnos hasta donde estaban todos.

—Opino lo mismo, en la vida había visto a Maverick borracho, ni siquiera contentillo, si él nunca bebe más de dos cervezas y parece que hoy se ha bebido la barra de un bar entero.

—Eso puede ser cierto, pero ella sabe lo que me ha pasado o al menos parte de ello. Nadie de la familia se lo ha contado, de eso estoy segura, así que ha tenido que ser Maverick —les dije negando con la cabeza.

—Te repito que no saques conclusiones precipitadas y espera a que esté sobrio para hablar con él, esa muchacha se pasa la vida rondando por el rancho y la casa. Ha podido oír alguna conversación de cualquiera —dijo Stella, convencida de la inocencia de Maverick.

—Stella tiene razón, esa zorra está todo el día merodeando por aquí, ha podido escuchar alguna de las conversaciones que hemos tenido detrás de una puerta o desde otra habitación —añadió Hope.

—Está bien esperaré a mañana para hablar con él —les dije a las dos, que asintieron con la cabeza, conformes con mi respuesta.

Ambas tenían razón, la posibilidad que me plantearon era totalmente probable porque era cierto que Naomi se pasaba todos los días un rato por el rancho para ver a Maverick. Aunque en la última semana, como todas las tardes, nos habíamos ido al lago, no se habían visto apenas, solo un día a la hora de comer y otro que ella misma se autoinvitó a cenar.

Capítulo 25



Mi madre sacó de la cocina la enorme tarta que le había preparado con todas las velas ya encendidas. Todos empezamos a cantarle el cumpleaños feliz mientras Maverick no dejaba de reírse. No supe si era porque estaba muy feliz o porque el alcohol le hacía comportarse de ese modo, ya que la verdad era que en la vida le había visto estar de esa manera.

Maverick no es que fuera un hombre serio e introvertido, pero sí era mucho más discreto y contenido de lo que había demostrado durante toda la fiesta. Charló de forma animada con todos los que se le acercaron e incluso hizo muchas bromas, haciendo reír a los presentes que en algunas ocasiones le miraban como si le hubieran salido cuernos en la frente, porque no estaban acostumbrados a verle en ese estado.

La gente empezó a darle sus regalos, lo que más abundó fueron prendas de ropa, también un par de perfumes, un sombrero nuevo, un reloj precioso por parte de mis padres, una pulsera de cuero y plata de parte de Ava y Henry. El abuelo Grayson le regaló un móvil nuevo, ya que el suyo, por el polvo de los campos, le funcionaba cada vez peor. Liam y Hope le regalaron una cámara de fotos que le encantó.

Cuando le llegó el turno a Naomi y le dio sus regalos, sí, regalos, lo he dicho bien, porque tenía en sus manos dos paquetes, uno grande y otro bastante pequeño. Supe definitivamente que estaba intentando boicotear nuestra relación.

Le regaló unas botas muy parecidas a las que yo le había comprado, pero de mucha mejor calidad y que también llevaban grabado su nombre y dos caballos en un lateral, uno blanco y otro negro, exactamente como Duquesa y Tormenta. A Maverick le encantaron y allí mismo se quitó las que llevaba y se las puso.

Su segundo regalo fue un colgante de oro de un caballo que parecía estar de pie sobre sus patas traseras. En esa ocasión fue la propia Naomi la que le pidió que se agachara un poco para ponérselo en el cuello. Cuando se levantó, Maverick miró el colgante, le dio un beso y se lo metió dentro de la camisa.

A continuación, abrazó a Naomi y le dio dos besos en las mejillas agradeciéndole sus regalos, muy contento porque según le dijo, le habían encantado.

Mi mirada se fue directamente a mi madre y a Ava, que en vez de mirar a Maverick cómo seguía abriendo regalos, las dos me estaban mirando a mí con mucha tristeza en sus ojos, negando con la cabeza, seguramente pensando en lo mal que me estaba sintiendo en esos momentos.

Pues sí, me sentía como una mierda desde que había empezado la fiesta y cada minuto que pasaba mejoraba por momentos —nótese mi ironía—. Me encogí de hombros y yo también negué con la cabeza para que vieran que lo hecho, hecho estaba y no se podía hacer otra cosa.

Ya solo quedaban de darle sus regalos uno de los matrimonios vecinos y yo.

Pero después de lo que había pasado, de ninguna manera le iba a dar mis regalos para que parecieran dos copias baratas de los de Naomi. Como tenía la bolsa con ellos en una de las sillas del jardín, fui con rapidez y saqué el paquete en el que estaba envuelta la camisa.

No me había dado cuenta de que Hope había venido detrás de mí adivinando mis intenciones. Me cogió la bolsa de las manos con los otros dos regalos y me dijo.

—Yo los guardaré, esa hija de puta te ha jodido la sorpresa y la noche, pero esto no se va a quedar así. —Estaba verdaderamente enfadada y no quería que acabara discutiendo con Maverick, así que intenté que se calmara.

—Hope, ya da igual. Déjalo estar, ¿sí? No quiero discusiones a mi alrededor —le dije, sabiendo que eso la echaría para atrás porque sabía cómo me alteraban las riñas y las voces, ella asintió y se marchó dentro de la casa con las bolsas.

—Ten, espero que te guste —le dije a Maverick, al que me había acercado para darle mi regalo.

Abrió el paquete y al ver la camisa, pude ver en sus ojos que sí que le gustaba, eso me hizo respirar un poco más tranquila y le sonreí asintiendo. Pero la sonrisa duró poco en mi cara cuando la señorita Naomi tuvo que abrir su bocaza y joder el momento.

—Para ser su chica no te has estirado mucho, ¿no? ¿Qué pasa, que estás ahorrando para volver a largarte a Nueva York? Que la camisa no está mal, pero podías haber cogido otro color, azul, por ejemplo. Ese habría hecho juego con sus ojos y le hubiera quedado mucho mejor.

Todos los que estaban a nuestro alrededor enmudecieron de golpe. Pasé la mirada con rapidez por todos ellos y vi que estaban expectantes, esperando a ver cuál iba a ser mi contestación. En los ojos de Hope había ira contenida, en los de Stella puro fuego, en los del resto de mi familia un enfado general y en los de Maverick desconcierto y curiosidad, aguardando mi respuesta.

—Tienes razón —le contesté, cogiendo la camisa de las manos de Maverick—; lo de los regalos no es mi fuerte, es el tuyo. —Me di la vuelta con la camisa en la mano y se la puse a Liam antes de decirle—. Es tan negra como tus ojos, a ti te quedará estupenda.

Me di la vuelta y oí cómo varios de los presentes empezaban a murmurar, pero preferí no saber qué decían. No me dio tiempo a llegar ni a la puerta de la cocina cuando noté pasos a mi espalda, bastante torpes, por cierto, y supe de inmediato quién era.

—Lily espera —me dijo Maverick agarrándome del brazo.

—¿Qué quieres? —le pregunté soltándome de su agarre y cruzándome de brazos.

—¿Qué te pasa? Cualquiera diría que estás celosa, Naomi solo es una amiga, ya lo sabes —me dijo mirándome con el ceño fruncido.

—No estoy celosa, Maverick, yo sí sé que es una amiga, la que parece que no lo sabe es ella. Durante toda la fiesta no se ha despegado de ti en ningún momento, a la vista de todos, parece que tu pareja es ella y no yo. ¿En algún momento has pensado cómo podría estar sintiéndome yo?

»No te molestes en contestar, ya lo hago yo por ti, la respuesta es no. Pero no te preocupes, no estoy enfadada, entiendo que no tienes por qué estar pendiente de mí todo el día, hoy es tu cumpleaños y tienes todo el derecho del mundo a celebrarlo como más te plazca.

Cuando le dije eso le vi que me miraba con intensidad, pero se quedó unos segundos pensando, como si estuviera intentando procesar todo lo que le acababa de decir. Con la cantidad de alcohol que llevaba en el cuerpo, era normal que le costara hasta seguir la conversación, así que no se lo tuve en cuenta.

—Vuelve a la fiesta, Maverick, ya hablaremos mañana —añadí dándome la vuelta para marcharme.

—Lily… —Oí que iba a empezar a decirme algo y giré la cabeza para mirarle, pero Hope le interrumpió.

—Maverick vuelve al jardín, el anfitrión no puede abandonar la fiesta. —Las palabras de Hope sonaron más a orden que a petición y Maverick, con un gesto de resignación, asintió no sin antes mirarme a los ojos en los que pude ver arrepentimiento, pero también confusión, esa seguramente estaba ahí porque su cabeza no coordinaba como debería.

—Lily, ¿estás bien? ¿Dónde vas? —me preguntó Hope, preocupada.

—Estoy bien, tranquila, solo necesito despejarme un poco, daré una pequeña vuelta y enseguida vuelvo —le contesté sonriendo para dar más veracidad a mis palabras.

—No pienso dejarte sola, está todo muy oscuro, no hablaré si es lo que quieres y necesitas, pero déjame acompañarte —me rogó y yo asentí con la cabeza.

No habíamos dado ni dos pasos cuando oímos varios pasos que se acercaban y las dos nos dimos la vuelta para ver quiénes eran.

—Cariño, me marcho ya, mis padres y mis tíos están cansados y voy a llevarlos a casa —le dijo Liam a Hope, acercándose a nosotros con su familia detrás.

—La verdad es que es bastante tarde, venga, os acompañamos hasta el garaje —le contestó a Liam, pero mirándome a mí para preguntarme con la mirada si iba con ellos.

—Sí os acompañaremos hasta allí; además, creo que la camioneta de Maverick está delante de tu coche y hay que moverla para que puedas salir. Espera un segundo que cojo las llaves —le dije abriendo el cajón donde estaban todos los juegos de llaves de los vehículos para coger las de la camioneta.

Con las llaves en la mano, los seis nos dirigimos hasta el garaje. Entre ellos iban comentando lo bien que había estado la fiesta, por mi parte no dije ni una sola palabra, solo escuché y asentí cuando me preguntaban algo.

Me despedí de todos dándoles dos besos y un abrazo antes de montarme en la camioneta para sacarla fuera del garaje y que Liam pudiera salir. Casi todos los que habían venido a la fiesta lo habían hecho en coche y el garaje estaba en esos momentos a tope. Di al mando para que la puerta grande se abriera y salí colocándome a un lado para dejar espacio a Liam.

Sentada en el asiento del conductor, vi cómo Hope se despedía de los padres y los tíos de Liam y también de él, al que besó con pasión antes de

separarse. Verles así me hizo sonreír por lo mucho que me alegraba por ellos, desde luego que estaban hechos el uno para el otro.

Cuando Liam y su familia salieron despidiéndose de mí con la mano, maniobré y marcha atrás, volví a meter la camioneta en el garaje. Apagué el motor y me bajé dejando las llaves puestas porque seguramente habría que volver a moverla para que salieran el resto de los coches.

Capítulo 26



—Quería volver, pero le ha dicho que no anduviera viniendo otra vez hasta aquí, es tarde y seguramente la fiesta no tardará en acabar —me dijo Hope mientras andábamos hacia la puerta pequeña del garaje para salir.

—Pues sí, en lo que les deja y vuelve, ya apenas quedará nadie —le contesté.

—¿Vamos a dar un paseo o prefieres que subamos a la buhardilla a tomarnos una taza de chocolate? —me preguntó agarrándome del brazo.

—Una taza de chocolate estaría muy bi… —No pude terminar la frase porque a solo un paso delante de nosotras alguien bloqueaba la puerta de salida y cuando le vi me quedé petrificada.

—Lily, ¿qué te ocurre? —me preguntó Hope, preocupada, puesto que aún no se había dado cuenta de que no estábamos solas allí dentro porque me iba mirando a mí al hablar y no al frente.

Hope me miró a los ojos y cuando vio el terror que estaba sintiendo en esos momentos reflejado en ellos fue cuando giró la cabeza y miró al frente para ver qué o quién era lo que me había hecho ponerme en ese estado. Al verle soltó un jadeo y su cuerpo se tensó tanto o más que el mío.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le preguntó voceando.

—Yo también me alegro de verte, hermanita —le contestó Levi antes de echarse a reír de una manera que le helaría la sangre a cualquiera.

Conocía de sobra esa manera de reírse, la había oído en tantas ocasiones en el último año que no era para nada desconocida para mí, era la risa de cuando estaba drogado hasta más no poder. Aunque en esa ocasión no parecía que lo hubiera mezclado con alcohol como solía ser habitual en él.

Yo que pensé que la noche no podría ponerse peor, pues me había equivocado por completo, tener a Levi delante era el broche final para una noche de mierda.

—¿Qué quieres, Levi? —Me atreví a preguntarle.

—Ya sabes lo que quiero, por tu culpa me dieron una paliza que me tuvo una semana en la cama, tienes que volver para pagar lo que debo —me dijo tan campante como si me estuviera diciendo que esa misma mañana había llovido.

—No está mal que por una vez probaras de tu propia medicina, yo no estuve solo una semana en la cama por tus palizas, estuve muchas, tantas que hasta perdí la cuenta.

Ya te puedes largar por donde has venido porque no pienso volver a Nueva York por nada del mundo y muchísimo menos contigo. Si tienes deudas, pon tu culo y págales tú —le dije muy enfadada, no pensaba ni callarme ni amilanarme. No volvería a dejarle hacerme daño, bastante me había hecho ya.

—Levi, lárgate, como los demás se enteren de que estás aquí las cosas se van a poner muy feas para ti —le dijo Hope, agarrándome del brazo para que nos echáramos un poco para atrás.

—¿Sí? ¿Y quién va a venir a detenerme? ¿Maverick? Seguramente en este momento ya esté en la cama durmiendo la mona. Era el único que podría enfrentarme, por eso me he encargado de que se quedara fuera de juego.

»Los demás son demasiado viejos, ninguno es rival para mí —dijo carcajeándose—. Qué fácil ha sido tumbarle, una pastillita, cuatro copas y ya

no vale para nada —añadió riéndose más.

Las dos nos miramos y comprendimos en el momento lo que había pasado, si Levi no había estado en la fiesta para hacerle eso él mismo a Maverick, solo podía haber sido otra persona.

—Naomi —dijimos las dos a la vez.

—Pues claro que ha sido Naomi, esa zorra haría cualquier cosa por ser algún día parte de esta familia, es lo que siempre ha querido. Solo me la he tenido que follar un par de veces para que accediera a ayudarme.

»En cuanto ha visto que ella salía tan beneficiada como yo, ha accedido encantada. No ha cambiado nada, en el instituto le hacía lo mismo para conseguir de ella lo que me daba la gana.

Hope y yo nos miramos y pensamos lo mismo, cómo podíamos haber estado tan ciegas con Levi, tenía engañado a todo el mundo. Enterarme así de sopetón que en el instituto, mientras estaba conmigo, se acostaba con Naomi para conseguir lo que le daba la gana, me dio tanto asco que me faltó menos y nada para vomitarle encima.

—¿Y qué es lo que se supone que saca ella de todo esto? —le preguntó Hope.

—Joder, hermanita, y yo que pensé que siempre habías sido la más lista de los dos. ¿No está claro? Ella me ha ayudado a dejar a Maverick fuera de juego para que yo me pueda llevar a Lily sin tener que enfrentarme a él, arriesgándome a que jodiera mis planes.

»Ella a cambio conseguía lo que quería, quedarse con él sin que aquí la niñita —dijo apuntándome— esté en medio estorbando.

—Pues te la has follado para nada porque no pienso ir contigo ni a la vuelta de la esquina —le dije mirándole con asco.

—Vas a venir por las buenas o por las malas, tú eliges —dijo antes de echarse las manos a la espalda y sacar una pistola.

—¡Tú estás loco! ¿Por qué coño llevas una pistola? —le dijo Hope muy alterada, poniéndose delante de mí para enfrentarle.

—Hope… no te acerques a él —le pedí tirando un poco de su brazo para atrás.

Había llegado a conocer a Levi tan bien en los dos años que tuve que estar bajo sus garras, que sabía de sobra que no dudaría en disparar a quien fuera que se interpusiera en su camino, incluida su propia hermana.

Su siguiente movimiento no lo vimos venir ninguna de las dos, se abalanzó contra nosotras y a Hope la tiró al suelo de un empujón. A mí me agarró del pelo por detrás haciendo muchísima fuerza para pegarme a su pecho.

—¡Suéltala! —chilló Hope mientras se ponía en pie.

—Camina sin hacer ninguna chorrada y móntate en la camioneta o le pego un tiro —me dijo Levi dándome un empujón en dirección a la camioneta de Maverick mientras levantaba la mano para apuntar a Hope con la pistola directamente en el pecho.

—Lily… no lo hagas —me rogó Hope.

—¡Que te calles, joder! —le chilló Levi acercándose más a ella sin dejar de apuntarle.

—No tenía que haber vuelto, os he puesto a todos en peligro, lo siento —le dije mirándola con los ojos llenos de lágrimas.

Empecé a caminar hacia la camioneta, por nada del mundo dejaría que Levi le hiciera daño a Hope, así tuviera que pasar otros dos años por el mismo calvario. La miré a los ojos y sin hablar le dije que no se preocupara y que la quería, Hope me miró con horror al ver lo que había decidido hacer; irme con Levi para protegerla.

—¡No, no, no, Lily! —chilló Hope intentando acercarse a mí.

—Joder, te lo avisé, que no chilles, coño —le dijo Levi antes de darle con la culata de la pistola en la cabeza.

Vi cómo a cámara lenta Hope caía al suelo inconsciente, corrí hacia ella y me agaché a su lado llorando.

—¿Por qué has hecho eso? Es tu hermana —le dije llorando mientras miraba a Hope a ver si respiraba, por suerte así era. Mi primer pensamiento al verla caer es que la había matado, y eso sí que no me lo perdonaría en la vida.

—Solo está inconsciente por el momento, súbete a la puta camioneta o le pego un tiro. No te lo voy a volver a repetir, tú verás si quieres cargar con su muerte en tu conciencia —me dijo acercándose a Hope para apuntarle a la cabeza.

—Ya voy, pero no le hagas más daño, por favor —le rogué antes de levantarme del suelo y con pasos rápidos, montarme en la camioneta en el lado del copiloto donde Levi me había indicado.

Se montó en el lado del conductor y dio al mando de la puerta mientras arrancaba, esperó agarrando el volante y la pistola a la vez y, en cuanto la puerta se abrió lo suficiente, salió quemando rueda.

—No hagas ninguna tontería por el camino, si te escapas, me atacas o intentas avisar a alguien daré la vuelta y los mataré a todos. Te aseguro que tengo balas de sobra —me dijo tocándose la camisa, donde sonaron ruidos de metales chocando entre sí, que claramente eran balas.

No le contesté, me acurruqué en el asiento, apoyé la cabeza en la ventanilla y cerré los ojos. Por mi mente solo pasaba un pensamiento: *tienes que protegerles, tú no importas*.

Capítulo 27



Hope

Antes de abrir los ojos lo primero que hice fue llevarme la mano a la cabeza, me dolía horrores al lado de la sien, en la parte derecha. *¿Me habría caído de un caballo?*, me pregunté, siendo lo más lógico para mí en esos momentos por el dolor que sentía.

Con gran esfuerzo abrí los ojos y lo primero que vi fueron las ruedas traseras de un coche, el de mi padre, de eso no tuve duda. Fruncí el ceño y pensé: si el coche está ahí, no podía haberme caído de un caballo; entonces, ¿qué me habría pasado?, me volví a preguntar.

Apoyé las manos en el suelo y aunque estaba un poco mareada, conseguí sentarme, moví la cabeza e hice un barrido visual de lo que me rodeaba, coches y camionetas, el garaje, pensé. Estaba en el garaje, pero ¿por qué? Apenas un segundo después, la respuesta llegó sola a mi cabeza y solté un jadeo llevándome la mano al pecho.

—Lily… —dije en alto antes de echarme a llorar al recordar todo lo que había pasado.

Lo primero que apareció en mi cabeza fueron sus ojos rogándome que no hiciera nada, pidiéndome perdón, diciéndome en silencio que me querría siempre y al final, diciéndome adiós, sabiendo que, si se montaba en la camioneta de Maverick con Levi, sería la última vez que nos veríamos, porque

irse con él significaba la muerte. Bien porque la matara él mismo a golpes o porque como me había dicho ella en alguna de las ocasiones que hablamos, que, antes de volver a pasar por el mismo infierno, se quitaría la vida, porque no sería capaz de pasar por lo mismo otra vez.

Lo primero que se me pasó por la cabeza fue montarme en alguno de los coches que había allí y salir conduciendo a toda velocidad para alcanzarles. Miré mi reloj y vi que no habían pasado ni quince minutos desde que se habían marchado, si pisaba el acelerador a tope, podría alcanzarlos.

Me levanté del suelo tambaleante, recorriendo con la mirada los coches para decidir cuál podría ser el más rápido. Pero al dar un paso para verlos mejor noté cómo el mareo volvía con fuerza. El cabrón de Levi me había dado bien fuerte y, si me sentaba al volante y me mareaba en plena carretera, podría tener un accidente y no sería capaz de alcanzarlos.

Descarté la idea y, con pasos lentos, me dirigí hasta la puerta grande que seguía subida. Tenía que avisar a mi familia de lo que había pasado para que alguno de ellos sacara un coche y pudiera ir detrás de Lily para salvarla de las garras del cabrón de mi hermano.

Salí del garaje y bajo la oscuridad de la noche, que solo estaba alumbrada por la luz del porche que siempre dejábamos encendida, me acerqué a la casa más lenta de lo que me hubiera gustado. Me costaba dar un paso tras otro, la neblina que tenía en la cabeza me hacía ver el suelo como si estuviera flotando.

Después de lo que me parecieron horas —aunque en realidad solo habían sido unos pocos minutos— abrí la puerta de la cocina, la más cercana. Me apoyé en el marco para no caerme, porque cada segundo que pasaba el mareo era más intenso.

Vi que aún estaban todos en el jardín. Mi madre, tía Amelia y Stella recogían los platos con la ayuda de tío John y Luke. El abuelo, Williams y mi padre despedían a los pocos invitados que quedaban, que se marchaban por la puerta principal.

Giré la cabeza y vi que, en uno de los sofás de jardín, estaba sentado Maverick con la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos cerrados, seguramente intentando que no le diera vueltas por el alcohol y las drogas que había ingerido sin saberlo. A su lado, la desgraciada de Naomi le masajeaba las sienes para aliviarle el dolor. *Dolor iba a sentir ella cuando la cogiera*, pensé.

Williams, el abuelo y mi padre entraron otra vez en el jardín y fue precisamente mi padre el que me vio ahí apoyada y dio un grito alertando a todos los demás de mi presencia.

—¡Hope! ¡Dios mío! ¿Qué te pasa? —dijo mientras venía corriendo hacia mí, llegando justo a tiempo para agarrarme por la cintura, evitando que me cayera al suelo.

Se hizo el silencio al oír a mi padre chillar y verle correr, ni dos segundos después reaccionaron y todos, menos Naomi, echaron a correr en nuestra dirección y nos rodearon.

—¡Virgen santa! Tiene sangre en la cabeza —dijo tía Amelia llevándose las manos al pecho de la impresión.

—Henry, vamos a llevarla a uno de los sofás —le dijo Luke, agarrándome por el lado contrario al que lo estaba haciendo mi padre.

—¿Qué te ha pasado, niña? —Oí que me preguntaba el abuelo, pero no fui capaz de contestarle, la vista se me empezó a nublar y tenía un zumbido muy raro en los oídos.

—Stella, mi maletín está en el coche, corre a por él —le pidió Luke a su mujer.

—Dadle unos momentos, ahora mismo no puede hablar, está mareada —añadió Luke, contestando a mi abuelo e informando a los demás.

Noté cómo me tumbaban y alguien, supuse que fue Luke, me retiraba el pelo del lado de la cabeza donde me dolía un montón. Había oído decir a mi

madre que tenía sangre, pero ni cuenta me había dado cuando me toqué en esa parte de la cabeza nada más despertarme.

—Amelia, un vaso de agua, por favor —le pidió Luke a mi tía.

Luke me cogió las piernas y me tumbó todo lo larga que era en el sofá, poniéndome un cojín bajo los pies para que los tuviera en alto. Stella llegó corriendo y le entregó a Luke el maletín que supuse siempre llevaba en el coche, sacó una linterna y me la pasó por los ojos. Sacó lo que parecía un brazalete de tela y me lo puso en el brazo. Esperó unos segundos a que eso hiciera su función y dijo:

—Tiene la tensión un poco alta, pero nada preocupante, y el pulso acelerado, pero seguramente es por la subida de adrenalina —dijo Luke mientras me auscultaba.

—Bebe, despacio —me dijo, acercándome el vaso de agua que había traído mi tía, poniéndomelo en los labios.

Al estar en esa posición y después de beber el agua, empecé a encontrarme mejor y agarrando la mano de Luke, le pedí en un susurro que me ayudara a sentarme. Lo hizo y al estar recta, ya me encontré mucho mejor.

—¿Estás mejor? —me preguntó y asentí con la cabeza.

—Voy a mirarte la cabeza, ¿vale? No te muevas —volví a asentir.

Empezó a revisarme la herida y me dijo que podía estar tranquila, que era un corte superficial que no requería puntos; me lo limpió un poco y no hizo falta ni ponerme un apósito.

—Tenemos que irnos ya —le dije recuperando la voz.

—¿A dónde? —me preguntó John.

—¿Dónde está mi hija? Estaba contigo, ¿no? —me preguntó Amelia y al oírla mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Hope, ¿dónde está Lily? ¿Le ha pasado algo? —me preguntó Maverick muy nervioso. Me lo quedé mirando y vi que la borrachera que tenía antes ya se le había pasado o al menos en parte, porque hablaba con claridad y tenía la mirada totalmente limpia y centrada.

Vi cómo Naomi pasaba por detrás de todos para salir por la puerta sin que nadie la viera. No estaba bien del todo, pero me dio igual, me levanté de un salto y en dos zancadas la alcancé y agarrándola de los pelos, tiré de ella hasta que la tumbé en el suelo.

—¡Hope! ¿Qué haces? —me preguntó John.

—¡Por su culpa! ¡Se la ha llevado por su culpa! —chillé fuera de mí, mientras la golpeaba con las manos, pero no pude darle todo lo que quería y se merecía porque mi padre me agarró por la cintura y me separó de ella.

—¿Quién se ha llevado a quién? —me preguntó el abuelo frunciendo el ceño confundido.

—Levi se ha llevado a Lily en la camioneta de Maverick, él y esta zorra lo han planeado todo. Ella tenía que drogar, emborrachar y distraer a Maverick para que no pudiera ayudar a Lily —le dije llorando.

—¿Dónde? ¿Dónde se la ha llevado? —me preguntó mi tía chillando y llorando.

—A Nueva York, ha venido a buscarla para volver a llevarla con esos hombres otra vez para que acabe de pagar sus deudas. Tenemos que irnos ya, hace ya mucho que se han ido —le dije empezando a andar hacia la puerta.

—Hope, espera. ¿Ha sido él? ¿Él que te ha pegado? —me preguntó Stella.

—Sí, me dio con la pistola que llevaba, le dijo a Lily que si no se montaba en la camioneta, me mataría. Ella no dudó, se despidió de mí con la mirada y se montó sin decir ni una palabra. No va a dejar que la violen otra vez, si no la mata Levi por negarse, se quitará la vida ella misma, me lo dijo.

—Henry… mi niña… otra vez no —le rogó Amelia a mi tío llorando de manera desgarradora.

Naomi seguía tirada en el suelo, mientras Luke la sujetaba por un brazo. John a su lado hablaba con rapidez por teléfono, pero no pude distinguir con quién hablaba, aunque no tardó en sacarnos de dudas.

—He llamado al sheriff, viene de camino, antes de salir dará la orden de busca y captura con los datos de la camioneta de Maverick, si pasan por algún control de carreteras, les detendrán —nos explicó.

—Yo no me pienso quedar aquí esperando a que los encuentren de casualidad, voy a buscarla, no puedo perderla —dijo Maverick con decisión antes de entrar en la casa corriendo.

Todos vimos cómo subía las escaleras a toda prisa, miré confusa a mi madre, que negó con la cabeza, al igual que hizo Amelia.

—¡Maverick, baja tres más! Tus tíos y yo vamos contigo —le gritó su padre desde la puerta.

—¿A dónde ha ido? —preguntó Stella confusa.

—A mi despacho —contestó el abuelo.

—Luke, cuida de mi hija, por favor. Hope, cuéntale al sheriff todo lo que ha pasado, ¿vale? —dijo mi padre entrando en la casa.

Mi padre, Williams y John entraron con rapidez dentro de la casa y todas las mujeres y el abuelo les seguimos, no sabíamos qué estaba pasando y nos mirábamos confusas las unas a las otras. Pero un minuto después, Maverick bajó las escaleras con la misma rapidez con que las había subido, en sus manos bajaba cuatro armas que al menos yo no tenía ni idea de la clase que eran ni de dónde las había sacado.

—¿Dónde vais con eso? —les preguntó Stella, alucinada.

—Si él va armado, nosotros también; además, no sabemos si está solo o alguien más está con él. No pienso arriesgarme —le contestó Maverick repartiendo las armas a mi padre y a mis tíos.

—¿Sabéis usarlas? —pregunté preocupada.

—Claro que sabemos, niña, es de las primeras cosas que aprendimos cuando vinimos a vivir aquí. Teníamos que estar preparados por si alguien quería hacernos daño, robarnos o vete tú a saber qué —me contestó el abuelo, tranquilizándome un poco.

—Hope, ¿cuánto hace que se la llevó? —me preguntó Maverick abriendo la puerta.

—Desde que me golpeó hasta ahora, no más de cuarenta minutos, más o menos —le respondí mirando el reloj.

—No nos sacan mucha ventaja; si no pisa mucho el acelerador, con uno de los coches podremos alcanzarle. Además, la camioneta estaba baja de combustible, tiene que parar a repostar, eso nos dará más ventaja.

—Maverick, tened mucho cuidado, mi hermano estaba fuera de sí y desesperado, además iba muy drogado —le dije muerta de miedo.

—No te preocupes, la traeré de vuelta, aunque sea lo último que haga. Ahora que es mía no pienso perderla, es mi vida. Será mi mujer y la madre de mis hijos —dijo con tal convencimiento que todos nos miramos y sonreímos al ver cuánto la quería y que sería capaz de dar la vida por ella si fuera necesario, aunque esperábamos que no tuviera que llegar a esos extremos, claro.

—Vámonos, llevaremos dos coches, es lo mejor —dijo tío John saliendo por la puerta seguido de los demás.

—Henry, tú vas conmigo; Maverick, tú irás con tu padre. —Eso fue lo último que le oímos decir a Williams antes de verlos alejarse corriendo en dirección al garaje. Ni cinco minutos después vimos desde la puerta cómo dos

de los coches salían del rancho a toda velocidad, dejando una nube de polvo en el camino y la preocupación e incertidumbre de qué pasaría en todos nosotros.

Entramos dentro y mi madre empezó a preparar infusiones para todos. El abuelo no dejaba de caminar de un lado a otro mientras Stella acariciaba la espalda a tía Amelia, intentando tranquilizarla. Luke seguía teniendo a Naomi sujeta por el brazo, pero ya no estaba en el suelo, sino de pie apoyada en la pared. Y yo… yo solo podía rezar y pedir a quien fuera que me estuviera escuchando que volvieran todos a casa sanos y salvos.

Capítulo 28



No podía dejar de pensar en mi familia, a la que seguramente no volvería a ver nunca más. La preocupación que tenía por Hope me tenía los nervios de punta y el corazón encogido. Tenía la esperanza de que se hubiera despertado pronto o que alguien, al pensar que tardábamos mucho, nos hubiera ido a buscar y la hubiera encontrado, lo que fuera, pero que estuviera bien, eso era lo único que me importaba.

Pensé en mis padres, en mis tíos y en el abuelo, en el disgusto que se llevarían cuando se enteraran de lo que había pasado. Mi madre estaría destrozada pensando en lo que me tocaría volver a pasar, ojalá pudiera decirle que se quedara tranquila porque eso no iba a pasar de ninguna manera. Como le había dicho a Hope en alguna ocasión, no dejaría bajo ningún concepto que ningún hombre, bien fuera Levi, sus amigos o esos hombres a los que le debía dinero, volviera a abusar de mí, antes me quitaría la vida.

Stella y Luke también sufrirían mucho cuando supieran que Levi me llevaba con él otra vez a la casilla de salida, a mi mazmorra, a mi cárcel, a mi infierno particular en la tierra. Ella me pediría que aguantara, me recordaría que era fuerte, que luchara. Pero yo no era tan fuerte como todos creían. Ya no podía aguantar más y no me quedaban fuerzas para seguir luchando contra mi verdugo.

Pensaba en todos mientras seguía encogida en el asiento, pero en quien más pensaba era en Maverick. El amor de mi vida. Sí, podía decirlo en mayúsculas si hiciera falta, porque lo era, o al menos así lo sentía.

Mi corazón y mi cabeza estaban de acuerdo en que siempre lo había sido, pero por mi estupidez y mi ceguera juvenil no lo había visto antes. Si lo hubiera hecho, qué distintas podrían haber sido las cosas… Llevaríamos juntos muchos años y habríamos disfrutado de tanto, sobre todo en el rancho, que para los dos era el mejor lugar del mundo.

Me lamenté en silencio y me cagué en el destino, en Levi y en mi mala suerte. Por culpa de ellos ya no podría disfrutar de una vida junto a él. Habíamos tenido tan poco tiempo… Apenas nos había dado margen para disfrutar el uno de la compañía del otro. Nos quedaban tantas cosas por hacer: casarnos, tener hijos, cabalgar juntos hacia nuestro futuro sin soltarnos la mano.

Ni tiempo a decirle que lo amaba me había dado. Si pudiera pedir un deseo en esos momentos en los que viajaba hacia mi final, sería poder verle una última vez, aunque fueran cinco minutos, para decirle que lo amaba con todo mi corazón y que los días que había pasado a su lado habían sido los mejores de mi vida.

—No estarás pensando en tu amorcito, ¿verdad? —me dijo Levi riéndose.

—A ti qué coño te importa —le contesté sin mirarle.

No vi venir el golpe, pero tampoco fue algo que me sorprendiera. Había recibido tantos por su parte, sin ni siquiera abrir la boca, que aquel incluso me lo esperaba por haberle contestado así.

El revés que me dio con la mano me partió el labio y me dejó un poco aturdida, pero como en otras ocasiones, sobre todo durante las últimas palizas que me dio, no me quejé. No serviría de nada, así que no tenía ninguna intención de gastar saliva ni fuerzas en ello.

—Al final el cabrón se salió con la suya —dijo con desprecio.

—¿De qué hablas? —le pregunté sin mirarle mientras me limpiaba la sangre de la boca con el dorso de la mano.

—Lleva toda la vida amándote, esperando una oportunidad para hacerte suya, pues se va a joder, porque no volverá a verte nunca más —dijo carcajeándose como un loco.

—¿Lo sabías? —le pregunté fulminándole con la mirada.

—Claro que lo sabía, era tan patético —dijo riéndose más alto—. Siempre mirándote con ojos de carnero degollado, suspirando a tu paso y retirando la mirada cuando nos veía juntos por el daño que eso le hacía.

—Nunca me has querido, solo estuviste conmigo para joderle —le dije afirmando, porque por sus palabras no me hizo falta preguntarlo, era evidente.

—Pues claro, él era feliz en el rancho, tenía todo lo que quería: una familia que le quería, un trabajo que era su sueño, sus adorados caballos. No podía permitir que te tuviera a ti también. Si hubiera sido así, tendría una vida ideal mientras yo me moría de asco en el puto rancho, era justo que se jodiera con algo, como lo hacía yo teniendo que aguantar una vida que no me gustaba.

—Eres un cabrón demente y retorcido —le dije clavando mi mirada llena de odio en la suya.

Volvió a darme otro revés, esta vez mucho más fuerte que el anterior, y me hizo rebotar contra la ventanilla. Levanté la mano y me toqué el pómulo, donde el anillo que llevaba me había cortado; cuando la retiré vi que sangraba bastante y tuve que limpiarme con el bajo de la camiseta.

—Ni se te ocurra ponerte a llorar, no soporto tus lamentos —me dijo con desprecio.

—No pienso llorar, por tu culpa hasta las lágrimas se me han acabado —le contesté.

—Estás muy contestona, más te vale que te portes bien y ni rechistes cuando lleguemos a casa porque si no ya sabes lo que te espera.

—Mi casa es el rancho, y si esperas que vaya a colaborar para pagar tus deudas, ya te puedes sentar porque te vas a cansar de estar de pie esperando —le respondí encogiéndome de hombros.

—Lo harás por la cuenta que te trae, si no, volveré y los mataré a todos —me dijo intentando meterme miedo, pero ni eso sentía ya.

—Antes de que les toques un pelo, te mato yo a ti —repliqué, volviendo a mirar por la ventana.

—Qué graciosa eres, no has sido capaz de devolverme ni un solo golpe en dos años y ahora piensas matarme —me dijo agarrándose la barriga, muerto de risa.

Le había dicho a Hope en nuestras conversaciones que me quitaría la vida antes de dejarme tocar otra vez, pero en el rato que llevaba en el coche me había dado cuenta de que eso sería egoísta por mi parte. Además, con eso pondría a todos en peligro.

Levi no dudaría en ir a vengarse al no haberse salido con la suya; los mataría a todos o al menos lo intentaría, o también podría coger a Hope para que ocupara mi lugar. Estaba tan perturbado que cualquier cosa era posible y eso sí que no pensaba consentirlo.

Yo no saldría viva de esa situación, pero me lo llevaría a él por delante.

—Hijo de puta —dijo dando un puñetazo al volante muy enfadado.

Le miré levantando una ceja interrogante, porque no tenía ni idea de qué le pasaba ahora para ponerse así, como tampoco sabía a quién estaba insultando.

—Hablo de tu noviete. Con el dinero que tiene el cabrón, y es un agarrado de mierda, tiene la camioneta en la reserva, joder. —La carcajada me salió sola y Levi giró la cabeza con rapidez, fulminándome con la mirada.

—¿De qué coño te ríes? —me dijo antes de darme el tercer golpe en la cara, pero ni con eso consiguió que dejara de reírme, me estaría chalando tanto

como él, me pregunté.

—De las tonterías que dices, de eso me río. Fíjate que no pensar en ti y tener el depósito lleno, desde luego qué desconsiderado es. Aparte de haberte dejado el depósito lleno, ya de paso te podía haber dejado en la guantera un fajo de billetes, ¿no? —le respondí con ironía, doblándome de la risa.

—No te mato a golpes porque me haces falta, que si no —me contestó tirándome del pelo fuera de sí.

—Si me matas, estás muerto, bueno, en realidad ya lo estás desde que se te ocurrió la genial idea de volver a ponerme una mano encima —le contesté encogiéndome de hombros.

—¿Y quién me va a matar? ¿Maverick? Eres una ilusa si piensas que puede siquiera rozarme —me dijo tirándome más fuerte del pelo.

—Ya lo veremos —le dije agarrándole la mano y clavándole las uñas para que me soltara.

—Zorra, me has hecho daño —me dijo dándome un puñetazo en la cara que ya ni sentí, tenía tan dolorida la cara que ya no notaba los golpes.

—Por una vez me alegro de haber sido yo la que lo haga y no la que lo reciba —le contesté, pero ni me escuchó; estaba tan pendiente del testigo de la gasolina que no dejaba de parpadear que ya ni escuchaba ni veía más allá.

Cinco minutos después, centré la vista al frente y vi que había una gasolinera; Levi también la vio y se echó a reír.

—La suerte siempre está de mi lado —dijo para sí mismo y yo puse los ojos en blanco, pero no le dije nada, buena gana de contestar bobadas.

—Ni se te ocurra moverte del asiento —me dijo apuntándome a la cabeza con la pistola antes de bajarse para echar gasolina.

Capítulo 29



En cuanto se bajó de la camioneta y fue a buscar al chico que estaba atendiendo a otro conductor, abrí la guantera y empecé a mover todas las cosas que tenía allí Maverick. Recé y recé mientras lo movía todo para que hubiera algo que me pudiera servir de arma, no íbamos a llegar a Nueva York, eso lo tenía claro, haría lo que hiciera falta.

Papeles, más papeles, joder, no había nada, mi desesperación iba en aumento y mi corazón bombeaba a toda velocidad, pero alguien de allí arriba debió de echarme una mano o quizás el destino estaba así escrito, porque cuando levanté el último papel y unos guantes que había, vi que algo brillaba, sí, joder, sí, era una herradura.

Nada más sacarla, la reconocí enseguida porque yo misma se la había dado un par de semanas atrás para que fuera a encargar una caja de ese modelo en concreto a la tienda de la ciudad donde las comprábamos siempre. Era un modelo que no solíamos usar con todos los caballos, pero que a Tormenta, por ser más grande que cualquier caballo que teníamos, le iba mejor. Ese día le habíamos puesto el último par que quedaba y cuando se lo dije, me pidió que le diera una de las viejas que le había quitado para que no hubiera confusión cuando él mismo fuera a comprarlas.

—Gracias, amor, por ser un fanático de los caballos —dije en alto aun sabiendo que Maverick no podía oírme.

Vi por el rabillo del ojo cómo Levi se acercaba con el chico encargado de repostar a los vehículos y a toda prisa metí los papeles de mala manera en la guantera y la cerré. Me escondí la herradura debajo de la pierna y me recosté en el asiento con los ojos cerrados.

Le oí cómo entraba en la camioneta y daba un portazo, seguramente para molestarme pensando que tenía ganas de dormir, sí, para dormir estaba yo, si de lo único que tenía ganas era de retorcerle el cuello.

—No te duermas, que un rato te toca conducir, estoy cansado, apenas he dormido las dos últimas noches, mierda de autobús, el asiento era muy incómodo —me dijo tan campante.

—A mí qué me cuentas, no hubieras venido; además, ¿por qué has venido en autobús? ¿Dónde está la otra camioneta? —le pregunté porque me extrañó mucho que hubiera venido en autobús con lo que los odiaba.

—La vendí, necesitaba dinero para comprar unas cosas —me dijo encogiéndose de hombros.

—Para comprar droga, seguro —le dije enfadada.

—¿Y a ti qué cojones te importa para lo que era? No tengo por qué darte ninguna explicación de lo que hago o no hago en mi vida —me contestó en el mismo tono de enfado.

—Es que no me importa y tampoco quiero una explicación. Esa mierda que te metes lo único que ha hecho contigo es joderte la vida, si no quieres verlo, allá tú.

—Qué sabrás tú —me dijo con desprecio— y cállate un rato, me duele la cabeza y no tengo ganas de oírte más —añadió.

No quería oírme, y yo a él menos, así que me recosté en el asiento y apoyé la cabeza en la ventanilla. El frescor del cristal me arrancó un suspiro de alivio. Me palpitaba el pómulo por la hinchazón que iba en aumento, igual que

el ojo, que apenas podía abrir porque el párpado tenía ya el doble de tamaño de lo normal.

El tiempo fue pasando, lento, casi agónico. El silencio que nos envolvía, sumado a la oscuridad de la noche, resultaba abrumador. Miré el reloj y vi que había pasado ya una hora desde la gasolinera, pero tampoco habíamos recorrido muchas millas. No sabía si era por el cansancio que decía sentir o por la poca visibilidad en la carretera, pero Levi conducía mucho más despacio que cuando habíamos salido del rancho.

Le miré de reojo y vi cómo se pasaba la mano por la cara y el pelo una y otra vez, nervioso. Le había visto hacer ese gesto tantas veces en el piso de Nueva York que sabía perfectamente lo que le ocurría: estaba con el mono.

Seguramente no llevaba droga encima y hacía muchas horas que no se metía nada; de ahí su nerviosismo, su falta de concentración y la cantidad de resoplidos y gruñidos que soltaba cada dos por tres.

Entonces vi el reflejo de unos faros en el retrovisor. Un coche se acercaba a toda velocidad, pero al llegar hasta nosotros se colocó detrás y aminoró la marcha, quedando a tan poca distancia que casi rozaba la parte trasera de la camioneta.

—Será gilipollas, venía a toda hostia y ahora frena y se nos pega al culo —dijo Levi entre dientes, agarrando el volante con fuerza.

Estaba en tal estado de nerviosismo que hasta una mosca que hubiera pasado a su lado le habría molestado. Siguió maldiciendo por lo bajo, dedicándole toda clase de insultos al conductor que venía detrás.

Me incorporé un poco hacia delante y presté atención al coche de atrás, mirando atentamente por el retrovisor para intentar ver algo más, aunque la verdad es que con un solo ojo —porque el otro lo tenía totalmente cerrado por la hinchazón de los golpes— resultaba difícil.

La luz de los faros me cegaba, pero no tanto como para no distinguir la matrícula, que fue lo único que pude ver, porque a la persona o las personas

que iban dentro, al estar a oscuras, no se les veía absolutamente nada.

Cuando reconocí los números, el corazón me dio un vuelco y el estómago se me contrajo. Yo conocía ese coche. Era el de John, el padre de Maverick. Tuve que contener el gemido que estuvo a punto de escaparse de mi boca y retener las lágrimas que se me formaron por la emoción.

Habían venido a buscarme. No sabía si Maverick iba también en el coche. No lo creí posible, porque el estado de embriaguez en el que estaba cuando lo había visto antes de irme con Hope era demasiado para que estuviera lúcido, ni para conducir ni para nada. Aunque él no estuviera, lo que estaba claro es que alguien de mi familia sí lo estaba, quizá mi padre, mis tíos o todos, pensé.

Eso quería decir que Hope estaba bien y que le había dado tiempo a avisarles de lo que había pasado y, al parecer, poco después de que nos fuéramos, porque no habían tardado nada en alcanzarnos.

Estaba pensando en todo eso cuando mi cuerpo se fue hacia delante bruscamente porque el coche, aunque no con mucha fuerza, nos embistió por detrás, haciendo que Levi diera un bandazo con la camioneta hacia un lado, pero aun con los pocos reflejos que tenía consiguió volver a ponerse recto en el camino otra vez.

—¡Qué cojones hace! ¡Está loco! —chilló Levi totalmente furioso.

Segunda embestida y volvió a perder un poco el control, pero volvió a controlarlo con más dificultad esta segunda vez. Levi pisó el acelerador intentando perder al coche, pero este también aceleró y vi por el retrovisor que tenía intención de volver a embestirnos para intentar que la camioneta se saliera de la carretera.

Una idea se me cruzó en ese momento por la cabeza y no la medité, no medí las consecuencias de lo que podría pasar si lo hacía, simplemente me dije: hazlo.

Agarré con fuerza la herradura por la parte redonda, quedando los dos picos hacia fuera, y me acerqué todo lo que pude sin que me viera Levi, que

solo estaba pendiente del coche mirando por su retrovisor. Esperé la embestida que sabía que llegaría antes o después y cuando noté el impacto levanté la mano y con toda la fuerza que fui capaz golpeé a Levi en la cabeza varias veces con la herradura.

Los siguientes minutos fueron puro caos y confusión dentro de la camioneta. Levi perdió el control y, aunque intentó frenar, por su falta de reflejos eso llegó demasiado tarde, haciendo que nos saliéramos de la carretera. Al chocar con el quitamiedos, la camioneta se frenó en seco.

Ninguno de los dos llevábamos el cinturón puesto. Él no se lo había puesto en ningún momento desde que salimos y yo me lo había quitado para tener más facilidad de movimiento cuando decidí golpearle para que pasara precisamente lo que había pasado: que volcáramos.

El impacto hizo que me golpeara contra el salpicadero, pero como sabía lo que iba a ocurrir, en el último momento había extendido las manos y pude amortiguar un poco el golpe y no llevármelo en la cabeza.

Me eché hacia atrás y me apoyé en el asiento antes de mirar hacia donde estaba Levi. Su cabeza descansaba contra el volante. Sangraba por varios sitios, pero no estaba ni muerto ni inconsciente, solo aturdido, porque vi cómo se movía intentando enderezarse, igual que había hecho yo.

Cuando se echó un poco hacia atrás, lo vi toser y de su boca brotó un chorro de sangre. Eso no era buena señal. Seguramente se había golpeado el pecho con el impacto y tenía una hemorragia interna, pensé.

Me giré para abrir la puerta y poder salir, pero no me dio tiempo. Alguien la abrió por mí.

—¡Lily! —gritó Maverick cuando abrió la puerta de un tirón.

Al oír su voz ya no pude hacerme más la fuerte, todo el miedo, los nervios, la angustia que había sentido desde que salí del rancho con Levi hicieron que me desmoronara echándome a llorar.

—Ya está, cariño, tranquila, ya estás a salvo, ven conmigo —me dijo agarrándome por las manos para ayudarme a salir del coche.

—Con cuidado, Maverick, no sabemos si tiene algo roto —oí que le decía su padre, volví la cabeza para mirarle y vi también a mi padre y a Henry.

Salí del coche y antes de lanzarme a sus brazos, porque necesitaba con urgencia tenerlo cerca, sentirlo, tocarlo y ver que era real y no un sueño, le dije:

—Te amo. —Sus ojos se llenaron de lágrimas al oírme, pero las contuvo para poder contestarme.

—Yo también te amo, más que a mi propia vida, iría al infierno si hiciera falta a buscarte —me contestó antes de abrazarme con suavidad.

—Allí es donde nos vamos a ir los tres esta noche. —Esas palabras fueron las últimas que oí por parte de Levi antes de sentir un golpe muy fuerte en la espalda acompañado de un ruido de detonación que nos hizo caer al suelo a Maverick y a mí.

El dolor que sentí era tan insoportable que no me dejaba ni moverme ni apenas respirar. Con todos los golpes que me había llevado en los últimos años de mi vida, aquel dolor que me atravesaba no era comparable a ninguno de ellos, era totalmente desgarrador y no lo pude soportar. No solo la oscuridad de la noche me envolvió allí, tirada en el suelo, sino la mía propia también.

No sabía si habían pasado minutos u horas cuando volví a abrir los ojos, saliendo del letargo oscuro en el que había estado. A mi alrededor solo podía ver a gente moviéndose y hablando en voz alta. Algunas voces me eran familiares, otras no.

No sabía qué estaba pasando, pero de lo que sí estaba segura es de que ya no estaba abrazada a Maverick. Intenté llamarle, pero de mi garganta no salió ni una sola palabra, solo un leve quejido, a la vez que movía la cabeza de un lado a otro intentando buscarlo con la mirada, pero fue en vano, no lo encontré.

El miedo a perderlo, a no poder verlo nunca más, hizo que me empezara a poner más nerviosa cada segundo que pasaba. Mi respiración empezó a acelerarse más y más y mi corazón a bombear a tal velocidad que podía notar las pulsaciones en mi pecho aun sin tocármelo.

—Lily, tranquila, respira despacio, cielo, o volverás a desmayarte —me dijo mi padre, que estaba arrodillado a mi lado.

—Cogedla despacio, no sabemos si tiene alguna lesión interna —dijo una voz desconocida mientras me levantaban para tumbarme en una camilla.

—Al otro chico ya se lo ha llevado la otra ambulancia, su padre ha ido con él. —Me quedé un momento pensando lo que decía y me pregunté: ¿qué otro chico? ¿Levi o Maverick? Porque allí estaban los padres de los dos.

Capítulo 30



Me subieron a la ambulancia y dejaron que mi padre subiera conmigo. El médico que estaba a mi lado, con una rapidez y profesionalidad increíbles, empezó a sacar cosas de una de las puertas que tenía a su espalda.

—Aguanta un poco, ¿vale? Tengo que comprobar si la bala te ha desgarrado algún músculo, intentaré que te duela lo menos posible —me dijo el chico con amabilidad, sonriéndome.

—¿Bala? —le pregunté confundida.

—Lily —me llamó mi padre para que le mirara—. Levi te disparó cuando saliste de la camioneta, ¿no lo recuerdas? —me preguntó.

Me quedé pensativa unos segundos y, por fin, los recuerdos vinieron de golpe a mi mente. No recordaba que me hubiera disparado porque estaba de espaldas a él, pero sí recordaba el sonido inconfundible del arma al dispararse. También recordaba el dolor insoportable que me había recorrido toda la espalda.

Pero lo que recordaba con más nitidez eran las últimas palabras que me había dicho Maverick mientras me abrazaba: «Yo también te amo, más que a mi propia vida, iría al infierno si hiciera falta a buscarte», palabras con las que me emocioné porque no fueron solo dichas con su boca, sino también con sus ojos, en los que pude ver sinceridad absoluta y amor, mucho amor.

Recordé que, ni un segundo después, fue Levi el que habló y rompió la magia del momento con sus venenosas palabras, diciéndonos que al infierno nos iríamos los tres esa noche.

Un pensamiento cruzó mi mente y me hizo ponerme a temblar, si la bala me había dado a mí en la espalda, ¿dónde estaba Maverick? ¿Le habría disparado Levi a él también después?

—¿Dónde está Maverick? —pregunté intentando incorporarme en la camilla, pero me fue imposible, un dolor horrible en el hombro me hizo chillar y volver a tumbarme de golpe.

—Tranquila, no te muevas, por favor, no tienes desgarros, pero sí una fuerte hemorragia. Te voy a poner un calmante para el dolor, pero procura moverte lo menos posible. Enseguida llegamos al hospital y en el quirófano te coserán por dentro y por fuera para parar el sangrado.

El médico hablaba, pero yo no podía prestarle atención, mi mente seguía en bucle en el mismo sitio, con la misma pregunta dándome vueltas una y otra vez: ¿dónde estaba Maverick?

—Papá, ¿dónde está Maverick? —volví a preguntarle, vi cómo desviaba la mirada y cómo se ponía nervioso.

¿Por qué se ponía nervioso y no quería mirarme a los ojos? ¿Qué era lo que no quería que viera en ellos? ¿Qué era o qué me estaba ocultando? Esas y muchas preguntas más se me pasaron por la cabeza en décimas de segundo al ver que mi padre dudaba y tardaba en contestarme.

—Papá, dime que no le disparó a él también, dime que está bien, dímelo, por favor —le rogué echándome a llorar.

—No le disparó —contestó aún sin mirarme, a la vez que se llevaba la mano a la cara y se la pasaba por ella con gesto cansado.

O eso pensaría cualquier persona que no le conociera, pero yo no. Le conocía lo suficiente para saber diferenciar sus gestos, llevaba toda la vida

viéndolos y ese gesto no era por cansancio, sino de preocupación y de nerviosismo. Eso me puso en alerta porque mi padre era una de las personas más calmadas del mundo y no se solía alterar con facilidad.

—Papá, cuéntamelo, por favor, necesito saberlo —insistí agarrándole de la mano y apretándosela.

—No le disparó, pero también salió herido. La bala que te disparó a ti atravesó tu cuerpo y acabó en el suyo —me dijo por fin mirándome y en sus ojos vi absoluta desolación y mucha preocupación, y no solo era por mí.

—¿Dónde? —Me miró confuso al no saber a qué me refería con ese «dónde»—. ¿Dónde le dio la bala? —le aclaré.

Vi cómo mi padre giraba la cabeza y miraba al médico, rogándole con la mirada que le ayudara a explicarme qué era lo que había pasado. El chico asintió con la cabeza diciéndole que se quedara tranquilo, que él lo haría.

—Lily, te llamas así, ¿verdad? —me preguntó mientras me cambiaba un montón de gasas que tenía en el hombro, encharcadas de sangre, por unas nuevas y volvía a taponar haciendo presión.

—Sí, cuéntemelo, doctor, necesito saber qué le ha pasado a Maverick.

—Te lo contaré, pero me tienes que prometer que intentarás estar tranquila —me pidió y yo asentí con la cabeza.

—La bala que te dispararon entró por tu espalda, justo por debajo de la clavícula; en ese lugar no hay hueso, por eso la bala entró y salió al no chocar con nada duro. Como el disparo fue tan de cerca, la bala llevaba mucha fuerza y, al salir, alcanzó al chico que te estaba abrazando.

—¿Dónde le alcanzó? —le pregunté ansiosa por saber, porque había visto que se paraba haciendo una pausa antes de seguir hablando, como si lo que vendría a continuación fuera difícil de explicar.

—En el pulmón, al haber perdido fuerza la bala en esta ocasión no salió como en tu caso, se quedó allí alojada.

—¿Ha muerto? —le pregunté desesperada, sin poder parar de llorar.

—No, no está muerto, pero sí bastante grave. Salió en otra ambulancia antes que nosotros, eso es todo lo que sé, no puedo contarte más, lo siento. Pero ten fe, es joven y fuerte, en el hospital intentarán hacer todo lo posible por él, eso te lo aseguro.

—Papá, no puede morirse, no puedo perderle —le dije a mi padre muy alterada, sin dejar de llorar.

—No se morirá, no le perderás —me dijo con rotundidad, no sabía si para convencerme a mí o a él mismo—. Quiero que me hagáis abuelo pronto, hace muchos años ya que en el rancho no hay niños y ya va siendo hora de que vuelva a llenarse de ellos como lo hizo en otra época —añadió sonriendo.

—Eso sería maravilloso —le contesté intentando sonreír.

—Lo será, estoy seguro, tú y Hope seréis tan buenas madres como lo han sido mamá y la tía Ava. Y Maverick será un padre estupendo, si trata con tanto amor y devoción a los caballos, no me quiero ni imaginar cómo lo hará con sus hijos y sus sobrinos —dijo soltando una risilla; pude ver cómo se lo estaba imaginando en su cabeza y lo feliz que le hacía ese pensamiento.

—Eso mismo le dije a Maverick el primer día cuando volví y le vi en la pista con Tormenta, que sería un padre maravilloso y, aun sin saber lo que pasaría entre nosotros, deseé que fuera él el padre de mis hijos. Lo amo, papá, lo amo con todo mi corazón —le dije a mi padre con un nudo en la garganta, pensando que cabía la posibilidad de que eso no pasara si el amor de mi vida moría y me dejaba sola.

—Sé que lo amas, cielo —me contestó mi padre, acariciándome el pelo—, igual que sé que él lleva amándote desde que era solo un crío. Siempre te miró como si fueras única en el mundo, como si fueras el más valioso de los tesoros.

»Tu madre y yo rezamos mucho para que tu mirada se posara en él y no en Levi, pero no siempre las cosas pasan cuando uno lo desea. Lo importante es que pasen, aunque tarden. Al final sí miraste en la dirección correcta, seréis muy felices juntos, estoy seguro.

Al nombrar a Levi, del que no me había acordado hasta ese momento, me vino a la cabeza la última imagen que tenía de él. Tumbado de mala manera en la camioneta, sangrando por la cabeza por los golpes que yo misma le había dado con la herradura y tosiendo sangre. Después de eso ya no volví a mirarle; nos disparó por la espalda y todo se volvió confuso.

—¿Levi? —le pregunté a mi padre con miedo, porque no sabía si me afectaría más saber que estaba bien o que no.

Mi padre me miró unos segundos antes de contestar.

—El golpe contra el volante fue muy fuerte, no llevaba el cinturón puesto y se dio en el pecho con muchísima violencia. Los médicos creen que en ese momento ya tenía una hemorragia interna muy grave —me explicó con voz tensa.

»Aun así, tuvo fuerzas suficientes para disparar… y acto seguido cayó al suelo. Murió allí mismo, desangrado por dentro.

Me quedé en silencio, asimilando sus palabras.

—¿Murió allí? —susurré.

—Sí, cariño. No sufrió mucho —añadió intentando tranquilizarme.

Respiré hondo, con una mezcla extraña de emociones atravesándome. No sentí alivio. Tampoco rabia. Solo una tristeza pesada por el chico que había querido una vez y que había terminado consumido por sus propios demonios.

—Yo no quería que muriera… —murmuré llorando de pena por el chico al que había querido en el pasado, que sí me había hecho sufrir más que nadie, haciéndome cosas horribles e imperdonables, pero nadie se merece un final así. Yo hubiera preferido que alguien le hubiera ayudado a curarse, porque sí,

estaba enfermo, las drogas, mezcladas con su manera de ser, habían hecho que a mí me llevaran a vivir un infierno y a él a la muerte.

Capítulo 31



—Ya hemos llegado, vamos directamente al quirófano, nos están esperando —me dijo el médico, cogiendo la bolsa de suero en su mano para bajar conmigo—. Usted puede esperar en la sala de espera, le avisarán cómo ha ido todo cuando termine —añadió mirando a mi padre.

—Gracias por todo —le respondió mi padre.

—De gracias nada, es mi trabajo —le contestó sonriendo.

—Papá, pregunta por él, por favor —le rogué mientras me bajaban de la ambulancia.

—Tranquila, ahora mismo voy, seguramente John esté también en la sala de espera —me dijo besándome en la frente.

—¿El tío Henry? —le pregunté preocupada.

Mi tío Henry seguramente estaría destrozado por la muerte de su hijo. Haberlo tenido que ver en directo, como lo había hecho él, estando presente en el momento del accidente, tenía que ser horrible, ningún padre tendría que pasar por un momento así, independientemente de cómo haya sido el comportamiento de su hijo.

—Se ha quedado en el lugar del accidente, esperando a que se llevaran a Levi —me contestó con tristeza.

—La tía Ava y Hope… —Dios mío, solo de pensar en el momento en el que se lo dijeran se me partía el alma.

—Vienen todos de camino hacia aquí. John llamó al abuelo antes de subirse a la ambulancia, solo les dijo que había habido un accidente, pero no les dio detalles. No saben lo que os ha pasado a ninguno de los tres; cuando lleguen, yo mismo les pondré al día —me contestó agarrándome la mano para transmitirme tranquilidad.

—Seguramente antes de que lleguen estarás fuera, la herida es limpia y no tardarán mucho en arreglar el estropicio que tienes —me dijo el médico para darme ánimos al ver lo desolada que estaba.

Entré en el quirófano y ya me estaba esperando un equipo sanitario. El que parecía el jefe, que se presentó como el cirujano, me explicó de forma sencilla que me cosería la herida, asegurándose antes de que no hubiera ninguna lesión más grave de lo que parecía a simple vista.

Lo primero que hizo fue retirar las gasas empapadas de sangre que el chico me había puesto en la ambulancia. Acercó una especie de lupa gigante con una luz que, si la mirabas, era cegadora, muy cerca de la herida y empezó a examinarla con mucha atención. Habló de varias cosas con los compañeros que estaban allí con él, cosas que, por cierto, yo no entendí por la jerga médica que usaron. Después de varios minutos, retiró la lupa y, haciendo un gesto con la cabeza, llamó a una mujer que, por lo que había podido escuchar mientras hablaban, era anestesista.

—Lily, la entrada y salida de la bala han sido limpias, no hay desgarros, no ha tocado ninguna arteria ni tampoco el hueso. Solo tenemos que limpiar y coser. Vamos a ponerte anestesia local, con eso ya sabes que, aunque no sentirás nada, tendrás que estar despierta.

»Si crees que no lo vas a soportar porque tienes miedo o porque estás muy nerviosa, puedo darte un sedante para que te quedes dormida. Es muy

importante que no te muevas mientras trabajo, así que dime, ¿quieres un sedante?

—No, no quiero nada, no me moveré, puede empezar cuando quiera —le contesté tajante.

Si me daba un sedante, ya sabía lo que pasaría, me quedaría dormida a saber por cuántas horas, y eso sí que no. Necesitaba estar despierta para saber cómo estaba Maverick y el resto de mi familia después de lo que había pasado.

—Bien, vamos a empezar entonces —me dijo mientras se levantaba y le cedía el sitio a la mujer que, como dije antes, era la anestesista.

—No te voy a engañar, te dolerá, pero se te ve una chica fuerte, intentaré ir con el mayor cuidado posible, pero tengo que poner anestesia dentro y fuera de la herida. Si ves que no lo soportas, dime que pare y lo haré, descansaremos un poco antes de seguir, ¿vale? —me dijo la mujer con tanta amabilidad y ternura que me recordó a Stella y eso me hizo sonreír.

—Si te contara lo que he tenido que aguantar los dos últimos años de mi vida, ni anestesia me pondríais para coserme, así que dale sin miedo —le contesté haciéndola reír.

Casi diez minutos estuvo pinchándome anestesia por varios sitios, como me dijo, lo hizo despacio, sin prisas, mirándome cada pocos segundos a la cara para interpretar mis gestos, para saber si me estaba doliendo. Que si me dolió, pues claro que sí, pero había aprendido a desconectar mi mente cuando algo me dolía, no dejando que el dolor que sentía se reflejara en mi cara, ese fue el mecanismo de defensa que aprendí paliza tras paliza.

El cirujano esperó unos minutos a que la anestesia hiciera su trabajo y, con una delicadeza y un tiento impresionantes, empezó a dar puntadas una tras otra, solo parando para coger más hilo o para cambiarlo por otro más adecuado.

—No te va a quedar apenas cicatriz, mi compi tiene unas manos que valen oro —me dijo la mujer sonriendo.

—Será una más de las muchas que tengo, las otras no se ven, pero son mucho peores, aunque gracias a mi chico cada vez son menos —les dije y los dos me sonrieron dándome la razón.

—¿Doctor, le queda mucho? —preguntó una enfermera que asomó la cabeza por la puerta.

—Tres minutos, ¿por qué? —le preguntó sin mirarla porque seguía cosiéndome con precisión.

—Ya han acabado de operar al chico que ingresó por el tiro de bala en el pulmón, necesitan tu magia con la aguja porque tiene una herida fea —le contestó la enfermera y a mí me dio un vuelco el corazón porque supe que estaba hablando de Maverick, se me fue todo el color de la cara y mis pulsaciones se dispararon.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué le han subido las pulsaciones? Lily, ¿te duele algo? ¿Estás bien? —me preguntó el cirujano, dejando de repente de coserme al oír el pitido en la máquina del pulso que tenía puesta.

—Maverick… —le contesté sin poder decir nada más.

—Ese es el nombre del chico del otro quirófano —dijo la enfermera que seguía en la puerta, confundida, mirándonos a todos.

—¿Le conoces? —me preguntó la anestesista.

—Es el amor de mi vida, mi todo —les contesté con los ojos llenos de lágrimas.

—Pues que te diera a ti la bala primero le ha salvado la vida, eso hizo que llegara con menos fuerza a su pulmón, si no hubieras estado en medio, no estaría vivo —me dijo la enfermera, que al parecer estaba enterada de lo que había pasado y al oírla solté todo el aire que estaba conteniendo de golpe.

—¿Es… está bi… bien? —le pregunté balbuceando con miedo.

—Lo estará —me contestó con seguridad—. Al cirujano le ha costado sacar la bala porque estaba en un sitio de difícil acceso, pero todo ha salido bien, llegó muy grave, pero se está estabilizando —añadió para tranquilizarme.

—Venga, Lily, no te muevas que me quedan cinco puntos —me pidió el cirujano—. Después voy a coser a tu chico y le dejaré una cicatriz a juego con la tuya —me dijo bromeando.

Como había dicho, tardó menos de tres minutos en darme los últimos puntos.

—Ponedle un vendaje flojo, solo para tapar, no con presión, y un cabestrillo —le pidió a la enfermera que le había estado ayudando con el material que había utilizado.

—No tienes que quedarte ingresada, pero quiero que vuelvas en tres días para echarte un vistazo. Mi compañera te dará la receta de los antibióticos que tienes que tomar, ahora no parece que haya infección, pero mejor prevenir, y también te dará calmantes. Te dolerá unos días mientras la herida vaya curando.

»Has tenido mucha suerte, Lily, los dos la habéis tenido; unos centímetros más a la derecha y no estaríamos teniendo esta misma conversación, de verdad que me alegro. —Mientras me decía todo eso, se quitó los guantes y la bata que llevaba.

—Muchas gracias por todo, cuídemelo, por favor —le pedí antes de que se diera la vuelta para marcharse.

—Tranquila, lo haré —me contestó sonriendo—. Evelyn —dijo llamando a la anestesista, de la que no sabía su nombre hasta que él lo dijo en ese momento, ella no le contestó nada. Solo se miraron unos segundos y tuvieron una conversación silenciosa con una complicidad impresionante, ella asintió sonriéndole y él le devolvió la sonrisa antes de salir del quirófano. ¿Qué se habrían dicho?, me pregunté muerta de curiosidad.

Entre la enfermera y Evelyn me ayudaron a sentarme, al incorporarme me mareé un poco, pero se me pasó enseguida. Me pusieron el vendaje que el cirujano les había pedido que me pusieran, apenas tardaron nada y al acabar me pusieron un cabestrillo que no era nada molesto ni aparatoso.

Entró por la puerta un chico bastante joven que supuse sería un celador con una silla de ruedas y la dejó al lado de la camilla en la que estaba sentada.

—Te ayudaremos a bajar de la camilla para sentarte en la silla, si sientes flojera en las piernas o te mareas, avisas, ¿sí? —me dijo Evelyn, agarrándome del brazo sano y la enfermera por la cintura por el otro lado.

Ni me mareé ni me fallaron las piernas, la verdad era que, aparte de sentir una ligera molestia en el hombro, me encontraba bien, otra cosa sería cuando se me pasara el efecto de toda la anestesia que Evelyn me había puesto, ahí seguro que sí que vendrían los dolores, pero con los calmantes no sería algo que no pudiera aguantar, en peores plazas había toreado, como se suele decir, porque en todas y cada una de las palizas que me dio Levi nunca tomé nada para el dolor, así que estaba acostumbrada a él.

—Estoy bien —les dije para que se relajaran porque no dejaban de vigilarme las dos como dos halcones.

—Vale, pues vámonos de paseo —me dijo Evelyn poniéndose detrás de mí para empujar la silla de ruedas.

—Mi padre y seguramente el resto de mi familia estarán en la sala de espera, el chico de la ambulancia le dijo que esperara allí cuando llegamos —le dije, aunque seguramente ella ya lo sabía.

—Sí, todos los familiares esperan en esa sala, pero a ellos los verás en un rato, primero vamos a hacer otra parada —me dijo misteriosa.

—¿Adónde vamos? —le pregunté curiosa.

—Ahora lo verás, estoy segura de que te gustará mucho nuestra primera parada —me contestó antes de girar por un pasillo que estaba a la derecha del

quirófano donde habíamos estado.

No tardamos más de dos minutos en llegar a una puerta donde encima de ella ponía Quirófano uno; confusa, miré a Evelyn, que me guiñó un ojo antes de abrir la puerta y empujar la silla para que las dos entráramos dentro.

Dentro había al menos seis personas, todas vestidas con ropa sanitaria, rodeando una cama donde uno de los médicos estaba sentado en una silla alta, haciéndole algo con las manos a la persona que estaba tumbada en ella. Les miré uno por uno, pero cuando me fijé bien en el que estaba sentado, se me cortó la respiración, era el cirujano que me había cosido a mí, y si era él el que estaba con ese paciente, eso significaba que era Maverick.

Giré la cabeza para mirar a Evelyn con los ojos llenos de lágrimas, ella me estaba mirando con una sonrisa preciosa, llena de complicidad, y me susurró al oído.

—Necesitabas verle para saber que está bien, por eso te he traído.

—¿Te lo pidió él, verdad? —le pregunté señalando con la cabeza al cirujano, y Evelyn asintió confirmándomelo—. Os hablasteis con la mirada con una complicidad tan impresionante que solo se consigue con el tiempo, eso no lo hacen dos compañeros, eso lo hacen dos personas que se quieren —le dije y ella soltó una risita muy bajita.

—Oliver es mi marido desde hace diez años, pero llevamos juntos desde el instituto, fíjate si ha llovido desde entonces, más de veinticinco años llevamos —me dijo en voz baja y yo la miré alucinada.

—Hacéis una pareja preciosa, ojalá yo dentro de tantos años siga igual con él —le dije señalando a Maverick.

—Seguirás, estoy segura, el brillo en tu mirada y el amor que sientes por él es algo que no se ve todos los días. A Oliver y a mí nos habéis recordado a nosotros cuando éramos dos críos, por eso te he traído a verle, sabíamos que lo necesitabas —asentí y le susurré un gracias con la voz entrecortada por la emoción.

Me acercó todo lo posible a la cama por el lado contrario al que estaba Oliver, para que pudiera ver bien a Maverick. Estaba dormido, relajado, en paz, ajeno al mundo y a todo lo que pasaba a su alrededor.

Mi mano se movió sin pedir permiso, como si tocarle fuera una necesidad, metí mis dedos en su pelo y lo acaricié con suavidad, con calma, sin prisas. Necesitaba sentirlo tanto como respirar, necesitaba que supiera que estaba allí, a su lado, y se lo hice saber, aun sabiendo que probablemente no me oiría.

Me incliné y le susurré cuánto lo amaba, cuánto lo necesitaba, le pedí que volviera a mí, porque, como me había dicho en una ocasión, él para mí también era mi lugar favorito.

Capítulo 32



—Eres su pareja, ¿verdad? —preguntó uno de los médicos que estaba al lado de Oliver, observando cómo cosía de forma metódica y mágica.

—Así es —le contesté sin dejar de tocar a Maverick.

—Aunque cuando acabemos saldré a hablar con los familiares que están fuera, te voy a contar, para que te quedes tranquila, cómo está y lo que pasará los próximos días, ¿vale? —Asentí con la cabeza para que supiera que le había entendido y esperé a que siguiera hablando, prestándole toda mi atención.

—Estará en cuidados intensivos unos días, le hemos puesto el respirador para que su pulmón trabaje lo menos posible, eso hará que la herida interna cure mejor y más rápido. Estará sedado en todo momento para que su cuerpo también descanse; estaba muy débil cuando ingresó por la pérdida de sangre y, aunque le hemos hecho varias transfusiones, llevará unos días hasta que sus niveles se estabilicen.

»La operación ha ido muy bien, me costó sacar la bala por el sitio en el que estaba alojada, pero lo conseguí con éxito sin tener que hacer un estropicio mayor. Por suerte, los daños en el pulmón no son muchos; cuando la herida cicatrice del todo funcionará al cien por cien de su capacidad, sin tener ninguna secuela.

»Los próximos días serán cruciales, no esperamos que se presenten complicaciones, pero nunca podemos estar seguros del todo de que eso no pasará, aunque yo confío en que así será. Te seré sincero, si fuera otra persona la que hubiera recibido un tiro así seguramente no habría llegado siquiera al

hospital. Pero, al parecer, este muchacho tiene un motivo muy importante por el que quiere vivir y creo saber cuál puede ser, si te ama, aunque sea la mitad de lo que he visto que lo amas tú, es un motivo muy poderoso para querer vivir.

—Sí que me ama —susurré más para mí que para nadie, eso era algo de lo que estaba segura. Maverick me amaba, no hacía falta que me lo dijera en voz alta, sus gestos, sus miradas, incluso sus silencios me lo gritaban todo el tiempo y de lo que estaba segura es de que yo le amaba a él con la misma intensidad.

»Gracias por todo, doctor, estoy segura de que todo irá bien, tiene que volver a mí, tenemos muchos sueños por cumplir, muchos planes por hacer y muchas cosas por vivir —le dije sin mirarle porque no podía apartar la mirada de Maverick.

—Lily, tenemos que salir ya, Oliver ha terminado y le van a llevar ahora a cuidados intensivos para acomodarle —me dijo Evelyn poniéndome la mano en el hombro.

Me levanté un poco de la silla para poder acercarme a Maverick y dejarle un suave beso en la mejilla y otro en la frente.

—Nos vemos pronto, amor, descansa —le dije antes de volver a sentarme.

Como cuando habíamos llegado, Evelyn empujó la silla para sacarme de allí, ya estando en el pasillo, se paró un segundo para quitarse las calzas y la bata que aún llevaba puestas y las echó a un cubo que tenían allí destinado para ello.

—¿Cuánto tiempo lleváis juntos? —me preguntó Evelyn.

—Dos meses —le contesté y ella paró la silla en seco para mirarme con el ceño fruncido.

—¿Solo dos meses? Por la manera en la que le miras y por cómo hablas de los dos, hubiera jurado que llevabais años —me dijo confundida.

—Nos conocemos desde que yo nací, Maverick es dos años mayor que yo. Nuestra historia es un pelín complicada, hay mucho detrás —le contesté.

—Eso de que hay mucho detrás ya lo había supuesto por lo de las cicatrices que has dicho en el quirófano. Además, cuando nos informaron del accidente, salieron tres ambulancias y solo volvieron dos, así que supongo que alguien que está implicado en vuestra historia ha salido de ella para siempre.

—Así es, si quieres un día te puedo contar nuestra historia, te puedo adelantar que los dos últimos años de mi vida estuve viviendo en el infierno, pero cuando volví a casa, Maverick, con su amor y su paciencia, consiguió poco a poco que volviera a creer que también hay un cielo.

—Cuando estés mejor, con un buen café y un trozo de tarta delante, me encantaría saber vuestra historia —me dijo antes de reanudar la marcha.

Salimos de la zona de quirófanos y me llevó por varios pasillos hasta que llegamos a la zona de urgencias. Evelyn fue directamente a una puerta que ponía sala de espera. Abrió la puerta y nada más entrar, recorrí el lugar con la mirada. Allí dentro estaba toda mi familia, o casi todos, porque al tío Henry fue al único al que no vi.

—Te dejo con ellos, nos iremos viendo por aquí y ya sabes, me debes un café y una charla —me dijo Evelyn acariciándome la cabeza antes de marcharse por la misma puerta por la que habíamos entrado.

Ninguno se había dado cuenta de mi presencia; los observé sin hacerme notar. El abuelo paseaba de un lado a otro desgastando el suelo y no dejaba de pasarse la mano por el pelo, dejando ver lo nervioso que estaba. Stella, mi madre, Hope y Ava estaban sentadas las cuatro juntas, las dos primeras estaban abrazando a las otras dos que no dejaban de llorar, seguramente por Levi, y eso hizo que se me retorciera el corazón. Mi padre, John y Luke estaban apoyados en una de las paredes con los brazos cruzados sin decirse ni una sola palabra, los tres tenían la mirada perdida mirando el vacío, sumergidos en sus pensamientos.

—¡Lily! —el chillido del abuelo Grayson alertó a todos y en segundos me vi rodeada.

Todos empezaron a hablar a la vez, preguntándome mil cosas, no sabía a quién contestar, a quién mirar o a quién hacer caso. Menos mal que allí estaba, como siempre, mi salvadora para cuidar de mí y poner orden.

—Parad, la estáis abrumando, dejadla que sea ella la que hable —les pidió Stella a todos, con voz amigable pero autoritaria.

—Estoy bien, solo tengo una herida al lado de la clavícula; la bala entró y salió limpia, por lo que no tendré ninguna complicación. El cirujano ha hecho un trabajo estupendo, es un artista cosiendo —les dije hablando de forma tranquila para que vieran que de verdad estaba bien, vi cómo todos soltaban el aire que estaban conteniendo.

—Menos mal, hija, no te imaginas el miedo que he pasado, pensé que te perdía —me dijo mi madre echándose a llorar.

—No llores, mamá —le dije agarrándola de la mano—, de verdad que estoy bien.

—Me alegro mucho de que estés bien, mi niña. Ahora solo falta que salgan a decirnos cómo está Maverick porque esto es un sinvivir, están tardando mucho, lleva ahí dentro mucho rato más que tú —dijo el abuelo, que estaba de los nervios.

—Ahora en un rato vendrá el cirujano que le ha operado y os contará todo, le están acomodando en cuidados intensivos, está sedado e intubado y tendrá que quedarse allí unos días. —Mi tío John no me dejó seguir hablando y se puso a mi lado agachándose para ponerse a mi altura.

—¿Has hablado con el médico que le ha operado? —me preguntó confundido porque lo lógico es que al estar yo en otro quirófano, no supiera nada de su estado.

—Me han llevado a verle mientras el mismo cirujano que me ha cosido a mí lo cosía a él. Me ha dejado quedarme un rato con él para que me quedara tranquila; mientras estaba allí el médico me ha contado lo que le han hecho y cómo estaba. —No pude seguir hablando porque la puerta se abrió y el médico que había operado a Maverick entró y caminó con pasos seguros hasta que llegó hasta nosotros.

Primero se presentó y, de la misma manera que me lo había explicado a mí en el quirófano, les puso a todos al tanto del estado en el que Maverick había ingresado, de cómo estaba en ese momento y de lo que pasaría y cómo estaría los próximos días. Al final de la explicación, le dijo a su padre que podría pasar a verlo en unos minutos, pero solo durante quince minutos. A partir del día siguiente, las visitas serían de media hora, dos veces al día, y solo podrían pasar dos personas en cada visita. Todos le dieron las gracias y, cuando se marchó, vi que no estaban tranquilos del todo, pero al menos la angustia en sus rostros había desaparecido.

Todos volvieron a sus posiciones, las mismas en las que estaban antes de que yo entrara, la única que no se movió fue Hope, que se quedó a mi lado. Nos miramos y nos dijimos todo sin decir nada, entre nosotras no hacía falta. Se agachó y me rodeó con los brazos llorando sin parar.

—¿En qué momento dejó de ser él, Lily? Ese que vi en el garaje no era mi hermano, joder, casi os mata a los dos —me dijo totalmente rota.

—Yo también me hago la misma pregunta, Hope. Desde que salimos del rancho aquella noche, se transformó en una persona totalmente diferente y cuando empezó a tomar drogas, se acabó de perder del todo —le contesté abrazándola más fuerte contra mí.

Todos sabían por lo que me había hecho pasar y eso no se podía obviar, pero no dejaba de ser un hijo, un hermano, un sobrino y un nieto que acababa de perder la vida demasiado pronto, sin tener la oportunidad de redimirse.

Capítulo 33



Los días pasaron lentos, demasiado; las horas en la sala de espera, de la que apenas me moví nada más que para ir al rancho a cambiarme de ropa y darme una ducha, parecían no avanzar.

Por más que todos insistieron hasta el aburrimiento en que me quedara en casa, porque allí no hacía nada, no lograron convencerme. Necesitaba estar allí, cerca de Maverick, aunque solo pudiera verlo dos veces al día durante media hora. Bueno, eso decía el protocolo de visitas, pero como en todas las situaciones especiales las normas están para saltárselas si es necesario, y eso fue lo que pasó durante las dos semanas que Maverick llevaba ingresado en cuidados intensivos.

Evelyn, que para mí ya se había convertido en una persona muy importante en mi vida y de la que estaba segura de que no saldría, hacía que mis días fueran un poco menos pesados y oscuros. Me dejaba ver a Maverick más rato del permitido y me colaba a deshoras cuando su trabajo se lo permitía, dándome así la tranquilidad que necesitaba en todo momento, sabiendo que estaba bien, siempre dormido, pero recuperándose poco a poco.

En las interminables horas que pasé en esa sala de espera, que se había convertido para mí en una segunda casa, en la que leía, paseaba, hablaba y veía las horas pasar con una lentitud casi agónica, en ningún momento, ni del día ni de la noche, lo hice en soledad. Siempre, y cuando digo siempre es que así era, estuve acompañada por algún miembro de mi familia. Todos rotaban para hacerme compañía ante mi negativa de abandonar aquel lugar, el que solo

dejaba vacío una hora al día y siempre al amanecer para ir al rancho a darme una ducha rápida y ponerme ropa limpia.

La que más horas pasó allí conmigo fue Hope, aunque los demás no se quedaron atrás, incluso había momentos en los que, sobre todo a la hora de las visitas, nos reuníamos allí casi todos, esperando a que las personas que ese día entraban a verlo, casi siempre yo con otro miembro de la familia, salieran y dijeran al resto cómo le habían visto ese día.

La que también me hizo mucha compañía, aunque en la distancia, esos días fue Stella. Ella y Luke habían regresado a Nueva York dos días después del accidente para retomar sus trabajos, que no podían dejar de lado. Bueno, Stella podría trabajar con su ordenador en cualquier parte del mundo, claro, pero Luke no podía tomarse más días libres porque en la clínica en la que trabajaban estaban hasta arriba de trabajo.

Así que mi amiga me llamaba mínimo tres veces al día. Hablábamos de todo y de nada, e incluso compartíamos silencios telefónicos que eran tan reconfortantes para mí como cualquier charla. Saber que estaba ahí, para mí y para mi familia —que ya también era la suya—, esa familia que se elige, y ella, al igual que nosotros, nos habíamos elegido con el corazón y para siempre.

Los que menos venían eran mi tía Ava y mi tío Henry, muy comprensible, por supuesto. Acababan de perder un hijo y, aunque había pasado todo lo que había pasado, no por eso dolía menos.

Sabía por boca de Hope que no habían querido hacer un funeral al uso. No querían enterrarlo en el cementerio de la ciudad ni tampoco en el rancho, donde podría haber tenido un lugar especial para él. Pero, sabiendo lo que odiaba ese lugar, decidieron que lo mejor era incinerarlo y esperar hasta que encontraran el sitio ideal para esparcir las cenizas.

Ese día en el crematorio estuvimos todos menos Maverick, por motivos obvios. Mis tíos insistieron en que no tenía que ir si así lo sentía, que lo entendían, me dijeron. Pero fui, claro que fui. No solo por acompañarlos a ellos y a Hope en ese duro momento, sino para despedir a Levi y dar cierre a

mi historia con él. Necesitaba seguir adelante libre de odio, libre del resentimiento que sentía hacia él. Necesitaba otorgarle un perdón que probablemente no se merecía, pero que yo creía necesario dárselo para no vivir con ese peso el resto de mi vida.

—Lily, buenos días. ¿Estás sola? Qué raro, ¿no? —me dijo Evelyn con una sonrisa y los ojos aún medio cerrados por el sueño.

Apenas hacía una hora y media que había despuntado el día. Un día que se presentaba igual que los anteriores, en los que lo primero que hacía nada más llegar a la sala de espera, después de volver del rancho ya duchada y con ropa cómoda, era sacarme un café de la máquina y sentarme las primeras horas en una de las «comodísimas» sillas que había allí a leer un libro.

Pero esa mañana me decidí por una infusión. Llevaba los dos últimos días con el estómago revuelto y, con solo oler el café, me entraban ganas de vomitar. No se lo había contado a nadie, bastante me reñía ya mi madre por estar comiendo poco y a deshoras como para decirle que no me sentía muy bien.

—Buenos días, Evelyn. Mi padre ha venido conmigo, pero ha ido al banco a hacer unos trámites; volverá cuando termine allí. —Le devolví el saludo acompañado de un beso y un abrazo, a la vez que le explicaba por qué estaba sola—. ¿Y tú? ¿Ya has dejado a las fieras en el cole? —le pregunté riéndome.

A los dos días de conocernos nos tomamos ese café que le prometí, acompañado de toda mi historia, con la que alucinó y lloró a partes iguales. Ella me habló de la suya con Oliver, en la que también habían tenido baches, como todas las parejas, pero nada ni parecido a lo mío.

Ellos habían pasado una mala racha cuando quisieron ser padres. Pasaron los meses, incluso los años —dos, para ser más concreta—, y no lo conseguían. Al final tuvieron que pedir ayuda pensando que algo no iba bien, pero lo único que no iba bien era la obsesión que tenían por conseguirlo. El ginecólogo que les trató les recomendó relajarse y dejar el tema aparte por un tiempo; si lo hacían, seguramente serían padres cuando menos lo esperaran.

Y así fue. Cuatro meses después, Evelyn se quedó embarazada y, como premio a su sufrimiento, no les vino un hijo sino dos, mellizos, niña y niño. Eso sí, vinieron con ganas de dar guerra porque, según ellos, eran dos trastos dignos de ser expuestos en un museo. Les traían de cabeza. A sus seis años tenían unas ocurrencias increíbles para su edad y lo que no inventaba uno lo hacía el otro, teniéndoles todo el día entretenidos; vamos, que no se aburrían con ellos.

—Sí, ya iban ideando no sé qué juego para esta tarde, no he querido oír mucho para no ponerme en el disparador tan temprano —me contestó soltando un resoplido y a mí se me escapó una carcajada mientras le daba una palmadita en el hombro, dándole ánimos.

—¿Una infusión? Chica, eres valiente, ese brebaje está imbebible, además de que no sé cómo aguantas aquí tantas horas sin buenas dosis de cafeína —me dijo poniendo cara de asco primero al ver mi vaso y riéndose después al verme dar un sorbo y arrugar la nariz. La verdad es que no sabía muy bien, pero por lo menos no me daban ganas de vomitar como el café.

Evelyn se cogió de la máquina un café y se sentó a mi lado, en cuanto el aroma de ese líquido negro me llegó a las fosas nasales, tuve que retener la arcada que me vino tapándome la boca. Evelyn, que me vio, me miró con una ceja alzada y vi en su mirada que su cerebro estaba trabajando a toda velocidad, escogiendo las preguntas correctas para saber qué me pasaba.

—¿Desde cuándo no tienes el periodo? —me preguntó mirándome a los ojos como si me estuviera evaluando.

—¿Qué? —le respondí porque no sabía a qué venía esa pregunta y, si era por lo que me estaba imaginando, no podía ser, era imposible, bueno, imposible no, pero sí totalmente poco probable o casi imposible.

—Me has entendido perfectamente, contesta —me pidió seria.

Me quedé pensando unos segundos y la respuesta llegó a mi cabeza de inmediato, había tenido el periodo la última vez en Nueva York, justo antes de la visita de Levi y esos dos hombres, pero después de eso nada, no había

vuelto. Sí que había tenido pérdidas durante un tiempo por los desgarros, pero nada más.

Le conté a Evelyn tal cual habían sido las cosas y ella me miró con el ceño fruncido y preguntó con miedo:

—¿Te hizo Luke alguna prueba de embarazo cuando estuviste ingresada en Nueva York?

—Sí, me hizo una prueba de sangre, otra de orina, aparte de varias ecografías para descartarlo, todas salieron negativas. También me hicieron pruebas de enfermedades de transmisión sexual, de tantas que de algunas en mi vida había oído hablar. Fue muy concienzudo con ese tema; no quería que, pasado un tiempo, pudiéramos tener sorpresas desagradables e inesperadas.

—Ven conmigo —me dijo levantándose y tirando el vaso de café a la basura que teníamos casi pegando a nosotras.

—¿A dónde? —le pregunté descolocada y un poco asustada.

—A ver a Oliver, creo que estás embarazada y, si es así, necesitamos saber si la medicación que estás tomando es compatible.

—Eso no es posible, nosotros solo hemos estado juntos íntimamente unas pocas veces —le respondí con los ojos como platos.

—Sabes que con una vez es suficiente para que eso pase, ¿no? —me contestó con una risilla.

—Madre mía… me tiemblan las piernas —le dije agarrándole del brazo—. ¿De verdad crees que puedo estarlo? —insistí muerta de miedo.

—Sí, lo creo. Te ves más cansada, que sí, que pasas aquí muchas horas y eso puede ser normal, pero la cara de asco con la que has mirado el café y la arcada que te ha dado me ha dado una pista.

»A mí me pasó lo mismo cuando tuve a los niños, no podía ni oler el café porque me ponía malísima; además, no has tenido el periodo, eso es la pista más grande de este misterio que resolveremos en nada de tiempo.

No le dije nada más. Agarrada de su brazo, caminamos por los pasillos hasta que llegamos a la consulta de Oliver, esa que yo ya conocía por haber pasado por allí varias veces.

La última había sido tan solo dos días antes, cuando me había revisado la herida por última vez, me había quitado los puntos que me quedaban y me había dado el alta definitiva, asegurándome que estaba todo perfecto. Aunque me recomendó que no hiciera esfuerzos durante al menos un mes más, para que los puntos internos cerraran del todo en condiciones.

—Evelyn, ¿qué ocurre? —le preguntó Oliver preocupado a su mujer nada más que entramos por la puerta.

—Tengo una intuición y vengo a preguntarte si los antibióticos y los calmantes que ha tomado Lily son compatibles con un embarazo —se lo soltó así tal cual y él la miró con los ojos abiertos como platos.

—¿Estás embarazada? —me preguntó sin siquiera pestañear.

—No lo sé, eso dice tu mujer, porque me da asco el café —le contesté encogiéndome de hombros.

Se puso de inmediato a mirar en el ordenador y soltó el aire que estaba conteniendo cuando terminó de leer, explicándonos que, aunque no eran muy recomendables los antibióticos que me había dado, no eran incompatibles. Eso nos hizo respirar tranquilos a los tres.

Salimos de su despacho y Evelyn, agarrada de mi brazo, me llevó por otros pasillos del hospital que yo no había visto en mi vida. Supe dónde estábamos en cuanto entramos en una sala en la que de las paredes colgaban varias fotos de bebés recién nacidos: ginecología. Me dijo que esperara un momento sentada en una silla mientras iba a avisar a su ginecólogo y amigo para ver si me podía atender en ese momento.

No tardó ni cinco minutos en volver y, tirando de mi mano, entramos las dos en la consulta. El ginecólogo me trató con mucha profesionalidad, pero también con mucha cercanía. Ser amiga de Evelyn tenía sus ventajas y esa era una de ellas.

Solo media hora después salimos de allí con una ecografía en el bolso, varias recomendaciones, un par de recetas de vitaminas y un subidón en el cuerpo que me tenía loca. Evelyn salió dando saltitos de alegría, pero yo estaba totalmente en *shock*.

Un hijo. Íbamos a tener un bebé, mío y de Maverick.

Madre mía, cuando se despertara iba a alucinar en colores. Vaya puntería que había tenido. Pensando eso me eché a reír interiormente, acordándome de Tormenta y de Duquesa; el dueño había tenido la misma puntería que su caballo. Mi yegua y yo íbamos a ser mamás casi al mismo tiempo.

Capítulo 34



Dos días después de haberme enterado de que iba a ser madre, cosa que de momento solo sabían Evelyn y Oliver, vinieron a darme la segunda buena noticia de la semana: ese día le quitarían la sedación y el respirador a Maverick a ver cómo respondía. El médico que se ocupaba de su caso estaba muy contento con cómo iba su recuperación, el día anterior le habían hecho un escáner y, por lo que me explicó, la herida de su pulmón estaba casi cerrada.

Esa mañana, ante las buenas noticias de lo que iba a pasar, toda mi familia, sin excepción, estaba en la sala de espera conmigo, esperando que alguien nos viniera a avisar de cómo había respondido Maverick al volver de su largo sueño. Si los días pasados se me habían hecho eternos allí, ese día se me estaba haciendo eterno.

—Lily, hay un chico muy guapo ahí dentro que pregunta por ti. —Ese fue el saludo de Evelyn al entrar en la sala de espera.

Todos nos volvimos como si estuviéramos sincronizados para mirarla y asegurarnos de que lo que había dicho era cierto, solo nos hizo falta ver la enorme sonrisa que traía en la cara para saber que sí, que Maverick estaba despierto y lúcido.

La respuesta que tuve al saber que estaba bien fue echarme a llorar cayendo de rodillas al suelo, dejé salir en forma de llanto todos los nervios, todo el dolor y toda la angustia que había acumulado dentro de mí todos los días que llevaba haciendo guardia en esa sala.

Mi madre y Hope se agacharon a ambos lados de mí y me abrazaron a la vez, dándome la fuerza y el apoyo que necesitaba en esos momentos para recuperarme y poder ponerme en pie para ir al encuentro del hombre de mi vida.

—Hemos tardado más en venir a avisaros porque su respuesta al despertar ha sido tan buena que los médicos han decidido pasarlo a una habitación, hoy podréis verlo todos, eso sí, hacedlo por turnos, está bien pero un poco aturdido a ratos —nos explicó Evelyn.

—Muchas gracias por todo, Evelyn, por cuidar no solo a mi chico, sino también a mi niña, sé que te has saltado las normas para que sonriera aunque fuera un poco durante estos días y que la has apoyado y acompañado todo lo que has podido.

»Si no te lo ha dicho nadie todavía, ya te lo digo yo, tú y tu familia ya formáis parte de la nuestra y las puertas del rancho están abiertas para vosotros cuando queráis.

—Muchas gracias a vosotros, Grayson, por dejarnos formar parte de vuestra familia, la que es maravillosa, por cierto. Estaremos encantados de ir a conocer el rancho en cuanto Maverick salga de aquí —le contestó Evelyn al abuelo, emocionada.

Todos seguimos a Evelyn por los pasillos hasta llegar a un ascensor que llevaba directamente a la planta en la que estaba ya instalado Maverick en la habitación.

—Lily, entra tú sola primero, después entraremos el resto —me dijo John cuando llegamos a la puerta de la habitación.

—Gracias —le dije dándole un abrazo con los ojos aguados, sabía que estaba deseando ver a su hijo tanto como yo, pero me cedió el privilegio de ser la primera en hacerlo y además a solas, y eso le honraba.

Me limpié las lágrimas que tenía en los ojos y los cerré para coger aire antes de abrir la puerta.

Nada más entrar, mi mirada se fue directamente a la cama, donde estaba él, el hombre que amaba. En esos momentos estaba tumbado mirando hacia la ventana con el gesto tranquilo, se le veía pensativo, pero en paz, y eso hizo que yo también la tuviera.

—Lily… —me dijo en cuanto giró la cabeza y me vio.

No me pude contener, en dos zancadas estaba a su lado y con mucho cuidado le abracé. Sentir en mí su olor, el tacto de su piel y su voz me hizo sentir que estaba en casa, porque eso era lo que era él para mí, mi hogar, mi lugar seguro, pero sobre todo mi lugar favorito en el mundo.

—¿Estás bien? —me preguntó preocupado al verme llorar en sus brazos.

—Mejor que bien, entre tus brazos nunca podría estar mal —le contesté antes de besarle—. He pasado tanto miedo pensando que te perdía —le dije al acabar el beso.

—Yo sí que pasé miedo al saber que te había llevado con él otra vez —me contestó apretando los dientes.

—Nunca más —le dije mirándole a los ojos y me entendió perfectamente porque cerró los ojos y negó con la cabeza lamentándose.

—Cuéntame todo, pero lo primero que quiero saber es cómo estás tú —me pidió antes de cogerme la cara con las dos manos para besarme, y qué beso, en él volcó todo el amor que sentía por mí, que no era menos que el que yo sentía por él.

Le hice un resumen de lo más importante que había pasado el tiempo que había estado dormido. Le hablé de mi herida, de lo bien que ya estaba, de cómo había pasado los días allí esperándole. De la muerte de Levi, de la ayuda de Evelyn y de Oliver, de cómo había vivido toda la familia su ausencia.

—Hay algo más que tienes que saber, algo que no sé cómo te lo vas a tomar, pero no puedo callármelo más. La familia no lo sabe, quería que fueras el primero en saberlo —le dije con un nudo en la garganta.

—¿Qué pasa, Lily? No me asustes, ¿de verdad estás bien? ¿Algo salió mal? —me preguntó nervioso.

Cogí una de sus manos y la llevé hasta mi vientre; me miró confuso al no entender qué estaba haciendo, pero le miré a los ojos sonriendo y le dije:

—Los dos estamos estupendamente.

Se quedó unos segundos pensando hasta que algo en su cabeza hizo clic y comprendió lo que le estaba queriendo decir.

—¿De verdad? ¿Un hijo? ¿Vamos a tener un hijo, Lily? —me preguntó dejando salir de sus ojos las primeras lágrimas que no fue capaz de contener por la emoción.

—Sí, has tenido la misma puntería que tuvo Tormenta con Duquesa —le contesté haciéndole reír.

—Estoy tan feliz que no me salen ni las palabras —me dijo abrazándome antes de volver a besarme.

Le conté cómo me había enterado dos días atrás gracias a las sospechas de Evelyn y también le tranquilicé diciéndole que el ginecólogo me había dicho que todo estaba perfecto y que en ocho meses tendríamos un bebé fuerte y sano.

—Voy a dejar entrar a todos, están ansiosos por verte —le dije y asintió con la cabeza.

Fui hasta la puerta y la abrí, solo con un gesto de mi cabeza pidiéndoles a todos que pasaran, en cuestión de un minuto la habitación se llenó de besos, abrazos y lágrimas de alegría al ver a Maverick tan bien.

—Muchacho, menudo susto nos has dado, no vuelvas a hacernos una cosa así, no quiero que me salgan más canas antes de ser bisabuelo —le dijo Grayson bromeando.

Maverick y yo cruzamos la mirada y sonreímos a la vez, asentí con la cabeza dándole permiso para que le contara al abuelo nuestro pequeño secreto, los dos pensamos lo mismo, que no había mejor momento que ese para que se enterara toda la familia a la vez.

—No creo que en ocho meses te salgan muchas —le contestó Maverick encogiéndose de hombros y riéndose.

—¿Qué ha querido decir? ¿Es lo que creo que es? —me preguntó Hope con los ojos como platos antes de llevarse las manos a la boca.

—Lo es —le contesté riéndome, al igual que estaba haciendo Maverick.

—¿Están hablando en clave? Porque no me estoy enterando de nada —dijo mi padre mirándonos con el ceño fruncido a los dos.

—Que en ocho meses vamos a ser abuelos, eso es lo que están diciendo —le aclaró mi madre, que ya estaba con la lagrimilla suelta mientras venía hacia mí para abrazarme.

Todos en la habitación se volvieron locos de alegría al saber que en unos meses seríamos uno más, me hicieron todas las preguntas de rigor para saber si me encontraba bien, cómo me había enterado y si no habría complicaciones por la herida que había tenido. Les expliqué todo igual que había hecho con Maverick para que se quedaran tranquilos.

Los siguientes minutos que estuvieron todos allí, las conversaciones solo fueron dos: el estado en el que se encontraba Maverick y el bebé. Mi madre y mi tía Ava incluso empezaron a hacer una lista de todas las cosas que necesitaríamos y hasta sugirieron algunos nombres, las risas que compartimos, que no fueron pocas, llenaron la habitación.

En esos momentos, viendo a toda mi familia junta y feliz, me sentí tan bien que le pedí al cielo que nada cambiara, que no volvieran más las lágrimas a nuestra vida, solo se permitirían las que fueran de alegría, de las otras, al menos yo, ya había tenido para seis vidas juntas.

—Lily, ¿qué haces? —me preguntó Maverick levantando la sábana para mirarme arrodillada entre sus piernas.

—Darte los buenos días —le contesté pasando mi lengua por su miembro de arriba abajo.

Habían pasado dos meses desde aquella mañana en la que volvió del mundo de los sueños después del tiro que recibió por estar abrazándome. Desde entonces, no nos habíamos separado; los diez días siguientes que estuvo ingresado, no consiguió ni él ni nadie que saliera de esa habitación. Solo lo hice de su mano el día que le dieron el alta para irnos juntos a casa. Cuando llegamos al rancho, nuestra familia nos tenía preparada una sorpresa que nos encantó.

Nos habían preparado una habitación para los dos decorada con muchísimo gusto y habían hecho una puerta en una pared para que la habitación de al lado fuera la del bebé cuando naciera y estuviera comunicada con la nuestra. Y era en esa habitación donde estábamos en esos momentos mientras los primeros rayos del sol se colaban por la ventana dando paso a un nuevo día.

—Me encanta cuando me das los buenos días así —me dijo dejando escapar de su boca el primer jadeo cuando cerré mis labios en su glande y succioné lo justo para darle placer.

Seguí succionando un poco más oyéndole jadear, hasta que me introduje su miembro en la boca por completo. Empecé moviendo la cabeza despacio arriba y abajo, marcando el ritmo que sabía que le volvía loco.

—Para, Lily, o acabaré en tu boca, dios… —me pidió, intentando que me retirara.

No me retiré, pasé mis manos por debajo de su trasero para que no pudiera apartarse y aumenté el ritmo de mis movimientos para darle más placer, dos minutos después no pudo aguantar más y se corrió en mi boca chillando mi nombre. Me retiré lentamente y le miré a los ojos sonriendo, él me miró también sonriendo, pero de una manera pícara, dándome una pista de lo que iba a venir a continuación.

Se levantó de la cama haciéndome tumbar de espaldas y, al igual que yo había hecho, se arrodilló entre mis piernas. Me puso una mano en cada rodilla y me abrió las piernas para poder verme mejor.

—Un paisaje maravilloso, mi favorito sin duda —me dijo haciéndome reír antes de darme el primer lametón.

A ese primero le siguieron unos cuantos más, hasta que se centró en torturar mi clítoris con su lengua mientras en mi vagina metía dos dedos, que movió con maestría. Con lentitud al principio, pero enseguida aumentó el ritmo al ver que mis caderas iban en su busca, queriendo más y más.

No paró hasta que me dejé ir en sus dedos, pero no se conformó con eso. Sacó los dedos de mi interior, sustituyéndolos por su lengua. Me lamió, mordisqueó y me penetró con ella sin descanso hasta que me dejé ir por segunda vez en su boca.

Pero mi chico era de los que pensaban que no hay dos sin tres, así que me agarró de las manos y me levantó con cuidado. Me giró en la cama y, agarrándome por las caderas, me hizo ponerme en cuatro, una de nuestras posturas favoritas, con la que los dos disfrutábamos muchísimo.

Acercó su miembro a mi entrada y se introdujo en mí lentamente, a la vez que me dejaba suaves besos por mi espalda y con sus manos me acariciaba los pechos. Las primeras embestidas fueron lentas, saliendo de mi cuerpo por completo para volver a entrar de la misma manera hasta el fondo.

Con el aumento de mis jadeos también fue aumentando el ritmo de las embestidas, hasta que al final se volvieron fuertes, profundas y rápidas. Sin descanso. Sin tregua. Sin parar ni frenar, hasta que consiguió llevarnos a los dos al cielo, compartiendo un orgasmo brutal que acompañamos chillando el nombre del otro.

Después de pasar por la ducha y volver a amarnos de nuevo, bajamos a desayunar con el resto de la familia. Todos allí reunidos cada mañana compartíamos los planes que teníamos para el día entre risas.

—Esta tarde iremos al lago —me dijo Maverick misterioso cuando caminábamos los dos hacia las cuadras, donde ya me esperaba Liam para ponernos con nuestra tarea.

—¿Qué tramas? —le pregunté levantando una ceja.

—Si quieres saberlo, tendrás que venir conmigo —me respondió guiñándome un ojo.

—Contigo iría hasta el fin del mundo si me lo pidieras —le dije antes de besarle.

Epílogo



Tres años después…

—Mamá, mira qué alto estoy, casi puedo tocar el cielo —me dijo mi hijo Axton, extendiendo sus manitas hacia arriba a lomos de Tormenta mientras su padre le sujetaba, rodeándole con su mano mientras trotaban por la pista.

—¿Ya han llegado todos? —me preguntó Maverick acercándose a la valla donde yo estaba apoyada con las manos en mi vientre, ese que estaba bastante redondeado otra vez. Asentí con la cabeza y él me contestó de la misma manera.

¿Qué quiénes son todos y para qué venían al rancho? Os estaréis preguntando, ¿verdad? Pues tranquilas, que enseguida os saco de dudas y también os contaré un poco cómo nos han ido las cosas en estos tres años que han pasado.

Pues todos los que venían al rancho eran el resto de nuestra familia, la que no vivía en el rancho con nosotros, esa familia que no era de sangre, pero sí de corazón. Esa familia de elección que llegó a nuestras vidas en dos de los momentos más duros de nuestra historia para ayudarnos y se quedaron en ella, y más felices no podíamos estar por ello.

Stella y Luke, mis salvadores, los que estuvieron a mi lado desde el minuto uno cuando conseguí huir de mi infierno particular, habían seguido en nuestra vida, al principio desde la distancia, con llamadas y mensajes casi a diario,

pero esa distancia se redujo casi a cero cuando, unos meses después de que adoptaran a su hijo Michael, se liaron la manta a la cabeza y Luke habló con Oliver para saber si en el hospital donde este trabaja habría la posibilidad de tener una plaza para él. Cuando le confirmaron que sí, un mes después cogieron todos los bártulos y, sin mirar atrás, se trasladaron a vivir a unas millas de nosotros. Lo que lloré el día que nos lo comunicaron, por la emoción de saber que los iba a tener tan cerca, casi hizo que se me secaran los ojos.

Por supuesto, Oliver, Evelyn y sus hijos también seguían siendo parte de nuestra familia. A los dos trastos que tenían por hijos, que aunque se habían calmado un poquito con los años, pero no mucho —la esencia no hay que perderla, claro—, les gustaba el rancho tanto que volvían locos a sus padres para que les trajeran cada dos por tres, sobre todo los fines de semana, que era cuando los dos libraban en el hospital.

Ahora os contaré cómo nos ha ido a los que vivíamos en el rancho, que, por cierto, cada vez éramos más.

Mis padres, mis tíos y el abuelo Grayson seguían igual que siempre, con la diferencia de que ahora todos eran abuelos y él, además, bisabuelo. Bastante consentidores, tengo que decir. Y, aparte de seguir trabajando como lo habían hecho desde el primer día que desde Boston vinieron a Midway a cumplir su sueño, también nos ayudaban a nosotros con la crianza de nuestros hijos.

Hijos en plural, sí, ya llego ahí para que sepáis de quién hablo.

Mi querida Hope, mi amiga, mi hermana y la que nunca me suelta la mano pase lo que pase, también era mamá, al igual que yo, con la diferencia de que ella tuvo dos de golpe y no uno. Hope y Liam eran padres de dos niñas gemelas de un año que más bonitas no podían ser. Mis sobrinas me tenían loca, las adoraba. Las habían llamado Annie y Emma, y eran las benjaminas de la familia, al menos hasta dentro de dos meses. Hope y Liam no se habían casado y ni intenciones tenían, decían que así estaban bien y que no necesitaban un papel firmado para considerarse un matrimonio.

Antes de llegar al final y hablaros de Maverick y de mí, voy a hacer un inciso y os hablaré de dos personas que han sido parte de esta historia, la mía,

y que sin ellas no hubieran pasado muchas de las cosas que pasaron. No me extenderé mucho, solo para que sepáis qué fue de ellos. Recordáis a Naomi, ¿no? Bueno, pues ella la noche en la que Levi vino a llevarme de vuelta con él fue detenida y condenada como cooperadora necesaria en mi secuestro, además de otros cargos que se sumaron a la lista. Cuando cumplió su pena, se largó de la ciudad y no hemos vuelto a saber nada de ella, y tan contentos que estábamos con eso.

Y de Levi, ¿qué os puedo contar? Pues, como sabéis, murió aquel día que volvió a por mí. En casa solíamos hablar de él de vez en cuando, pero siempre recordando cosas buenas; nunca más hemos hablado de lo malo que pasó, buena gana de recordar malos momentos. Su urna con las cenizas estuvo en el cuarto de sus padres un tiempo hasta que decidieron que el mejor lugar para esparcirlas era el mar. Eso fue porque todos pensamos que él, que nunca encontró su sitio ideal en la tierra, y haciendo eso le daban la oportunidad de que pudiera viajar entre las olas y elegir el sitio en el que quería descansar en paz.

Ahora sí, ya llegamos al final, pero antes de despedirme os contaré cómo nos ha ido a Maverick y a mí en estos tres últimos años. Pues mirad, lo primero que os voy a contar es que aquel día que me pidió que le acompañara al lago, a nuestro lago, fue para pedirme matrimonio. Fue emocionante y especial. Preparó un picnic y, después de degustar todas las delicias que había llevado para nosotros, me hizo el amor de una manera tan intensa que acabé hasta llorando.

Tumbada todavía en el suelo, se puso de rodillas a mi lado y, entre lágrimas y palabras de amor, me pidió que me casara con él. Y lo hicimos justo un mes después de ese día. Nos convertimos en marido y mujer, rodeados de toda nuestra familia, allí mismo en el rancho, como no podía ser de otra manera. Qué mejor sitio que uno que nos había visto crecer a los dos y al que amábamos con todo nuestro corazón.

Cinco meses después de casarnos llegó nuestro hijo Axton al mundo, el que, por cierto, nació en el rancho. Sí, como lo estáis leyendo, me puse de parto y fue todo un visto y no visto, ni tiempo de ir al hospital me dio.

Por suerte, ese día, como muchos otros, estaban allí Oliver, Evelyn y Luke, así que los tres médicos de la familia me ayudaron a traer a mi hijo al mundo. Llegó llorando a todo pulmón y solo se calló cuando su padre lo envolvió entre sus brazos, momento en el que se miraron a los ojos y tuvieron tal conexión que todos alucinamos. Y así seguían desde entonces.

Axton era una sombra de mi marido, donde estaba él, allí estaba el pequeño también. En unos meses aumentaríamos nuestra pequeña familia con otro niño que venía en camino. Mi marido y yo ya teníamos elegido el nombre que le pondríamos, pero eso solo os lo cuento a vosotras. El resto de la familia se enterará el día que nazca mi pequeño. Grayson, así se llamará, igual que su bisabuelo, al que estábamos seguros de que le iba a encantar la idea.

—Mamá, si las primas no pueden soplar las velas, ¿puedo ayudarlas yo que soy muy mayor? —dijo mi hijo haciéndonos reír a su padre y a mí mientras caminábamos de camino a la casa.

—Claro, pero primero pregúntaselo a la tía Hope —le contesté, se quedó unos segundos pensándolo y echó a correr para buscarla.

—Me debes una excursión al lago, esta semana no nos hemos podido escapar ni un día —me dijo Maverick rodeándome por la cintura antes de darme un suave beso en los labios.

—Mañana sin falta iré contigo a nuestro lugar favorito —le dije devolviéndole el beso.

—Mi lugar favorito eres tú.

Mis redes sociales:

Facebook: Marta Flores
Instagram: martaflores_escritora